HILAIRE BELLOC



FIGURAS DE LA REFORMA

EDITORIAL DIFUSION CHILENA

Traducción

de

MARIO GÓNGORA DEL CAMPO

PRINTED IN CHILE

49737—Imprenta Chile, Morandé 767—Santiago

HILAIRE BELLOC

FIGURAS DE LA REFORMA



EDITORIAL DIFUSION CHILENA S. A.
ROSAS 1080 -:- SANTIAGO

NATURALEZA DE LA REFORMA

LA ruptura de la unidad de la Cristiandad occidental, por el advenimiento de la Reforma, fué con mucho el acontecimiento más importante de la historia desde la fundación de la Iglesia Católica, quince siglos antes.

Hombres previsores de esa época percibieron que si la catástrofe se consumaba, si la revuelta tenía éxito (y lo tuvo), nuestra civilización quedaba en peligro y po siblemente, a la larga, sería destruída.

Esto fué lo que en realidad aconteció. Europa y toda su cultura está ahora seriamente en peligro y en no pequeño peligro de ser destruída por su desintegración interna: y esto es, en último término, el fruto de la gran revolución religiosa que empezó hace cuatrocientos años.

Siendo, así, de tal importancia la Reforma, debiera constituir el objeto principal del estudio de los tiempos modernos, y su naturaleza debería ser nítidamente comprendida, por lo menos en sus contornos.

Pero entender la Reforma no es sólo apreciar cómo surgió y qué clase de hombres dirigieron el combate por ambos lados, cuando estalló la lucha. Es igualmente

importante y, tal vez, más importante, comprender que aquello ocurrió, como todos los conflictos en la historia, según ciertas fases que perpetuamente retornan en las disputas humanas.

Todos los grandes conflictos comienzan con una fase incierta, en la cual no se sabe qué bando prevalecerá, o si alguno prevalecerá. Después viene una segunda fase, que puede ser, o la victoria, cada vez más aparente de un lado sobre el otro, o puede ser "tablas": un combate frustrado.

Aunque uno de los bandos originariamente en oposición, el que está por el cambio o el que está por el movimiento, obtiene una victoria, el resultado es afectado por la lucha. Ninguna victoria, por completa que sea, de los conservadores, puede hacer volver las cosas al mismo estado en que estaban antes del desafío. Ninguna victoria, por completa que sea, de los revolucionarios, puede liberarse totalmente del pasado, que permanece en la trama originaria de los hombres moldeados en él.

Pero una victoria completa de uno u otro bando produce generalmente un estado durable de cosas. Cuando se produce "tablas", cuando la lucha queda sofocada, el resultado es diverso: en este caso continúa una serie de cambios debidos a la supervivencia en el poder de cada combatiente. Ambos campos permanecen en actividad, uno opuesto al otro, reaccionando uno contra otro; y, por consiguiente, habrá una serie de acontecimientos que continuamente producirán nuevos efectos en el trascurso de las generaciones.

Como un ejemplo de lo primero —de la victoria completa— tenemos el triunfo de nuestra civilización contra los albigenses. Esa secta en un momento tenía trazas de dividir a Europa, pero los ejércitos, los reyes y jefes ortodoxos y el Papado ganaron. El resultado fué un estado pacífico de cosas que salvó el mundo occidental para el catolicismo durante siglos. Un ejemplo de lo segundo —la batalla sofocada o "tablas"— fué el gran esfuerzo mahometano que empezó en el siglo VII. No pudo vencer a la Cristiandad, pero tuvo éxito como para crear una nueva gran cultura frente a Europa, con el resultado de que, durante siglos, ambos contendores permanecieron intactos, perpetuamente reactuando el uno sobre el otro.

En el caso de la Reforma, pareció en un momento que el bando de la autoridad y la tradición obtendrían una completa victoria: en cuyo caso tendríamos hoy día una Europa unida y estable dentro de la Fe Católica.

Desgraciadamente, esa victoria nunca se ganó, y el resultado de la lucha, ciento treinta años después de estallar, fué la división de Europa en dos mitades, la cultura protestante y la cultura católica. En cuanto a la tercera parte, la oriental, la cultura correspondiente a la Iglesia Griega, ella no afectó a la época moderna desde la Reforma hasta la ascensión rusa, hace doscientos años.

La rebelión universal, espiritual y por lo tanto social, que se llama generalmente Reforma, duró, desde su surgimiento a su conducción unos doscientos años. Se puede tomar 1688, con el exilio de Jacobo II, o 1715 (derrota de la tentativa Jacobita, en un momento

en que había aún un cuerpo católico viviente en Inglaterra), como el fin del conflicto que se abre con la rebelión de 1517, producida en Alemania.

Sus fases son las siguientes: Durante los primeros veinte años, a partir de 1517, la revuelta contra la Iglesia estuvo muy ligada a una determinación muy legítima de reformar los abusos. No era fácil ver a qué lado estaban un hombre o un argumento. Había grave corrupción en la Iglesia y grave descontento por su organización de parte de hombres que jamás soñaron con destruir la unidad de la Iglesia o con quebrantar las grandes líneas de la doctrina y costumbres de la Iglesia. Ese era especialmente el caso de Inglaterra, donde la Iglesia estaba menos corrompida que en otras partes y donde el pueblo era por naturaleza conservador.

Pero, después de estos veinte años, vino un cambio en el hasta entonces confuso movimiento: fué hacia 1536-40. Este cambio fué primordialmente efecto de Calvino, que emprendió, con gran lucidez y energía sin igual, la formación de una contra-Iglesia para la destrucción de la vieja Iglesia. El fué realmente quien hizo la nueva religión, totalmente hostil a la antigua. Al mismo tiempo, la tentación de tomarse las propiedades de la Iglesia, y el hábito de hacerlo apareció y se desarrolló: esto creó rápidamente un interés bien determinado en promover cambios religiosos. Los que atacaban la doctrina católica, por ejemplo, el celibato en las órdenes monásticas o la jerarquía divinamente establecida, con el Papa en la cúspide, abrieron la puerta a la captura del enorme patrimonio del clero (monástico,

episcopal y parroquial) por los príncipes y corporaciones urbanas. Así, hombres individualmente poderosos por la riqueza, especialmente por el dominio de la tierra, añadieron ahora la rapiña. Las propiedades de conventos y monasterios pasó en masa a nuevas manos en grandes porciones de la Cristiandad: Escandinavia, Islas Británicas, Holanda, parte de Alemania y de los cantones suizos. Las propiedades de los hospitales, colegios, escuelas, gildas, fué cogido en gran parte, aunque no íntegramente. Las del clero y de la jerarquía, las tierras que sustentaban a los obispos, cabildos y párrocos, fueron robadas, desde por siete octavos hasta la mitad de su valor. Un cambio económico semejante en tan corto tiempo no había sido nunca presenciado por nuestra civilización. Tuvo como efecto el firme establecimiento de un motivo permanente para confirmar el éxito de la revolución religiosa. Los nuevos aventureros y los viejos campesinos que se vieron tan rápidamente enriquecidos, vieron en el retorno del Catolicismo un peligro para sus nuevas e inmensas fortunas.

En esta época, una generación después de la primera revuelta, se levanta por eso, en varias partes, un esfuerzo claramente visible para imponer nuevas leyes e instituciones para destruir el Catolicismo.

Desde mediados del siglo XVI (550-68) este cambio es nítidamente perceptible, y con él, aparece la lucha: de parte de la Europa Católica, para suprimir los nuevos gobiernos protestantes; de parte de éstos, para suprimir el Catolicismo en sus territorios; a veces, guerra civil entre los dos partidos. Esta guerra sigue durante

la segunda mitad del siglo, desde alrededor de 1550-60 hasta cerca de 1605-10. Hubo luchas en Escocia, cuyo comienzo fué la interminable tentativa de destruir por la fuerza el Catolicismo en Irlanda: guerra en Holanda; pero, la más crítica y violenta de todas fué en Francia. Del resultado de las guerras religiosas en Francia dependía la preservación o destrucción del Catolicismo en Europa.

Cosa bastante extraña, el Imperio Alemán, nominalmente gobernado desde Viena, no tuvo guerras, disfrutando de la paz—comparativamente con los otros países. Allí había surgido la Reforma; sin embargo, los sucesivos Emperadores (en parte por política, pero también en parte por falta de poder, pues muchos de los Príncipes y ciudades subordinados eran prácticamente independientes) lograron mantener la paz.

Pero, entretanto, las fuerzas católicas de Europa habían despertado tardíamente, comenzando lo que se llama generalmente Contrarreforma. Pero ni la Contrarreforma, ni la activa lucha que consiguió preservar intacta una parte de la Cristiandad habrían sido necesarias en Inglaterra donde el éxito del movimiento Protestante fué muy difícil: este es el punto más importante de la historia de la gran revolución religiosa, y es el punto en que menos se insiste.

El temprano entusiasmo innovador fué anárquico y disperso, no tenía forma: era de una violencia que estaba condenada a consumirse, especialmente si le resistían las autoridades centrales organizadas de la Cristiandad, el Emperador y los reyes. Todo lo que prove-

nía directamente del antiguo fundamento de nuestra cultura, el núcleo romanizado, civilizado de Europa, resistió, salvo una provincia, Britania.

Inglaterra fué captada por el sector revolucionario, no porque su pueblo lo deseara, sino por una serie de incidentes que significaron, cada uno, un nuevo paso, cada vez más difícil de borrar.

Primeramente, a causa de un asunto en manera alguna relacionado con la Fe, el rey de Inglaterra, el autócrata más completo de la época, rompió con el Papa. El divorcio de Enrique VIII de su mujer Catalina de Aragón, debido a su capricho por Ana Bolena, comenzó la historia. Esta fué conducida por un hombre mucho más hábil que Enrique. Tomás Cromwell, un aventurero de gran talento e inescrupuloso (tío abuelo de Oliverio y fundador de la gran fortuna de los Cromwell, familia de la cual Oliver era un segundón). Este Tomás Cromwell aconsejó y realizó la confiscación de las tierras de los monasterios en Inglaterra; una medida de reparto que fué seguida de una nueva (rapiña) de las propiedades eclesiásticas de toda especie, incluyendo escuelas y colegios, así como las riquezas de las diócesis, parroquias y capítulos. Las nuevas fortunas surgidas de esta marea de confiscaciones determinaron el resultado.

Al comienzo de la lucha con el Papado, algunos pocos ingleses apoyaron la supremacía del Papa y la consiguiente unidad de la Cristiandad. El más eminente de ellos y el más venerado es Santo Tomás More. Enrique tuvo como agente eclesiástico en su divorcio a Tomás

Cranmer, a quien hizo Arzobispo de Cantorbery, y que proclamó el cisma de Roma: era un opositor de corazón a todo el esquema católico, especialmente a la Santa Misa y a los Santos Sacramentos, aunque mientras Enrique vivió, no osó mostrar muy abiertamente sus sentimientos, pues Enrique fué, hasta el fin, firme y aún devoto en su adhesión a la doctrina católica y especialmente al Santo Sacrificio de la Misa y a la Presencia Real en el Santísimo Sacramento.

En contraste con Cranmer, y típico de la Inglaterra oficial de la época, que llevó a un pueblo confuso y atónito a una lucha con el Papa, fué Stephen Gardiner, obispo de Winchester nombrado por Enrique. Cuando era demasiado tarde, y después de muerto Enrique, quedó espantado al ver hasta dónde había llevado la lucha personal de Enrique (a quien había apoyado calurosamente) con el Papa; afirmó fuertemente su pleno catolicismo y trató de salvar el de su país.

A la muerte de Enrique, le sucedió nominalmente un niño raquítico, su enfermizo hijo Eduardo. Pero el poder real estaba en manos de los inescrupulosos individuos que formaban el Consejo. Prosiguieron con rigor y aumentaron la expropiación de las propiedades religiosas y aún hicieron un esfuerzo para imponer una nueva religión Protestante, repugnante a la gran mayoría de los ingleses (el secretario del Gobierno, que tenía todos los datos posibles de apreciarse, estima esa mayoría en los once doceavos).

Eduardo murió y, por voluntad de Enrique, su hermanastra (hija de Catalina de Aragón), María Tudor,

subió al trono. María Tudor fué recibida con enorme regocijo popular como restauradora de la vieja religión nacional de los ingleses y como reina legítima; y se esperaba que con ella terminaría el gobierno opresor de una pandilla de hombres enriquecidos recientemente. Para salvar al país de la dominación franco-escosesa, casó con Felipe, el heredero de España. El matrimonio no fué popular, y el Consejo inglés, contra el parecer de Felipe, y para demostrar su independencia frente a él, empezó una violenta persecusión contra la todavía pequeña minoría protestante. La persecusión del pequeño, pero intensamente revolucionario grupo fué especialmente violenta en Londres, y, aunque no fué impopular, no recibió ningún apoyo popular. Los neutrales estuvieron, como siempre, en favor de los que sufrían.

Cuando María murió, después de un breve reinado de media docena de años, le sucedió su hermanastra Isabel. Isabel fué aceptada fácilmente pues profesaba públicamente el catolicismo y había jurado preservarlo. No había obtenido el trono sin el apoyo de su cuñado Felipe de España, que esperaba casarse con ella, como se había casado con María, y que la miraba como un contrapeso a Francia, su principal rival.

Durante el largo reinado de Isabel, ésta se opuso y luchó contra María Estuardo, reina de Escocia, que se mantuvo fiel a la vieja religión y contra quien, después de un breve reinado, se levantaron sus súbditos. Se refugió en Inglaterra, donde fué retenida en la prisión por el gobierno inglés, hasta que fué ejecutada, muchos años después.

Pero el verdadero autor del gran cambio que sobreviene con Isabel y que gana fuerza durante su largo reinado, fué un hombre de excepcional genio, William Cecil. Fué él quien, junto con Felipe de España, puso a Isabel en el trono y gobernó en su nombre. Vió que su reciente fortuna estaba en peligro mientras el catolicismo siguiera siendo fuerte en Inglaterra, y procedió a liquidarlo. El fué quien efectuó el gradual y profundo cambio en la política inglesa, por el cual este país fué perdido para la Fe.

Esta escisión de Inglaterra de Europa y de la Cristiandad, fué, como lo dije ya, el paso esencial en el avance protestante; de él dependió, en todas partes, el éxito parcial de la revolución religiosa. De aquí la necesidad de empezar por una comprensión de la tragedia inglesa, sin la cual, la división de Europa y todo nuestro moderno caos no habría aparecido jamás.

Coincidiendo con el comienzo del viraje inglés, en la segunda mitad del siglo XVI, empezó el esfuerzo contra el naufragio que es llamado generalmente Contrarreforma.

Papas vigirosos emprendieron, por desgracia demasiado tarde, la reforma de los abusos: los franciscanos realizaron una nueva actividad misionera para recuperar los distritos perdidos para la Fe; un Concilio General (que los Papas anteriores a la Reforma habían evitado especialmente, porque poco tiempo antes los concilios se habían demostrado tan peligrosos para la unidad) fué convocado: es el conocido en la historia como Concilio de Trento. El factor singular más im-

portante en esta reacción fué un cuerpo militante y altamente disciplinado, nacido del genio de San Ignacio de Loyola: vino a ser denominado según lo que primero fué un sobrenombre, pero luego generalmente adoptado, de "jesuítas". Estos por su disciplina, sinceridad en sus fines y heroísmo, fueron la punta de lanza del contrataque. Estuvieron cerca del éxito en Inglaterra, tuvieron gran influencia en Alemania del Sur y en Polonia. Todas estas fuerzas combinadas lucharon por una restauración general del catolicismo.

Durante el siglo XVII, desde cerca de 1600-1615 a 1690-1700, síguese una lucha contínua entre la nueva religión, ahora arraigada allí donde los gobiernos eran protestantes, y el sector europeo fiel al catolicismo.

El esfuerzo para recuperar Inglaterra falló; Escandinavia varió del mismo modo que Inglaterra, bajo el impulso de aquellos que vieron su ocasión en el reparto de tierras de la Iglesia, y que determinaron retener este botín después de haberse apoderado de esas riquezas; y el Norte de los Países Bajos, que ha sido llamado desde entonces Holanda, se mantenía difícilmente contra su legítimo soberano el rey de España. Pero en el cuerpo total de Europa hubo un momento de posibilidad de restauración del catolicismo, que pudo haber sido universal. En Inglaterra esa restauración fué dificultada por el carácter del reinado de Jacobo I (1603-25); en Francia se hizo posible por el carácter del rey francés contemporáneo, Enrique IV, asesinado en 1610. Con estos dos se abre la historia de la lucha sin resolución, durante el siglo XVII. Enrique IV de Francia, consintiendo para tomarse París, lo que salvó al catolicismo en

ese país. Jacobo I de Inglaterra, guiado y dirigido por el segundo Cecil, el hijo de William, Salisbury, fué quien en el momento crítico, impidió que Inglaterra retornara al catolicismo.

En seguida, el emperador Fernando en Alemania lanzó una especie de cruzada para establecer su propia autoridad tan mermada en el pasado, y, a la vez, por propagar nuevamente el catolicismo en aquellas partes de Alemania donde había perdido. Aunque el catolicismo en Francia había sido salvado, sin embargo, Francia vivió siempre en el temor al poderío del Imperio alemán en su frontera oriental. Por eso, cuando parecía que el emperador Fernando iba a ser el monarca poderoso de una Alemania unida, Francia, aunque igualmente católica, determinó apoyar a los rebeldes protestantes contra él. El Ministro francés que dirigió esta política y que es, por lo tanto, responsable del fracaso de la Contrarreforma, es el gran Richelieu.

Encontró un singular instrumento. Los escasamente poblados distritos de Escandinavia produjeron un soldado de genio, el rey de Suecia Gustavo Adolfo. Richelieu puso los recursos financieros de Francia en obra para emplear a Gustavo Adolfo como instrumento para debilitar el Imperio y la reacción católica dirigida por el emperador Fernando. Gustavo Adolfo cambió el arte de la guerra con su inmenso talento; durante un año de deslumbrantes triunfos, casi logró establecer un Imperio Alemán protestante, más de dos siglos antes de Bismarck; pero en la cúspide de sus éxitos fué muerto en una batalla (1632). Su influencia, sin embargo, fué suficiente para impedir que el Emperador consiguiera

una victoria completa y para que se reunieran todos los alemanes en un cuerpo católico.

Entretanto, el poder español declinaba y los holandeses consiguieron que su independencia fuera reconocida por el rey de España, su antiguo soberano.

En Inglaterra, el protestantismo se dividió: una tendencia se expresa en Land, la otra en la figura de Oliver Cromwell. Oliver Cromwell y sus camaradas, representando el espíritu calvinista más intenso, ganaron una guerra civil que puso fin a la antigua y popular monarquía inglesa, y los vencedores llevaron a la muerte al arzobispo de Cantorbery, Land. Pero el significado fundamental de Cromwell es que, a pesar de la abrumadora superioridad de que gozaba en equipo y en soldados, no pudo destruír la Irlanda católica. Hizo lo que pudo: no sólo masacró a los irlandeses, sino, lo que fué mucho más decisivo, se apoderó de la tierra de los irlandeses y arruinó económicamente a los católicos, allí donde ellos habían sido más fuertes en estas islas. Pero fracasó, y su fracaso sería de gran importancia para el éxito de la Fe, especialmente en el siglo XIX.

A mediados del siglo XVII, la lucha entre el catolicismo y el entonces entusiasta espíritu que había desafiado al catolicismo, había llegado definitivamente a un empate. Los Tratados de Westfalia de 1648 establecieron el principio de que los súbditos seguirían la religión de sus gobiernos, y dentro de los diez años siguientes toda Europa se situó dentro de uno u otro bando, la cultura católica y la cultura protestante.

La cultura católica se salvó parcialmente, pero no pudo recuperar totalmente a Europa, y dentro de la

Iglesia se levantaron nuevos movimientos que la Reforma había suscitado.

En uno de estos movimientos está el gran nombre de Descartes, en el otro, el gran nombre de Pascal. Descartes fué un hombre de la primera mitad del siglo XVII, Pascal de la generación inmediatamente más joven. Descartes fué exactamente contemporáneo de Cromwell pero, por cierto, es mucho más grande y con una influencia infinitamente mayor sobre la civilización. Descartes introdujo una idea que ha dominado el pensamiento europeo desde entonces y que ha tenido efectos tan poderosos sobre la cultura católica, idea que puede ser llamada, en el mejor sentido de la palabra, Racionalismo.

La nueva expansión de la ciencia física había empezado en el siglo XVI y había continuado rápidamente: había sido especialmente notoria en la astronomía y la astronomía es justamente la ciencia en la que vemos actuar las grandes leyes de la naturaleza como si fueran inexorables, y en la mayor escala dimensional. La astronomía, por otra parte, está dominada por las matemáticas.

Descartes emprendió un examen total de la naturaleza de las cosas, esto es, una filosofía completa. La Iglesia Católica es en sí misma una filosofía completa en cuanto concierne a los intereses fundamentales del hombre; pero la Iglesia Católica no pretende proveernos de un sistema filosófico, menos aún de un sistema filosófico que sea necesariamente verdadero en su explicación del mundo material.

El Escolasticismo o el Tomismo (por el gran aporte decisivo de Santo Tomás de Aquino) puede ser llamado

la "filosofía oficial" de la Iglesia, tal como se presentó en la Edad Media tardía; pero era (y es) importante distinguir entre esta aceptación "Oficial" del Tomismo y el invariable magisterio de la Fe. Por ejemplo, en la filosofía de Sto. Tomás y en la de sus predecesores la Presencia Real es expresada en el término "Transustanciación"; pero ningún católico está obligado a aceptar la doctrina escolástica de la sustancia, y, en tanto que se mantenga la Presencia Real (esto es, que la integridad de la Humanidad y la Divinidad de Nuestro Señor está presente en el Santísimo Sacramento después de las palabras de la consagración, y en cada elemento, y que el Pan y el Vino primeros cesan de ser tales), la doctrina católica es satisfecha.

El Tomismo ha declinado naturalmente con la decadencia medioval. Las disputas escolásticas degeneraron en lo que no eran a menudo sino puerilidades y debates casi *siempre tediosos* y la mitad de las veces fútiles. Fué el disgusto de la sequedad y carencia de vitalidad de la enseñanza escolástica lo que influyó más en la revuelta de las generaciones jóvenes. Descartes, una generación después de la iniciación de la Reforma, trató de comenzar, en cuanto fuera posible, a revisar todo de nuevo, a preguntar y solucionar aquellas cuestiones que la filosofía escolástica examinó también desde la misma raíz. La discusión se inició con la pregunta de si el hombre mismo, la mente que producía la discusión, existía o no. Tomó como punto de partida la verdad indudable de que, desde que un hombre piensa, es; y en esto basaría su sistema. En el desarrollo de ese sistema insiste

en no aceptar otro conocimiento que el que es "probado", y por eso he tenido tan vasta influencia sobre el pensamiento surgido en los trescientos años posteriores, pues todo el hábito científico moderno procede de Descartes. El no tenía dudas sobre la Fe, pero su insistencia en el axioma de que nuestra aceptación de la verdad depende de la prueba externa de ella o de su razonamiento deductivo basado en leyes naturales constantemente observadas, hizo huellas profundas en el pensamiento común. Fué esta actitud de la mente la que dió origen a lo que es llamado el ataque racionalista a la Fe.

Pascal nada tiene que ver con todo esto: él estaba en el otro bando, que funda la religión en la emoción. El protestantismo, y especialmente el calvinismo (aunque el calvinismo es un sistema estrictamente lógico), se basa en la emoción. Una verdad religiosa es reconocida como verdadera, no por la evidencia externa o por el razonamiento deductivo, sino porque se tiene "experiencia" de ella. De aquí el sentido típicamente calvinista de la "conversión", la sensación de estar salvado. Pascal, ciertamente, no aceptó esa herejía, pero aceptó una especie de compromiso con ella.

Entonces, después de la vívida lección objetiva de la Reforma en acción, se podía ver el peligro de romper la unidad. Pero muchos de los espíritus más intensos dentro de la cultura católica, y especialmente en Francia y en lo que se llama hoy Bélgica, aunque tenían horror al calvinismo, se sintieron atraídos por el factor de la "experiencia religiosa", irritados por las restricciones de una Iglesia autoritaria y por una práctica, que en-

contraban mecánica. Además, la gran importancia de los jesuítas fué que querían recuperar a Europa para la fe haciendo toda clase de concesiones, tratando de comprender, y de atraer por la simpatía al mundano, al sensual, al indiferente, insistiendo incesantemente en la absoluta necesidad de lealtad a la Iglesia. Defender la unidad de la Iglesia y todo lo demás se hará por añadidura: preservar la Iglesia del peligro de destrucción; sólo entonces, cuando la urgencia haya cesado, se debatiría lo demás.

Siendo ésta la actitud jesuita (y los jesuítas fueron, con mucho, la principal influencia dentro de la Europa católica de mediados del siglo XVII), aquellos hombres que, dentro de la Europa católica se inclinaban a la emoción religiosa, la experiencia personal, casi hacía lo que el enemigo calvinista llamaba "conversión", escogieron a los jesuítas como especiales antagonistas. Un poderoso escritor llamado Jansen (en latín Jansenius) planteó tal cosa, en los Países Bajos; escribió un libro basado en San Agustín, y tal obra representó la reacción del calvinismo sobre la Iglesia Católica. El jansenismo, como fué denominado, planteó esta agitación, llevada a veces a su extremo; el gran Pascal, matemático como Descartes, pero teniendo algo que éste no poseía, el genio literario, fué el gran combatiente jansenista. Tuvo que adiestrarse, pues no conocía muy bien el tema. Mucho de lo que escribió en los famosos panfletos de las "Provinciales" muestra ignorancia de las autoridades, que conocía sólo de segunda mano. Tampoco su puritanismo podía sobrevivir; pero su estilo tenía aquel

gran efecto que tiene siempre la buena literatura, y por eso vive aún hoy día.

De ambos, Descartes y Pascal, proceden las dos corrientes de influencias que, entre ambas, amenazaron de muerte a la cultura católica. Su producto fué el racionalismo, y luego el deísmo y después el ateísmo de generaciones aún futuras. Pascal, y los jansenistas a quienes él defendió, actuaron como sostenedores de la revuelta hugonote contra la Iglesia del pueblo de su propio país. El apoyo no fué totalmente consciente y nunca tomó la forma de una rebelión activa, pero trabajó como un fermento a través de las generaciones posteriores, engrosando el ataque a la Fe que se esparció tan ampliamente en los países católicos, y especialmente en Francia, amenazando finalmente, doscientos años después (en el siglo XIX), hasta el punto de que muchos pensaron, hasta hace poco, que la Iglesia estaba condenada a la declinación y a una temprana extinción.

Entretanto, otros dos factores estaban en acción, factores que también militarían en el futuro contra esa cultura católica europea por la cual —exclusivamente— puede salvarse la civilización. El primero de ellos era el nacionalismo, y el segundo el crecimiento en riqueza y poder de la cultura anti-católica protestante del Occidente.

El nacionalismo comenzó, no con la adoración de la nación, sino con la adoración del Príncipe. Como en el caso del jansenismo, los católicos no podían aceptar el nacionalismo plenamente, pero flirtearon con esa idea. Así, en el caso de la omnipotente adoración de

los reyes que está en ascensión durante el período de la Reforma, los católicos no podían aceptar la doctrina protestante llamada "el Derecho Divino de los reyes". Pero, los que se inclinaban hacia este error, fueron tan lejos como les era posible, y el gran exponente de esta idolatría de los reyes, del poder civil usurpando la autoridad universal de la Iglesia, fué Luis XIV de Francia.

Era un niño a mediados del siglo XVII, y murió muchos años después de su fin, siendo, durante la segunda mitad de su vida, una gran potencia. Desde 1660 a 1715 Luis XIV significó más para la Europa contemporánea suya que, digamos, la clase gobernante inglesa para la Europa de fin del siglo XIV. El rey de Francia no podía, evidentemente, romper la unidad católica; en cierto sentido, era el campeón del catolicismo, ahora que España (el antiguo adalid católico) estaba en decadencia, y que la misma Francia había abatido el poder del Imperio Germano Católico. Pero, aún siendo campeón del catolicismo, fué tan lejos como pudo, sin romper en la Santa Sede, en la insistencia en el derecho de los príncipes a ser independientes en sus propios dominios. Como su dominio era Galia —Francia—, este espíritu se denominó, en el aspecto religioso, Galicanismo. De esta insistencia en la independencia de los príncipes brotó después la insistencia en la completa independencia de las naciones, y esa religión del patriotismo, que en nuestro tiempo ha llegado a dimensiones tan exageradas. El nacionalismo, que pone a la Nación (que no es sino *nosotros mismos*) en lugar de Dios, es en verdad la gran herejía de nuestra época.

Luis XIV representó, pues, la fuerza de los poderes nacionales independientes, desintegrando la cultura católica desde dentro. Mientras tanto, la Casa de Orange representaba particularmente la fuerza militante contra la cultura católica desde fuera. Y la figura más saliente de la Casa de Orange fué Guillermo de Orange, que usurpó el trono inglés, pues las familias inglesas ricas le permitieron, desdeñosamente, sustituír al último católico y activo rey de Inglaterra. Fué contemporáneo de Luis XIV; en Inglaterra y en Europa fué (aunque no estaba hecho a escala de una posición semejante) la típica figura política anti-católica. Fué en Inglaterra sólo un rey títere, bajo el nombre de Guillermo III. Se reían de él, lo despreciaban, pero no por eso dejó de ser el símbolo del creciente poder anti-católico del dinero, del comercio y del esfuerzo de expansión dominadora mercantil en los mares, en la cual los holandeses fueron los iniciadores y los ingleses sus herederos. Prusia, la gran fuerza anti-católica, aún no nacía, era del porvenir.

Con las figuras típicas así elegidas, haré lo posible, dentro de mi capacidad, por llenar mi galería, tomando primero en orden las figuras inglesas en aquel asunto fundamental, la pérdida de Inglaterra. Así se presentan ordenadamente el rey Enrique VIII, la reina Catalina su esposa, su amante Ana Bolena, su ministro gobernante Thomas Cromwell, Sir Thomas More que le resistió, Thomas Cranmer, el agente eclesiástico del rey Gardiner, Clemente VII, las reinas María e Isabel Tudor, María Stuardo y el gran William Cecil, lord Bur-

leigh. Estos resumen la Reforma inglesa, de la cual se sigue todo lo otro.

En seguida describo a los hombres posteriores, los del siglo XVII, de "la batalla terminada en tablas": Enrique IV de Francia, Jacobo I de Inglaterra, el Emperador Fernando, Gustavo Adolfo, Richelieu, Land (para describir las dificultades internas del protestantismo, que, desgraciadamente, no fueron fatales para él), Oliver Cromwell; Descartes y Pascal, finalmente, Guillermo de Orange y Luis XIV.

EL REY ENRIQUE VIII

ENRIQUE VIII, que fué rey de Inglaterra desde 1509 (siendo entonces un muchacho de menos de dieciocho años) hasta 1547, en que murió, es justamente considerado como el autor del gran desastre de la Reforma inglesa. Por este desastre, el único distrito importante de Europa que rompió con la Cristiandad en el siglo XVI fué lanzado contra la civilización general de Europa. Si Inglaterra no hubiese roto, la Reforma habría fracasado, y nuestra civilización sería hoy día cristiana. Es imposible exagerar la importancia de esta catástrofe histórica. Ha tenido efectos que se han esparcido desde esa distante fecha —más de 400 años atrás— a nuestro propio tiempo, y esos malos efectos aumentaron en vez de disminuír.

Había empezado en Alemania una gran revuelta contra el catolicismo. Era la explosión de fuerzas que se habían ido condensando largamente, provocada por las divisiones en la misma Iglesia (rivalidades de Papas y anti-Papas), y por la corrupción dentro de la Jerarquía. Esta revuelta estalló en 1517, salvaje e indeterminada en cuanto a sus características. Tenía que venir una reac-

ción contra ella de parte de las fuerzas de orden, y Europa habría recuperado su unidad religiosa, si Inglaterra, más tarde, no hubiera defeccionado. Inglaterra, en el momento en que empezó la revuelta alemana, fué muy poco afectada por la herejía. El rey y el pueblo eran normalmente católicos.

La entrada de Inglaterra en el movimiento de la Reforma fué un accidente, el resultado de un acontecimiento lateral. Este resultado incidental fué debido al deseo del rey Enrique VIII de anular su matrimonio con su legítima mujer Catalina, hija de los reyes de España. Quería anular el matrimonio porque estaba totalmente enajenado a causa de Ana Bolena, una joven de la Corte, que quería nada menos que ser reina. No pudo conseguir que el Papa concediera la anulación, de modo que los que lo adulaban y apoyaban, especialmente su ministro Thomas Cromwell gradualmente avanzaron hacia la ruptura con Roma, completada a fines de 1534.

Enrique trató de mantener a Inglaterra en el catolicismo, pero sin el Papa, mas fracasó, y después de su muerte en 1547 el trastorno religioso comenzó a dar frutos en Inglaterra. Lo favoreció poderosamente el hecho de que Thomas Cromwell había presionado al rey para disolver los monasterios y apoderarse de sus bienes. Los terratenientes ingleses, que eran por doquiera los dirigentes locales, recibieron el grueso de esos bienes, de modo que estaba en su interés fomentar la Reforma, y fué esta razón financiera más que ninguna otra, la que laboró incesantemente para separar a Inglaterra del catolicismo.

Aunque habían muchos otros factores, puede decirse que si Enrique no se hubiera dejado dominar débilmente por Ana Bolena, y por lo tanto no hubiera sido arrastrado a la posición extrema de romper con el Papado antes que decepcionar a la mujer que lo enajenaba, Inglaterra sería hoy católica, y si Inglaterra permaneciese católica, la Reforma en otras partes habría muerto.

El echó a rodar la bola de nieve, no preveía los resultados que se seguirían, ni siquiera los que sobrevinieron inmediatamente, durante su vida, mucho menos los que acontecerían después de su muerte. Fué un desatino apasionado, loco, irreflexivo: un buen ejemplo de la verdad aquella de que el mal viene sobre el mundo más por los pecados ciegos de los hombres que por el cálculo.

Para comprender el carácter de Enrique VIII debemos comenzar por saber cómo era la Inglaterra sobre la cual gobernó, qué rol tenía entre las naciones, y saber, asimismo, que su propia familia había llegado sólo recientemente al trono de Inglaterra.

La Inglaterra en la cual nació Enrique en 1491 era un país de cerca de 4 millones de habitantes. Escocia era un país totalmente independiente y se le miraba como hostil; los distritos montañosos de Gales no eran realmente gobernados por Inglaterra, eran semi-independientes, así como Irlanda, salvo en una faja muy angosta de la costa oriental, cuya principal ciudad era Irlanda. Este país de 4 millones de habitantes era sólo una de las provincias (por decirlo así) de la Cristiandad, pues toda la Europa Cristiana (Alemania, Polonia, Italia, Escandinavia, Francia y España) era sentida

como unidad y estaba, por cierto, unida en lo religioso bajo el Papa. Los diversos príncipes cristianos, ciudades libres y confederaciones, aunque considerándose a sí mismos independientes unos de otros, se consideraban todos unidos en una gran República Cristiana.

De estos varios poderes de la Cristiandad, el reino de Francia (más bien más pequeño que la actual Francia) era el mayor; España se había unificado recientemente por el matrimonio de Fernando, rey de Aragón con Isabel, heredera del reino de Castilla; Italia estaba dividida en gran cantidad de repúblicas urbanas y soberanas territoriales, entre las cuales el Estado Pontificio, en el centro del país, era la unidad más importante. Alemania estaba igualmente fragmentada en gran cantidad de señoríos casi independientes, y de ciudades libres, pero sobre todos ellos estaba el Emperador, que tenía su dominio propio: Austria y regiones vecinas.

Había una rivalidad permanente entre Francia y los principados alemanes, y por tanto con el Emperador; y la forma en que Inglaterra (aunque era un Estado mucho más pequeño) podía actuar entre estos rivales tenía gran importancia. En extensión y en riqueza, Inglaterra era sólo alrededor de un quinto de Francia o de los Estados germánicos, pero estaba defendida por el mar (salvo en la frontera septentrional con Escocia), era próspera y significaría una gran ventaja para cualquiera de los rivales al cual se inclinara.

La Inglaterra en que nació Enrique VIII era agrícola; muchas de las ciudades eran sólo mercados dependientes del tráfico de las aldeas circundantes, había sólo una

gran ciudad, Londres, con cerca de 150 mil habitantes. Norwich, capital de la industria de la lana, venía en seguida, y Bristol tenía también cierta importancia; pero la gran masa de los ingleses vivía en aldeas cultivando el suelo. Esto es importante de recordar cuando se lee sobre la Reforma inglesa, pues ese movimiento fué más fuerte en Londres, y al comienzo tuvo escaso apoyo en el campo. Era algo extranjero, llegando por los puertos de mar, entre los cuales el más grande era Londres. Si recordamos esto podremos entender la aparente paradoja de que, mientras los embajadores extranjeros y otros observadores que vivían en Londres hablaban del crecimiento de la Reforma, la nación como unidad total la detesta y se rebela contra ella.

Lo que debe en seguida comprenderse, respecto de la situación en que nació Enrique VIII, es que el rey lo era todo. El sentido político de esa época aceptaba como natural que un hombre actuara y fuera responsable por la comunidad, y este hombre no elegido, sino poseyendo el trono por derecho hereditario. El rey era todopoderoso, excepto, naturalmente, sobre la Iglesia, que era independiente —y además los hombres eran gobernados en aquellos días por viejas tradiciones, que eran la base moral de la ley, y que el rey debía sostener más que cambiar. Los Parlamentos eran citados de cuando en cuando por pocas semanas, pero a intervalos irregulares y a veces larguísimos; no existía la idea de que ellos gobernaran, sino sólo de que debían ser consultados para proveer de dinero en casos extraordinarios al rey en tiempos de crisis; normalmente, el rey tenía que sostener al país con su renta particular, que era, por

cierto, enorme. Los impuestos permanentes no existían: se decretaban tributos cuando había una necesidad inmediata y anormal de encontrar dinero para el gobierno —generalmente a causa de una guerra.

Debemos recordar especialmente que la familia en la cual nació Enrique acababa de adquirir la reyecía, y se la veía no sólo como advenediza, sino —por muchos— como poseedora ilegal del poder.

El antiguo reino inglés había estado en manos de la familia de los Plantagenets por cientos de años. Un siglo antes de nacer Enrique, esta dinastía se había dividido, el rey legítimo había sido desposeído y muerto por su primo; luego había sobrevenido una reacción contra los descendientes de esta rama usurpadora, y durante dos generaciones se siguieron guerras civiles entre varias ramas de la dinastía de los Plantagenet, pero aún esta familia era mirada como reinante, y todos la consideraban como la única sangre regia con derecho a gobernar.

Sucedió, en una época que podemos medir por una larga vida humana, antes de que Enrique VIII naciera, que la viuda de uno de los reyes Plantagenet, una princesa francesa, había tenido secretamente un amante de bajo nacimiento, un galés que vivía como empleado en el palacio, llamado Tydder o Tudor: su oscuro nombre extranjero era pronunciado de maneras muy diferentes. No se sabe si se casó o no con él, pero es probable que no. Sin embargo, sus hijos, y especialmente el mayor, Edmundo, fué compañero de juegos de su hijo legítimo, tenido de su marido el último rey Plantagenet; y este hijo, naturalmente, vino a ser rey de Ingla-

terra con el nombre de Enrique VI. Este mostró gran benevolencia a su hermanastro, de bajo nacimiento, y, probablemente ilegítimo, Edmundo, y lo casó con una dama de la sangre de los Plantagenet, aunque también ilegítima, dos generaciones atrás.

Edmundo Tudor y su esposa tuvieron un hijo llamado Enrique, y este Enrique Tudor, en la agitación de las guerras civiles, llegó a ser jefe de uno de los partidos. Pretendía el trono inglés en virtud de dudosísimos derechos, y desembarcó en Inglaterra con un pequeño ejército de franceses —desde Francia, donde se había refugiado; fué apoyado por muchos de la nobleza, que odiaban al último rey Plantagenet, Ricardo III, y con su ayuda ganó la batalla de Bosworth, donde Ricardo fué muerto.

Enrique Tudor tomó entonces el trono de Inglaterra y empezó una nueva dinastía con el nombre de Enrique VII. Como tenía derechos muy débiles, fortaleció su posición casándose con la heredera de los Plantagenet, sobrina del último rey (que no tuvo hijos) e hija del hermano del último rey, que había sido también rey con el nombre de Eduardo IV.

Todo esto sucedió en 1485, sólo seis años antes del nacimiento de Enrique VIII, de modo tal que éste era hijo, como podemos ver, de una nueva y aún inestable familia real.

Enrique VII, el primero de los reyes Tudor, y su esposa, tuvieron dos hijos y dos hijas. El hijo mayor se llamaba Arturo y el segundo Enrique (el futuro Enrique VIII). Arturo era unos años mayor, siendo el heredero. En estos hijos se mezclaron dos sangres muy

diferentes: la reina, su madre, hija de Eduardo IV (el hombre más hermoso de su tiempo) y de una hermosa madre de la aristocrática familia de Woodville, aportó el físico fuerte, la buena salud, el vigor de esta familia. Por el lado Tudor la sangre era mala: Enrique VII era débil y a veces achacoso, había nacido cuando su madre era demasiado joven, y la familia de su madre no era tampoco sana. Es importante recordar esta doble raíz de los Tudor, pues explica muchas cosas.

Enrique VII negoció un matrimonio entre su heredero el joven príncipe Arturo, y la hija de Fernando e Isabel, los reyes de España, conocida en la historia por el nombre de Catalina de Aragón. El matrimonio nominal tuvo lugar cuando ambos niños tenían quince años, siendo celebrado tan prematuramente (como lo eran a menudo los matrimonios regios) para anudar una alianza; pero el príncipe Arturo murió inmediatamente después del matrimonio, y estamos ciertos de que éste no llegó a consumarse. La pobre niña, nominalmente viuda del heredero, quedó en la Corte inglesa, y se concertaron los esponsales entre ella y su joven cuñado Enrique.

Los esponsales en ese tiempo, y especialmente en este rango social, eran un asunto solemne, casi tanto como el matrimonio, y aunque éste sólo podría tener lugar cuando Enrique fuera mayor, sin embargo, aún para los esponsales era necesaria la dispensa del entonces Papa Julio II, pues Catalina había sido, por lo menos nominalmente, la esposa del hermano de Enrique. Era un punto discutido entre los teólogos si el Papa podía o no dispensar el matrimonio con la esposa de un herma-

no fallecido; moralmente, por supuesto, esto no importaba en este caso, pues el matrimonio entre el joven príncipe Arturo y Catalina había sido sólo nominal, pero el punto iba a adquirir enorme importancia en el futuro.

Siendo pues el joven Enrique el único heredero del trono, su padre murió en la primavera de 1509, algunos meses antes de que aquél cumpliera los dieciocho años. Lo sucedió normalmente con el nombre de Enrique VIII, fué coronado y se casó inmediatamente con su cuñada Catalina, que era unos seis años mayor que él. Fueron al principio muy felices, el joven rey era muy popular, su mujer tenía una excelente influencia sobre él y todo iba bien.

Ahora debo describir el carácter de este joven del cual dependían tantas cosas. Su rasgo principal era la incapacidad para contener sus impulsos: era apasionado por hacer su voluntad (lo que es casi siempre lo opuesto a tener fuerza de voluntad). Era fácilmente dominable, siempre era manejado por alguien (sucesivamente varios, desde el comienzo al fin de su vida), pero manejado, nunca intimidado ni directamente controlado.

Es muy importante entender este punto capital, porque una falsa comprensión de ello ha torcido gran parte de las apreciaciones históricas sobre él. Puesto que era un hombre fuerte, que tenía estallidos y ataques de cólera, siempre anheloso de seguir sus apetitos y antojos, se le ha pintado con la falsa apariencia de una figura poderosa. Tenía poder, pero sólo el poder político que la estructura de la época daba a cualquier monarca, no tenía el poder personal de carácter. No controlaba a los otros por el respeto a su propia tenacidad, ni mucho

menos por el sentimiento de que era sabio ni justo, y aún mucho menos por el sentimiento de que tenía una fibra fuerte.

Al contrario, los que lo manejaban, uno tras otro (excepto su mujer) lo despreciaron y pronto llegaron a conducirse como si pudieran hacer lo que quisieran siempre que lo adularan; ellos dirigían los asuntos políticos mientras él seguía sus apetitos o sus intereses privados. Esto sucedió igualmente con toda la serie de los que lo manejaron: Wolsey, Ana Bolena, Thomas Cromwell y, al fin de su vida su cuñado Seymour. La única excepción fué su admirable esposa que, con sencillez de carácter, gran cariño y sentido del deber, lo trató con respeto; pero su influencia sobre él, a causa talvez de eso mismo, decayó muy pronto.

Como era de esperar con una naturaleza de esta clase, se rebeló contra cada uno de sus favoritos, uno tras otro. Se sintió "manejado" por todos ellos sucesivamente. Esto lo enojaba progresivamente contra ellos, tenía explosiones de rabia y, finalmente, en algún acceso de apasionamiento, se libraba de ellos. Librarse de alguien significaba a menudo, bajo las despóticas condiciones de la época, llevarlos a la muerte. Así rompió bruscamente con Wolsey, con Ana Bolena, con Thomas Cromwell que, todos tres, hicieron lo que quisieron con él actuando independientemente de él, mostrando en privado su desprecio por él hasta, finalmente, provocar su furia. Todas las mujeres (salvo su primera esposa Catalina) con quienes tuvo intimidad, lo trataron con desprecio, y esto es una prueba muy significativa del valor de un hombre.

Sobresalió en su juventud en todos los ejercicios físicos: era un jinete de primer orden, buen luchador y tirador, y, hasta que la enfermedad atacó su cuerpo, pudo soportar grandes fatigas. Era un hombre de cabeza grande y roja, de ancha cara, barba rala, ojos más bien claros, muy separados: un rostro a primera vista rudo, de consistencia pastosa. Tenía un exagerado terror por la muerte y, lo que es inexcusable en un rey de su generación, jamás se arriesgaba en las batallas. Tenía temor a las epidemias, muy frecuentes en las ciudades amontonadas y mal desaguadas de esa época, y tomaba precauciones (a menudo absurdas) para evitar toda posibilidad de infección. Había momentos en que el temor a la muerte era una verdadera monomanía.

Era bastante inteligente y bien formado en teología, para la cual se le había destinado primeramente, cuando, siendo aún niño no se pensaba en que pudiera ser rey, sino que su padre esperaba que terminaría siendo arzobispo de Cantorbery. Era ilustrado, podía hablar varias lenguas extranjeras, podía hablar e incluso pensar en francés, como era costumbre en las clases superiores mejor educadas de los países occidentales, especialmente en Inglaterra. Debemos recordar que un siglo antes de su nacimiento la clase inglesa hablaba sólo francés, pues el inglés sólo muy recientemente había llegado a ser la lengua común.

Pero aunque era inteligente, en el sentido de que podía seguir un proceso lógico con claridad, o trazarse un plan consciente o analizar proposiciones intelectuales tal como eran presentadas en la discusión teológica o política, era mal juez de los hombres. Podía, natural-

mente, ver bastante bien que este o aquel hombre trabajaba mucho y producía resultados, pero desatinaba bastante cuando trataba de forjar una política exterior; también era bastante vacilante, talvez porque tenía una semi-conciencia de su incompetencia en tratar una situación complicada.

El podía fijarse decisiones, avanzar hacia ciertos fines, y luego volver atrás, a medias determinando a desembarazarse de los objetos a los cuales estaba inclinado, y las principales líneas de acción durante su reinado estuvieron siempre trazadas por otras personas.

Primeramente fué Wolsey quien dirigió enteramente su política internacional; más tarde, fué Cromwell quien negoció su ruptura con Roma; al fin de su vida, fué Seymour quien determinó el testamento que habría de dejar y cómo se fijaría la sucesión al trono. Era en cierto modo emotivo, y especialmente sensible a la música —incluso un buen ejecutante musical y algo poeta, y compuso algunas canciones que no carecen de mérito; también dejó algunos ensayos de armonía, y especialmente dos Misas a las cuales se les dió su nombre, y que son talvez de su propia mano.

Era muy vanidoso, de su físico y su atletismo en los años de juventud, excesivamente cogido por la idea de su dignidad y majestad cuando fué rey. Sus sentimientos estaban en cómico contraste con la manera como obtenía lo mejor de otros hombres, hasta el momento en que venía la explosión —inevitable— contra su control. Fué su vanidad la que le hizo caer víctima de más de una mujer, pero siempre logró evitar el pe-

ligro de ser completamente avasallado por ellas, salvo en el caso de Ana Bolena.

¿Era laborioso? La respuesta a esta pregunta debe ser cuidadosamente calibrada con la respuesta a una pregunta que ya nos hicimos, la de si era fuerte. Como no era realmente fuerte, tampoco era realmente laborioso en el sentido de esforzarse por dominar un asunto o una cierta política por una aplicación concentrada. Jamás podía forzarse a hacer cosas, pues era demasiado esclavo de sus apetitos y caprichos; pero se le puede llamar laborioso en el sentido más superficial de la palabra, en el de hacerse "agendas" y de escuchar cuanto se le exponía como a soberano. Hay una enorme mesa de papeles, muchos escritos por su propia mano, muchas anotaciones de documentos necesarios, que prueban que existía en él esa cualidad: es imposible llamarlo "perezoso". No era que dejara todo el trabajo a otros y se olvidara en entretenciones, pero en este punto como en otros no tenía control sobre sí mismo, no manejaba su propia actividad, no tenía la capacidad suficiente para obligarse a hacer algo que sentía tedioso, lo que es la marca del verdadero laborioso; no trabajaba en el verdadero sentido de la palabra; jamás profundizó en algo que se propusiera estudiar, ni llegó a poseerlo realmente.

En seguida, debemos insistir especialmente en el efecto que tuvo sobre su carácter la edad —la edad y la enfermedad combinadas. A cierta edad que no podemos determinar exactamente, pero ciertamente joven (probablemente antes de los 24 años), contrajo la sífilis; desde entonces se trasformó en un hombre cada vez más deteriorado, de cuerpo y de mente; mantuvo su activi-

dad física, y, hasta el fin, su actividad mental, pero se desvió en un sentido espiritual hasta llegar a ser, al fin, algo así como un monstruo: insensible a los sufrimientos de los otros y capaz incluso de acciones crueles, entanto que, especialmente al fin, su salud física se liquidó. Durante años, el síntoma principal de su mal fué una úlcera móvil en la pierna, pero en la última cuarta parte de su reinado, se puso tan grueso, pesado y corrupto, que apenas podía moverse. En los últimos años, a pesar de que tenía sólo algo más de cincuenta, tenía que ser arrastrado y su enorme obesidad sobresalía de la silla. Al fin no pudo ya firmar con su nombre, tenía que usarse un sello; pero incluso hasta el fin, retuvo esa especie de energía que toma la expresión de violencia.

Tenía, como podemos imaginarnos, muy poco poder de limitarse, y no parece haber entendido nunca cuando esta carencia de control pasaba los límites de la decencia común. Así lloraba absurdamente, casi como un niño, cuando estaba cogido por la pasión, o cuando sentía que había quedado en ridículo.

Dos últimas cosas hay que decir de él; la primera es generalmente tomada en cuenta, la segunda olvidada a menudo. La primera es su extremo egoísmo, que creció en él con los años, como acontece siempre en los egoístas, pesando talvez al fin el límite normal, como se puede percibir en los horribles actos de crueldad de la última parte de su carrera. Ya había bastante crueldad en su carácter cuando éste comenzó a empeorarse, después de que Catalina perdió su influencia sobre él, y después de que su enfermedad comenzó a trabajar; pero había razones personales o políticas para ello, en tanto

que, al final era generalmente una verdadera obscenidad; expresaba, en las órdenes que daba una especie de salvajismo infernal y una avidez por los sufrimientos, una avidez por mirar la agonía de sus víctimas, como en el caso del desdichado Hermano Forest, a quien ordenó tostar a fuego lento. Y mezclaba con horrores de esta especie su idea de grandeza. Creía que aquéllos elevarían su estatura a los ojos de sus súbditos y contemporáneos. Llegó, al término, a gobernar por el terror, y la extravagancia de su política final (como la expedición a Boulogne), sus repentinos cambios, sus leyes y edictos llenos de violencia, muestran una carencia demencial de equilibrio.

Pero la segunda característica, incongruente con un carácter semejante, pero innegablemente presente, era una fuerte adhesión a las tradiciones religiosas en las cuales había sido formado: eran la única cosa fija en él, lo que más se acercaba a un principio. Destruyó o permitió que se destruyeran las instituciones monásticas, baluarte de la Iglesia; luchó y rompió con el Papa, principio de unidad de la Iglesia, (aunque en esa época era éste un principio confuso y debatido); pero tenía una adhesión emotiva a las prácticas de la Fe, y nunca salió de lo que puede llamarse la atmósfera de tales prácticas. Tenía una devocación constante al Sacramento del Altar y no pocas de sus severidades cayeron sobre los que negaban la Presencia Real. Insistió en el celibato del clero, en el mantenimiento del ritual en la liturgia y en la disciplina eclesiástica bajo el episcopado, que mantuvo formalmente.

He dicho que este aspecto suyo podía parecer incon-

gruente con el resto, y es ciertamente extraño a nuestros ojos modernós, pero no es tan difícil de entender si nos ponemos en la posición de su oficio y de su época. Era sincero en esos sentimientos, pero su sinceridad era reforzada por su vanidad y su constante insistencia en su poder político: veía la herejía en su sentido de rebelión, le disgustaba su vanidad y su calidad anárquica, pues vivía en ese despotismo centralizado que había heredado como rey del siglo XVI, y esa misma emotividad que lo llevaba a excesos de todas clases, era capaz de reforzarlo en esos personales hábitos de culto que no obstruían sus objetivos políticos.

Tal es, me parece, la silueta de este hombre. Hay en su carácter falta de proporción y —al desarrollarse— algo grotesco. Ninguno podía mejor que él producir los malos resultados que produjo. Si los poderes malignos hubieran tenido que elegir su instrumento, dándole las justas proporciones de violencia y debilidad, incomprensión, pasión, y todo lo demás, habrían podido difícilmente forjar una herramienta más útil en sus manos que la que (sin plena intención) efectuó la mayor tragedia en la moderna historia de Europa.

CATALINA DE ARAGON

EL matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón fué de importancia crítica. La edad y carácter de ella, las reacciones de éstos sobre Enrique, su posición en Europa y todo lo que se relaciona con ella es de interés e importancia para la comprensión de la Reforma.

Catalina de Aragón era hija de dos personajes notables, Isabel, que por muerte de su hermano heredó el reino de Castilla, y Fernando, que muy joven, llegó a ser rey de Aragón. Habían surgido soberanías independientes al S. de los Pireneos durante la reconquista del país de manos de los moros, que lo habían dominado desde un siglo después de la muerte de Mahoma, el momento de culminación del entusiasmo musulmán. La caballería de la Cristiandad iba, año tras año, a unirse a la gran lucha, siendo recompensados con porciones de tierras conquistadas. Al final, el total de lo que hoy llamamos España y Portugal (la península Ibérica, al S. de los Pireneos), había sido reconquistado por la Cristiandad, excepto la faja más al S. de Sierra Nevada, cerca del mar, llamada Andalucía, con su capital Granada.

Aragón y Castilla eran los dos reinos principales de la Península, y por el matrimonio de Fernando e Isabel, toda esa tierra, excepto Andalucía que aún quedaba por ser reconquistada, y Portugal, reino cristiano independiente, quedaban en manos de una sola familia. El matrimonio de Fernando e Isabel unía a España.

El matrimonio tuvo lugar en 1460, y ambas coronas fueron unidas, después de una guerra civil, en 1479. En 1492, el mismo año en que Colón descubrió América, pero meses antes, se terminó la plena conquista de la península: la capital mahometana, Granada, cayó, y el último girón de tierra pisado por mahometanos en Europa occidental católica fué conquistado.

Esto añadió mucho al prestigio de la ahora unificada corona española, y, por cierto, cuando se comprendió lo que significaba el descubrimiento de América, este prestigio subió más alto todavía. Un poco más tarde, cuando se empezó a valorar qué inmensas riquezas vendrían a los soberanos españoles a causa de sus derechos en el Nuevo Mundo, esa fama llegó a su colmo.

Cuando Enrique VII, de bajo linaje y sin derecho, habiendo adquirido el trono inglés de un modo tan azarozo, concertó un matrimonio entre su familia y la casa real de España, fué un gran éxito para él. No cabía comparación en la riqueza e importancia de ambas.

Fernando e Isabel, "la casa de Aragón", tuvieron un hijo muerto antes de ser rey, y dos hijas, Juana y Catalina: la última sería esposa de Enrique VIII y Reina de Inglaterra. Juana era débil de inteligencia y murió, probablemente, trastornada: lleva en la historia el sobrenombre de "Juana la Loca". Era la mayor y,

por ello, pudo trasmitir a su posteridad el reino de España. Casó con un príncipe de la primera familia de Europa, la del Emperador.

El Emperador Maximiliano, de la casa de Habsburgo, que tenía como dominios privados el archiducado de Austria, y otras tierras adyacentes, así como lo que llamamos Bélgica y Holanda, y otros territorios en esa región, por ún matrimonio con la princesa heredera de ellos, tuvo un hijo, Felipe, que sucedería a su padre en todos aquellos grandes, pero dispersos territorios y probablemente (no ciertamente) sería elegido Emperador a su muerte. Pues no se llegaba a ser Emperador por herencia, sino por elección de los grandes magnates, laicos y eclesiásticos, que gobernaban los principados y diócesis germánicos: pero no se era técnicamente Emperador hasta no ser coronado por el Papa.

El oficio de Emperador era con mucho el primero de Europa, aunque no tenía un poder político inmediato, careciendo de rentas y ejércitos propios, dependiendo por tanto de la buena voluntad y apoyo de los príncipes alemanes. Sin embargo, el ser Emperador era lo más grande que se podía ser; casarse con el Emperador, el mejor matrimonio posible. Cuando Juana de Aragón se casó con Felipe, hijo de Maximiliano, aportando ella el reino unificado de España (que heredarían sus hijos, pues el hermano mayor de ella había muerto), quedaban —en proyecto— unidos el Imperio, los vastos territorios directamente sometidos al Emperador, los inmensamente prósperos Países Bajos con sus grandes ciudades mercantiles, el Sur de Italia, que pertenecía a la corona de Aragón, y toda España con todas las nue-

vas riquezas que se vertían en ella desde más allá del Atlántico.

Era un matrimonio que parecía poner en una mano el mayor poder en Europa. El único gran país que quedaba fuera de la combinación era Francia. Inglaterra era inferior en población, extensión y riqueza; Escocia aún menor; Portugal era también pequeño; Italia estaba dividida en varios principados; el Imperio Cristiano de Oriente había caído bajo los mahometanos; Rusia no se levantaba aún. Por eso parecía que la familia de Juana y Felipe haría sombra sobre toda la Cristiandad.

Felipe murió antes que su padre Maximiliano; y cuando murió Fernando de Aragón (ya Isabel había muerto anteriormente), el hijo de Felipe y Juana, llamado Carlos, sucedió a su abuelo Maximiliano. Fué soberano de España, de las tierras nuevamente descubiertas de América, de los Países Bajos (Borgoña germánica), y de Austria, junto a varios otros territorios aún), y, para más, fué elegido Emperador, como su abuelo, en 1519.

El resultado de esto fué que Catalina, cuando era reina de Inglaterra y madre de la princesa heredera, y más tarde, cuando su marido quería el divorcio, era grande políticamente, no sólo como hija de Fernando e Isabel, o como esposa del rey de Inglaterra, sino aún más como tía, muy amada y reconocida, de Carlos V, Emperador y Rey de España, la primera potencia europea.

Catalina había nacido en Diciembre de 1485, el mismo año en que Enrique VII había usurpado el trono

inglés por el feliz accidente de la batalla de Boswarth. Fué prometida al heredero de ese rey, trayendo consigo la promesa de una gran dote. Este joven príncipe tenía solo quince años, y al casarse con Catalina, el 17 de Noviembre de 1501, no cumplía aún dieciseis.

Las personas modernas para quienes las condiciones de esa época son, necesariamente, extrañas, deben comprender dos cosas. En primer lugar, los matrimonios regios de esta clase entre personas que recién salen de la infancia no daban escándalo alguno, eran algo corriente. En segundo lugar la cuestión de la dote era sin duda la más importante.

La razón del primero de esos puntos era la siguiente: en la Cristiandad unida no habían guerras de conquista propiamente hablando; la moral católica no admitía la idea de que algun príncipe cristiano fuera independiente del esquema general de la unidad cristiana. Podía presentar un derecho a un territorio, alegando tener mejores derechos a su herencia que el actual poseedor, podía luchar para dar fuerza a su derecho, y sin duda tal derecho podía ser endeble; pero la moderna idea de tomar algo por la fuerza de otros cristianos y luego ratificar el robo por un tratado, no se le ocurría a nadie.

La forma en que los Estados acrecentaban su poder o, como ellos habrían dicho, la manera como una familia reinante acrecentaba su poder, era haciendo matrimonios que le aportaran grandes sumas de dinero o nuevos territorios, sobre los cuales podrían imponerse nuevos tributos. Por eso se hacían arreglos políticos en virtud de los cuales eran desposados príncipes muy jóvenes, a veces niños; la promesa no era válida a los

ojos de la Iglesia, por cierto, hasta que fuera ratificada por los jóvenes, una vez llegados a una edad adecuada, pero las dos partes se apresuraban a celebrar el matrimonio tan pronto como fuera posible, después de cumplir la edad mínima aceptada como canónica por las leyes de la Iglesia. Por eso muchos jóvenes de este rango se casaban a la edad en que lo hicieron Catalina y Arturo, el heredero de Enrique VII. El matrimonio no sería considerado real, según ciertas reglas, hasta un tiempo después. Todo esto debe ser recordado para considerar el caso de Catalina de Aragón y el divorcio de Enrique VIII.

El joven príncipe Arturo, más joven aún que su esposa, murió cuatro meses y medio después del matrimonio, el 2 de Abril de 1502; la joven Catalina era ahora viuda nominal en la Corte de su proyectado suegro Enrique VII Tudor, rey de Inglaterra.

El otro punto que consideramos, y que es importante, es el de la dote, los gobiernos de aquel tiempo no gastaban, en proporción a la riqueza global de la nación, ni cerca de lo que gastan hoy día: a menudo menos de la cincuentava parte de lo que gasta un gobierno moderno. Apenas habían servicios públicos: ni ejército nacional (sólo existían guardias de corps junto al rey), ni una verdadera escuadra nacional (salvo unos pocos barcos del rey, que no constituían una fuerza regular). Gran parte de la administración del país era local, pagada y supervigilada por los señores territoriales; el costo de la administración de justicia se cubría con exceso por las multas y horarios; no había una deuda nacional permanente.

La Inglaterra de cerca de cuatro millones de habitantes tenía una riqueza total, talvez, de un veinteavo de la riqueza actual de Inglaterra, y no costaba más al gobierno de lo que podía ser normalmente cubierto con la renta privada del rey, aunque a menudo, ésta tenía que ser suplementada por toda clase de expedientes, como los empréstitos forzados, y en tiempos de necesidad (guerra), convocando asambleas nacionales y pidiendo al pueblo, por vía de excepción, sin sentar precedente, las sumas necesarias para afrontar las dificultades del momento. No habían tributos regulares, fuera de las que pagaban los hombres directamente adheridos al rey como a su señor feudal, y que, generalmente, eran rentas fijadas por la costumbre, sin progresar en el tiempo.

La consecuencia de semejante estado de cosas era que, sumas comparativamente pequeñas de dinero podían significar mucho para una familia reinante. En moneda actual, la renta privada del rey de Inglaterra y todo lo que podía obtener de sus propiedades (era por cierto el hombre más rico de su reino), de las tierras baldías y bosques, las aduanas, la administración de justicia —todo esto no sería hoy £ 2 por cabeza; probablemente se acercaba más a £ 1 por cabeza, aún tratandose de los reyes más negociantes y codiciosos. Por lo tanto, una buena dote aportada en matrimonio por una familia real extranjera era una ventaja enorme.

Fernando e Isabel prometieron una dote semejante a su hija Catalina, pero no pudieron pagarla en el acto. Quedó pendiente una deuda, y esto tuvo dos importantes consecuencias. En primer lugar, dejó deseoso a

Enrique VII de quedarse con el dinero ya percibido de la dote y mantener su derecho sobre el resto, aún cuando su hijo había muerto; en segundo lugar, le dió un arma para asegurarse la alianza con el reino español.

De aquí los esponsales entre la joven Catalina y el hermano menor de Arturo, Enrique, ahora heredero del trono, que, a la muerte de su padre sería Enrique VIII. Se necesitaba ciertamente una dispensa, porque no se afirmó, ni se probó que el matrimonio entre Catalina y Arturo no se hubiese consumado. Había gran debate, entonces, como hemos dicho al hablar de Enrique VIII, sobre si el Papa podía dar esa dispensa, es decir, si la prohibición de casarse con la mujer de un hermano difunto era materia de ley divina o humana, ya que, naturalmente, el Papa no puede dispensar de la ley divina. Sin embargo, la dispensa se obtuvo del Papa Julio II en 1504, y después de la muerte de Enrique VII, el joven Enrique VIII (a quien le faltaban aún pocos meses para cumplir 18 años), se casó con Catalina. Esta era cinco años y medio mayor que él, pero siempre bastante joven. Habían departido juntos, y Enrique, encantado, determinó el matrimonio.

En el intervalo entre la muerte de Arturo y su matrimonio con Enrique, Catalina pasó por un tiempo difícil. No sabía hablar inglés, su francés era mediocre, el castellano nativo era la única lengua en que podía pensar y en que podía expresarse perfectamente. No tenía consigo sino un amigo cercano que le recordara su hogar, un confesor de su misma nacionalidad, y se le ordenó no tener demasiado intimidad con él. Su malvado suegro Enrique VII se propuso en cierto momento casarse

él mismo con ella y aún consiguió que la infortunada niña escribiera una carta diciendo que consentía; pero la indignada protesta de su madre Isabel puso fin, en el acto, al proyecto.

Por eso el matrimonio con el joven Enrique fué un alivio y, en ese momento, una delicia. Ambos se amaban; pero ella era ajena a todo egoísmo, y él era ya uno de los jóvenes más egoístas de la tierra. La diferencia de edad, que no había afectado los sentimientos de Enrique, le dió a ella un cariño sólido, un sentimiento protector hacia él, y él estuvo por un tiempo bajo su influencia.

Catalina era baja, ancha, hermosa. Muy activa físicamente, tenía algo muy agradable, un carácter encantador: era amiga de todos, siempre sonriente, universalmente popular, y a la vez, siempre preocupada de su oficio de reina. Era amada grandemente por sus súbditos y por todos los de la nueva Corte. Era piadosa, como lo era también Enrique —pero ella más austera y rígida, de una piedad española.

Tenía un defecto desde el punto de vista político, que era en sí mismo una virtud y habría sido una ventaja en otra posición, pero que era desfavorable a una reina. Era muy sencilla. Actuaba directamente, no podía entender la intriga, no se molestaba en sondear los móviles de la gente, era fácilmente cogida dentro de ellos. Muchas veces durante su vida accedió a proposiciones que habían sido desgraciadas para ella, y de las cuales la disuadieron personas más prudentes y más corrompidas que ella. Era laboriosa y cuidaba mucho ca-

da cosa que emprendía; sus sirvientes y dependientes eran muy devotos a ella. Gobernaba muy bien su casa.

Actuó como Regente mientras su joven esposo estaba en las guerras de Francia; fué responsable de la gran victoria de Flodden, cinco años después de su matrimonio. Si Enrique hubiese continuado recibiendo su influencia por el resto de su vida, habría sido un bien para ambos, y sobre todo para Inglaterra.

En los grandes asuntos, y especialmente en la política externa, todo cuanto hacía Enrique estaba manejado por el gran clérigo y estadista Wolsey, que tomó el gobierno del reino, y a quien Enrique seguía enteramente. Pero Catalina no luchó contra Wolsey; entendió perfectamente cuán superior era su inteligencia y energía y qué capacidades tenía para llevar el timón del Estado. El trastorno entre Enrique y su mujer, que rompió el corazón de ella y constituyó una tragedia, provino de dos causas:

Primeramente, de la maldita inestabilidad del carácter de Enrique, —sensual, caprichoso, incapaz de controlar sus apetitos y abominablemente indiferente a los sufrimientos ajenos— corrompido por su medio y, mucho me lo temo, en parte no pequeña por la misma Catalina, que no hizo esfuerzo alguno para detenerlo, a pesar de su cariño.

En segundo lugar, provino de la mala salud de ella, o al menos de sus desgracias con los hijos. Es verdad que la propia lujuria del rey fué más tarde responsable de su mala salud, pero dudo de si fué culpable de ello en el primer año de matrimonio. No tenemos por cier-

no prueba alguna directa, en ningún sentido, pero parece que, al revés de lo que podríamos pensar por sus acciones y apariencias, Enrique no era, ya al casarse, un hombre sano. Más tarde ella sufrió abortos tras abortos, o bien sus hijos nacían muertos.

¡Sólo sobrevivió una hija, la princesa María nacida en Febrero de 1516. No tenía ningún hijo varón ni ninguna posibilidad de curación, cuando se supo, cinco años después, que Catalina no podía tener más hijos. Esto sucedió entre 1521 y 1522.

Se suscita un punto importante. ¿Hasta qué punto fué Enrique influenciado, en las cosas abominables que hizo, por el deseo de tener un heredero? ¿Su maldad con Catalina tiene alguna excusa por su decepción al no tener sino una hija que le sucediera?

Los apologistas de Enrique y los defensores de la gran tragedia de la Reforma han sostenido todo el peso de este platillo de la balanza. Han pretendido, con grados diferentes de sensibilidad, que la mala suerte de Catalina para darle un heredero es la raíz del asunto. Nadie que lee los documentos contemporáneos, de esa época, puede creerlo.

La raíz fué el miserable encaprichamiento de Enrique por Ana Bolena; pero el primer deber del historiador es ser justo, y hay que darle cierto peso al deseo de Enrique por tener un heredero varón. Estas cosas no pueden ser fijadas en porcentajes exactos, pero si uno intentara hacerlo, y dar a la decepción ante la carencia de heredero un quinto o un cuarto del móvil, talvez nos representaríamos así, rudamente, el peso que esa causa tenía.

Estaba algo apenado por no tener un hijo varón, pues su trono no era muy estable; su padre había sido un usurpador, y conquistó el trono sólo veinticuatro años antes del advenimiento de su hijo. Por eso era importante dejar un hijo que continuara la dinastía; pero, por otra parte, los mayores tronos de Europa habían estado en manos de mujeres (España era un espléndido ejemplo), y la pequeña princesa María era popular ante todo el mundo, y habría sido tanto más apoyada cuanto que no existía un peligro real. Si se coloca como excusa principal del divorcio, la pretensión de que la necesidad de un heredero varón fué el motivo decisivo, es falsa e hipócrita.

Cuando quedó en claro que Catalina no podría tener ya hijos, Enrique la abandonó gradualmente. Tenía muchos líos: tuvo relaciones con una mujer a quien había conocido de niño, una Blount, y tuvo de ella un hijo, el Duque de Richmond; también las tuvo con la hija de un artesano llamado Bolena (Boleyn), una joven de nombre María, y cuando se cansó de ella la casó con uno de sus cortesanos, dándole una cantidad que no hace honor a su generosidad.

Probablemente cesó de hacer vida conyugal en 1521, cuando él no tenía más de 30 años y ella de 37. El mismo admitía (y era un gran embustero) de que había cesado de vivir con su esposa tres a cuatro años después.

Hacia 1522 se fijó por primera vez en Ana Bolena, hermana de María, probablemente con la intención de hacer de ella su querida. Y posiblemente hacia 1525 llegaron ambos a un acuerdo para desligarse de Catalina

y casarse. El primer documento sobre el divorcio data de 1526, cuando Catalina tenía 41 años y Enrique 35. Los primeros pasos dados abiertamente para obtener el divorcio se produjeron al año siguiente, 1527.

Durante esta media docena de años de tensión y de afrentas, Catalina se condujo con admirable dignidad y reserva —talvez con demasiada reserva. Habría hecho mejor protestando, pues Enrique aún le tenía cierto temor y respeto, y, aunque apasionado e inclinado a desbordarse cuando era contrariado, era, como casi todos los sensuales, controlable por caracteres más fuertes que el suyo.

Pero Catalina no intentó un control semejante, aunque Ana Bolena era una de sus damas de honor, muy ligada a ella en la Corte. Ni hizo escenas, ni intrigó para recobrar su posición. Lo único que hizo fué permanecer absolutamente firme en su determinación de que jamás podría su marido —mientras ella pudiera impedirlo— llamar a otra mujer esposa y reina.

En esto era inflexible, y la misma simplicidad de su carácter le prestaba fuerza. Mientras los vergonzosos esfuerzos contra su posición legítima aumentaban en violencia, cuando Wolsey se prestó a esos planes, cuando toda Europa los discutía y se preocupaba de la suerte de la reina de Inglaterra, ésta permanecía inmutable y casi silenciosa.

Dependía, por cierto, casi enteramente del consejo de su sobrino el Emperador Carlos V; su Embajador era su principal consejero; ella procedía en todo según su opinión. En esto fué talvez, igualmente, demasiado dócil o humilde. Habría podido intentar algo más por

sí misma. El Emperador tenía muchos fines políticos que servir: la ayuda de Enrique le era necesaria por la rivalidad de Francia, y su Embajador juzgaba a menudo erróneamente los asuntos ingleses.

La actitud de Catalina talvez no siempre estuvo bien dirigida al éxito; pero tenía algo que es mejor que la política, un principio perfectamente claro, y su rígida adhesión a él ha hecho colocar su nombre tan alto, desde aquellos días hasta nuestro tiempo.

Lo que es más notable es que siguió siendo estimada por Enrique, y que la cara de éste ante ella fué siempre, un poco, la del avergonzado. Aún después que él rehusó verla, probablemente porque aún temía su influencia y no quería mirarla a la cara; cuando decretó que no fuera más llamada reina, sino princesa viuda; cuando se divorció de ella a pesar del Papa, con la ayuda de Cranner, creatura de Ana Bolena, nombrado Arzobispo de Cantorbery para este único objeto —siempre, ella permaneció exactamente igual.

Ella demandaba la plenitud de su título, rechazó admitir el derecho del tribunal que examinaba su matrimonio con Arturo, mantuvo el derecho de su hija como heredera de Inglaterra; y cuando la Bolena tuvo a Isabel, en Septiembre de 1533 —ilegítima a los ojos de toda Europa y ante la ley cristiana—, el pueblo inglés continuó firmemente mirando a Catalina como reina legítima y a María como heredera del trono.

No sobrevivió mucho a las tragedias que cayeron sobre ella, y que había sostenido con tan constante valor. Murió en Enero de 1536, demasiado pronto para ver la caída y la desgracia de su rival Ana Bolena; y su úl-

timo acto fué una carta, llena aún de apasionado amor al rey, que no le había permitido verlo desde hacía más de seis años. Entonces escribió la famosa frases: "El deseo de mis ojos es veros nuevamente". Pero él se había condenado a sí mismo.

La enterraron en la Catedral de Peterborough, sin poner sobre ella una de aquellas grandes y espléndidas tumbas del Renacimiento que tenían los de su linaje en todo Occidente, sino una simple placa de piedra negra en que no había inscripción alguna hasta los tiempos modernos. Uno puede meditar con cierto provecho en esa sencilla e ignominiosa obra de albañilería, la pobre tumba de una mujer tan buena, que estuvo en el origen de tan grandes y desastrosas cosas.

Se creyó ampliamente, y de buenas fuentes, que su rival la envenenó. Es talvez más probable que murió de muerte natural, pues sabemos por la autopsia que el corazón estaba algo hinchado, lo que puede haber sido un cáncer.

Murió, como años después su hija María, oyendo misa en su cuarto de enferma. Dijo los responsos y recibió la Santa Comunión. Y es memorable, y típico de la rigidez de su ortodoxia española, como de su conocimiento de las cosas católicas, que cuando su capellán y confesor le ofreció decir la misa por ella antes de las horas canónicas para que no muriese antes de oírla, ella le ordenó esperar hasta que llegara la hora regular, y vivió las pocas horas suficientes para gozar de los frutos de su paciencia.

ANA BOLENA

ANA Bolena es la figura cardinal de la Reforma inglesa; por ella vino al mundo el fenómeno político y social llamado Reforma inglesa.

Evidentemente ella no era la causa del movimiento, ni mucho menos de su resultado final: causas innumerables convergían hacia allá; pero el movimiento no se habría precipitado hacia la meta a que alcanzó finalmente, si Ana Bolena no hubiese dominado tan completamente al rey de Inglaterra como para obligarlo a romper la unidad de la Cristiandad; y, aunque Enrique permaneció profundamente ligado a la doctrina y la práctica católica hasta su muerte, una vez que rompió con la unidad —esto es, con el Papado— se abrió una brecha en el dique y por ella pasó el río.

No sólo no fué Ana la causa del gran asunto —ni siquiera fué la inspiradora. Ninguno de los actores, excepto talvez el mismo Enrique, tuvo menos intención consciente de llegar a tal resultado. La personalidad que tuvo el rol de inspirador, la mente que planeó los orígenes de aquel magno cambio y lo hizo triunfar a tra-

vés de una política religiosa y económica, fué Thoma Cromwell.

Ana no fué ni la causa ni la inspiradora de este primer movimiento contra el catolicismo; pero es, como la he llamado, el eje: porque ella fué la que fué e hizo lo que hizo, Inglaterra es lo que es hoy día.

Por eso es realmente de primera importancia histórica entender lo que era realmente esta mujer y el verdadero lugar de su acción en el cuadro de su época. Desde su época hasta nuestros días no se ha dado por evidente, según toda la tradición nacional y por todos los historiadores, que ella está en el origen de la Reforma inglesa, pero recientemente se han hecho esfuerzos para debilitar o problematizar esta sólida tradición, y para explicar de otra manera la querella entre Enrique y Roma, y sus consecuencias últimas. Este esfuerzo para suplantar la verdadera por la falsa historia es parte del escepticismo general de nuestro tiempo, que, resueltamente, está listo para aceptar cualquier novedad, porque las nuevas falsedades suenan más pintorescas, por regla general, que las verdades bien establecidas por el tiempo. Pero aún hay otro motivo más poderoso: el hacer algo menos innobles de los que realmente fueron los orígenes de ese cambio de religión en Inglaterra. Por eso el profesor Pollard, por ejemplo, que es la autoridad principal en los detalles de ese período en Inglaterra, trata de sostener la fantástica teoría de que la tentativa de Enrique para librarse de su mujer no estaba relacionada con Ana Bolena, sino con grandes razones de Estado, y que había concebido la política del divorcio muchos años antes de conocer a Ana. La idea no

sólo es fantástica, sino desesperada; no tiene posibilidades de ser aceptada sino en Inglaterra, y no creo que sea aceptada en Inglaterra sino por los que estén muy necesitados de materiales con que pintar angélicamente el carácter de Enrique. No, Ana sigue siendo y seguirá siendo alguien que está en el origen de la catástrofe. Por eso nos importa comprenderla, a ella y a sus frutos, lo mejor que podamos.

Ana Bolena era una Howard. Esto es lo primero que hay que precisar, y que es más importante captar porque los historiadores no lo han pesado como hubieran debido este rasgo capital de su posición. Era Howard por su madre, hija del viejo duque de Norfolk, vencedor de Flodden, y hermana de Tomás, tercer duque de Norfolk, que jugó un gran rol durante todo el reinado de Enrique VIII.

Los Howard eran casi reyes. Tenían una cualidad algo diferente de todos los otros nobles ingleses, aunque la familia no era notablemente vieja, y la razón de esa cualidad era que se consideraban como una rama reciente de la familia Plantagenet, la verdadera sangre real inglesa. El más grande de los reyes Plantagenet, Eduardo I, una de las grandes figuras de la culminación de la Edad Media, contemporáneo de San Luis, de Alfonso de Castilla y de Santo Domingo, tuvo un hijo segundón, Thomas, generalmente llamado "de Brotherton". Le dió vastas posesiones, el título de Norfolk y el cargo hereditario de Earl Mariscal de Inglaterra, esto es, jefe de las fuerzas armadas. La familia de este Thomas terminó pronto en una mujer, que se casó con un Mowbray, por lo cual su marido tomó el título de Earl Ma-

riscal y la tradición de la rama colateral de los Plant genet.

Los Mowbray terminaron a su vez en una muje que se casó con un rico caballero de ascendencia jud cial, pero que poseía tierras en East Anglia. Este caba llero sin título se apellidaba Howard, y su hijo tomó l tradición de Tomás de Brotherton y de la rama de lo Plantagenet. Por matrimonio era Earl Mariscal, y fu hecho duque de Norfolk —el título de duque era entonces de una significación casi real, y era dado sólo a los que tenían sangre real o que representaban una de sus ramas. En tiempos de Ana Bolena, la incorporación de los Howard a la raza regia por matrimonio tenía ya más de un siglo.

Este Howard que llegó a ser duque de Norfolk sólo adquirió este título treinta años antes de que Enrique VIII llegara al trono y, aunque no era por el nombre de Howard y por la línea masculina, de gran importancia, la tenían mucha como continuadores del cargo de Earl Mariscal y de la familia Plantagenet, y por el hecho de tener un ducado, que llevaba anexa una nota de proximidad consanguínea a la corona.

El primer duque de Norfolk había luchado contra el padre de Enrique VIII y se le había quitado el título, pero le fué devuelto a su hijo —el vencedor de Flodden, segundo duque de Norfolk, y fué heredado por otro Thomas, tercer duque, tío de Ana. Así, Ana llegó a la Corte bajo la introducción y los auspicios de su relación con los Howard.

Su padre, Sir Thomas, era un hombre muy rico, desigual en rango social a su esposa, pero de importancia

considerable por su madre, de la familia irlandesa de Ormonde. Por su padre, descendía de grandes mercaderes de la ciudad de Londres; tenía gran talento, especialmente como diplomático, y fué utilizado en varias ocasiones por el gobierno en ese aspecto.

Ahora que sabemos quién era Ana Bolena en la alta sociedad de Inglaterra de su época, debemos conocer su edad, apariencia y carácter.

Cosa rara (considerada su alta posición incluso antes de cautivar a Enrique) no estamos totalmente ciertos de la fecha de su nacimiento. Sería muy largo reunir los argumentos que se han dado por una u otra fecha, la que se cita más comúnmente, 1507, es falsa manifiestamente; personalmente me inclino a fijar 1502 o 1503, en todo caso más bien antes que después. El punto es importante, pues su edad tiene mucha relación con la forma como ella intrigó, y por su capacidad para cumplir su ambición. Si hubiese nacido en 1507, habría tenido sólo 18 años cuando Enrique empezó a comprender que no la tendría a menos que se casara con ella, y catorce cuando se habla por primera vez en ella a propósito de una historieta. Por eso me parece 1507 imposible, pues ya en 1521 hay hombres que se dicen sus amantes; en cambio, si hubiese tenido 18 en 1521 y más de 20 cuando dejó en claro ante Enrique que debía casarse con ella y que no sería su querida, el aspecto general del asunto es explicable.

Sea como sea, podemos dar por cierto de que cerca de 1525 esta mujer tenía entre 20 y 23 años de edad y había cautivado sabiamente al rey. Estaba en la Corte como hija de su padre, funcionario importante, y como

doncella de la reina Catalina, pero también por otra causa importante, pero desagradable de recordar, y que ayuda a explicar las acciones de Enrique. Su hermana menor María había sido la querida de Enrique aún muy joven, y él se había deshecho de ella casándola con uno de sus gentiles hombres. Generalmente se llama a María la hermana mayor, pero es un error.

El aspecto de Ana era singular. Más bien defectuosa: de pecho plano y espaldas caídas; de cuello muy delgado, con la manzana de Adán prominente y ancha (se pensaba que a ella debía su hermosa voz de contralto). Su cabellera era larga, oscura y brillante, sus ojos de un negro poderoso. Ciertamente no era bella, en ningún sentido ordinario de la palabra; pero tenía un extraño y enfermizo poder de fascinación, al menos sobre cierto tipo de hombres. Era ligeramente deforme: el meñique de una mano era doble. Los que querían adularla hablaban de "doble uña"; la gente decía redondamente que tenía dos meñiques. Era un defecto que ella trataba cuidadosamente de disimular lo mejor posible.

Usaba calculada y fríamente de su fascinación, desde una edad muy temprana. Cuando debe haber tenido entre 16 y 18 años (más probablemente 18), en 1521, atrapó y comprometió al heredero de la mayor familia no regia que había en Inglaterra, los Percy de Northumberland, que estaba desesperadamente cautivo. Permaneció toda su vida poseído por este sentimiento, mucho después que ella lo dejó —pues, cuando encontró que podía hacer un juego mejor, se libró de él en el acto.

Mientras tanto ella tenía, ya en esa edad, un segundo juego con otra de sus conquistas, Wyatt, un caba-

llero muy ligado a Enrique, de mala reputación, y que después la traicionó, pretendiendo que había sido su querida siendo sólo una niña. No creo que esto sea verdad por lo que sabemos del carácter de Wyatt y del de Ana, que era frígida y determinada a aprovechar al máximo toda oportunidad. No tenía nada de impulsiva. No habría arruinado sus posibilidades entregándose a un hombre de la posición de Wyatt.

Es probable que en ese año de 1521 el rey, que era entonces un hombre de 30, empezara a considerarla. Probablemente en el mismo tiempo —y ciertamente inmediatamente después —dejó de convivir con su esposa Catalina, aunque no había señal externa de ruptura entre ambos. Ya había tenido otras aventuras, y un hijo ilegítimo nacido de aquella Isabel Blount que fué compañera suya de juegos en la infancia. Ya hemos visto que había tomado como amante a la hermana de Ana, María, y que a su vez la descartó. He dicho que este punto debe recordarse especialmente, porque ayuda a explicar de qué manera Ana, que parece haber tenido mucho más poder de voluntad que su hermana, lo atrajo. Evidentemente él se inclinaba al tipo familiar.

Debemos presumir que, en esta primera época, Enrique, naturalmente, no intentaba casarse. Dió órdenes severas de liquidar el compromiso con el joven Percy, y usó como agente en este asunto a Wolsey. Algunos creen, sin embargo que en 1521 trataba de casar a Ana, que, como heredera de los Ormondes, le podía ser útil políticamente, pero, sea lo que sea, poco después intentó hacerla querida suya.

No tenemos documentos, sólo podemos juzgar por

la naturaleza del caso y por lo que siguió. Porque es claro que en el año de 1525, o algún tiempo antes, cuando Enrique tenía 37 años y Ana más de 20, tal vez 23, se pusieron de acuerdo, y Ana dió a entender a Enrique que no sería su querida, pero podían casarse si él se deshacía de Catalina. Ese año su padre fué hecho Par y se le dió una nueva y más prominente posición, y en ese año también Enrique hizo grandes regalos a Ana, y él interviene en los movimientos de Ana, diciéndole dónde debía detenerse.

Pero no se sigue de esto que Enrique hubiera ya aceptado la idea de casarse con Ana. Probablemente pensaba que al fin sería su querida. Intentar el repudio de Catalina, sobrina del Emperador y rey de España, la mujer más importante de la primera familia de Europa, era en verdad un negocio muy serio, y el carácter vacilante e inseguro de Enrique podía muy difícilmente llegar a una decisión en el asunto.

En el verano de 1526 dió los primeros pasos para anular el matrimonio con Catalina, basándose en que la dispensa original para el matrimonio con la esposa de un hermano difunto era inválida. En 1527 dió pasos abiertos en este sentido para obtener el divorcio —como se le llamaba entonces, aunque por cierto se trataba de anulación y no de divorcio en el moderno sentido de la palabra— pues en esos días en que todos eran católicos, el divorcio en la acepción moderna era inconcebible. En adelante Ana lo tiranizó durante cinco años, hasta que el desdichado apenas parecía sano con respecto a ella. Ella hacía lo que quería con él y lo impulsaba a discreción a las acciones públicas más inconcebibles.

para poseerla, empezó la querella con el Papa que terminó finalmente en la ruptura completa con Roma.

Cómo eran exactamente las relaciones entre ellos durante este intervalo, es algo que podemos suponer más que probar, aunque nuestra conjetura es de carácter provisorio, y más bien desagradable. Pero por mucho que lo sea, es necesario tener alguna precisión sobre la materia, porque, a menos que conozcamos las relaciones entre ambos, no entenderemos la completa sujeción en que cayó Enrique.

Ella no le dió satisfacción completa hasta estar virtualmente cierta, cuando todo obstáculo fué removido con la muerte del anciano y santo arzobispo Warham, y ella se aseguró de que si la Corte Papal no concedía la anulación, Enrique tomaría el asunto en sus manos y se casaría con ella.

Entonces empezó a vivir con Enrique como si fueran casados, más o menos en Septiembre u Octubre de 1532. Antes de la Navidad de ese año ella esperaba un hijo. Su capellán Cranmer había sido designado para el Arzobispado de Cantorbery. Entronizado en Marzo de 1533, pronunció la nulidad e invalidez del matrimonio entre Enrique y Catalina, e inmediatamente después proclamó a Ana legítima esposa del rey, y coronó a la reina en Westminster, pocos días después de la sentencia. Su hija, que sería la reina Isabel, nació en Septiembre de ese año.

Entonces comenzó el proceso que puede observarse en casos paralelos en todos los tiempos y lugares, incluyendo nuestra época: un caso como muchos otros que hemos observado. Enrique, que había entregado

todo ante la obstinación de esta mujer en manejarlo rehusando entregarse completamente por tantos años; ahora que quedó satisfecho, cambió.

Ella tenía una lengua viperina, no sin ingenio, usando el francés, que dominaba muy bien, y en el cual pensaba y hablaba. Ridiculizaba a Enrique bajo cuerda y él lo supo. Su hermosa voz cantarina dejó de atraerle —tal vez la voz había empeorado. Ella acumulaba enemigos con sus violentos accesos de ira, que no dominaba ni siquiera con el mismo Enrique. De modo que no fué sólo cansancio el de Enrique, sino activa irritación, lo que comenzó a cambiar su fortuna. Estaba cansado de ella, empezaba a desagradarle, y pronto a odiarla; si siguieron, fué únicamente porque Enrique esperaba que le daría un heredero, un varón.

Probablemente esto pudo acaecer, si no hubiera sido por la brutalidad de Enrique, pues un aborto que sufrió en 1536 fué achacado por ella misma a la infidelidad y dureza de él: dijo que había sido causado por el mal estado de su salud, y debemos recordar a este respecto que Enrique padeció largo tiempo una enfermedad venérea.

En todo caso hubo un aborto, y ante esta decepción y ante su creciente repugnancia por ella, Enrique se decidió a deshacerse de ella. Su carácter había empeorado; como era supersticioso, se le había metido en la cabeza que ella lo había embrujado. Se preparó una acusación contra Ana, cuya validez discutiré en seguida. Era acusada de adulterio con varias personas, incluyendo un par de gentiles hombres de la Corte, uno de los músi-

cos reales, de bajo nacimiento, y aún con su propio hermano.

Thomas Cromwell, entonces omnipotente, señor de las cosas espirituales y temporales en Inglaterra como vicerregente del rey sobre su nueva iglesia cismática, y teniente del rey en asuntos civiles, estaba tan decidido como Enrique a hacerla morir, pues así se libraba de una rival. Enrique había ya determinado quién le sucedería, una cierta Jane Seymour, hija de un pequeño propietario noble de Wiltshire, cuyos hijos estaban en la Corte, en tanto que Jane era, como antes Ana, dama de honor.

Enrique y Cromwell usaron a Cranmer para arruinar a Ana, espantándola y amenazándola, después de su pretendida amistad. La acción de Cranmer es más baja considerando que todo su encumbramiento y su posición era debida exclusivamente a que había sido creatura de los Bolena como su capellán. La desdichada mujer cayó en una condición histérica cuando se aproximó la muerte: la dejaron incierta sobre si sería quemada o decapitada. El Viernes 19 de Mayo de 1536 fué decapitada con una espada dentro del recinto de la Torre de Londres por el verdugo de Calais, expresamente llamado para la ejecución.

¿Era culpable de los crímenes que se le imputaban? Es uno de los puntos más fieramente debatidos en la historia inglesa. Como está en el origen de la Reforma, los partidarios de este movimiento han sido ardientes en su defensa; los que desean disculpar a Enrique, tanto como puede ser disculpado un carácter tan detestable, quieren creer en la culpabilidad de Ana,

en tanto que, para los defensores de la vieja religión nada puede ser demasiado malo si rebaja a Ana.

Las acusaciones, especialmente la de incesto, parecen tan monstruosas, que su misma enormidad es un argumento en su favor. Por otra parte, ella era ciertamente inescrupulosa en estos asuntos, y parece haber estado completamente desequilibrada los últimos dos años de su vida, o al menos el último. Algunos que tienen experiencia médica en estas materias, sostienen que ella sufría de una particular irresponsabilidad que hace bastante verosímiles los cargos. Yo me inclino a aceptarlos. Pero muchos estudiosos del asunto con quienes he discutido el punto están divididos, y algunos presentan el argumento, bastante sólido de que los dos gentiles hombres no confesaron, en tanto que el músico que lo hizo, fué amenazado de tortura. En todo caso, todos fueron ejecutados.

Catalina murió con anterioridad a ella. El matrimonio de Enrique con Jane Seymour, que tuvo lugar inmediatamente después de la muerte de Ana, fué por eso perfectamente legítimo desde el punto de vista de la Iglesia, y probablemente habría podido ocurrir una reconciliación con Roma si no hubiera sido porque Thomas Cromwell se había ya arrojado en una política de confiscación de la propiedad eclesiástica, empezando con la de los monasterios, política que creó un disfrazado interés —muy poderoso— contra la vuelta a la unidad.

La fatal influencia de Ana vino, pues, justamente en el momento preciso para echar a rodar la bola de nieve de la Reforma. No lo intentó —sólo quiso satisfacer una política personal y despreciable, en la cual triunfó

sólo para traer su propia destrucción. Pero permanecerá, a pesar de su falta de intención, en el origen de aquel largo movimiento que terminó en un cambio completo del espíritu y carácter inglés, y en la sustitución, después de una dura lucha que duró más de ciento cincuenta años, de la vieja Inglaterra Católica por la nueva y moderna Inglaterra Protestante.

THOMAS CROMWELL

THOMAS Cromwell es una de aquellas figuras de la historia de las que podemos decir que nunca se las presenta en su real estatura.

Era, en su línea, un genio de primer orden, y la fortuna le permitió representar un rol de primera magnitud. Es el verdadero creador de la Reforma inglesa y, por lo tanto, de aquella catástrofe general que desbarató la segura y antigua civilización de la Cristiandad.

Sin embargo, por cada docena de personas que hablan de su amo Enrique VIII con gran abundancia, o bien sobre cualquier otra de las figuras prominentes del tiempo, hay apenas uno que pueda dar el nombre de Thomas Cromwell o agregar, tal vez, el hecho de que él fué el destructor de los monasterios ingleses.

Lo que es más raro aún es que muchos no lo relacionan con el otro famoso Cromwell, Oliver, aunque éste era su sobrino nieto. Pero hay una razón de ello: se les ha ocurrido siempre a los historiadores oficiales de Inglaterra (y naturalmente toda la historia inglesa moderna es oficial y anticatólica) pretender que Oliver Cromwell era un rudo personaje de la clase media, re-

presentante genuino del pueblo inglés, ocultando el hecho de que era segundón de una familia inmensamente rica, una de las más ricas de Inglaterra, cuya gran fortuna viene íntegramente de la expoliación de la Iglesia.

Lo que añade más a la valorización de la estatura intelectual de Thomas Cromwell y el odio —correspondiente— al daño que fué capaz de hacer, es el hecho de que fué el autor exclusivo de su fortuna. Es el único entre las principales figuras de la Reforma que parte de la nada: sin gran nacimiento, ni dinero, ni educación clásica o eclesiástica, ni amigos.

Era hijo de un mísero cervecero de Putney. Cuando se hizo famoso, se formaron historias de grandezas sobre él, como ocurre siempre con estos hombres; pero si se mira más allá de ellas, se encuentra que el único hecho cierto es el que he enunciado: su provenencia de una cervecería de la orilla izquierda del Támesis, uno de los alrededores de Londres.

Partió de allí como un vagabundo en su juventud, y lo poco que sabemos de él parece mostrar que tomó la mejor oportunidad posible entonces para un aventurero, el servicio militar. Parece que se alquiló a alguno de aquellos capitanes que reclutaban mercenarios para la guerra, sosteniendo luego tratos con los diversos príncipes y poderes en lucha, pues en esos días no habían ejércitos permanentes, ni conscripción, y cuando los Gobiernos querían luchar, tenían que levantar tropas, rápidamente y con gran desembolso.

El mejor campo para esta clase de actividad era Italia y allá fué el joven Cromwell. Probablemente algo sacó de las luchas; además pudo leer algo de italiano,

pues leyó a Maquiavelo y más tarde aplicó en la vida una buena porción de sus máximas.

Con el pequeño capital reunido en este peligroso comercio, aparece en la casa de algunos grandes banqueros italianos de esa época; más tarde vuelve a Inglaterra y se instala como prestamista en gran escala.

Pero Thomas Moore era mucho más que un prestamista, aún en esos primeros años de su vida adulta. Conocía bastante el derecho, tenía una fina apreciación en todos los negocios, era notablemente industrioso, lúcido en sus juicios y rápido en la acción. Esto lo recomendó a los ojos del gran Wolsey. Puede haber sido elogiado por alguno de las muchas personalidades importantes a quienes prestaba dinero y cuyos pagarés tenía en su poder, pues el prestamista siempre puede obtener recomendaciones aliviando un poco de sus garras al deudor.

Aparece así como una especie de ayudante de Wolsey para asuntos importantes. Desdichadamente para el alma de Cromwell y para la Iglesia Católica de Inglaterra, y en verdad para toda la Cristiandad, vino a entrar al servicio de Wolsey justamente cuando el gran cardenal planeaba su nuevo y espléndido colegio en Oxford, que iba a ser mucho más grande que lo que la Universidad había conocido hasta entonces.

Para fundar este colegio, Wolsey había conseguido autorización pontificia para suprimir algunos monasterios decaídos, llevar esos monjes a los conventos más importantes y usar sus rentas para este nuevo establecimiento, que sería también, por cierto, de carácter clerical. Visitando los pequeños monasterios, cuyas riquezas

debían ser transferidas a otra forma de uso eclesiástico. Cromwell (empleado para ello por Wolsey), en estas visitas aprendió toda la técnica de la visita, revisión e inventario.

Cuando cayó Wolsey, después del fracaso de Enrique en obtener de Roma el divorcio, Thomas Cromwell jugó bastante inteligentemente. Buscó audazmente una entrevista con el rey, cuyos detalles son naturalmente desconocidos, pero cuyos resultados fueron claros y sobre los cuales el Cardenal Pole, primo de Enrique, nos ha dicho lo esencial. Parece haber propuesto a Enrique la política de amenazar al Papa con el cisma a menos que se le otorgara el divorcio. Tal vez al mismo tiempo hizo la primera sugestión de expropiar a la Iglesia.

Aunque entró así en el servicio secreto del rey, no fué públicamente reconocido como servidor real hasta cerca de tres años después. No fué tan tonto como para lanzarse contra Wolsey, su antiguo señor. En primer lugar, sabía que nada podía hacerlo más odioso que la ingratitud. En seguida, nada ganaba con herir al gran cardenal que había hecho su carrera, y, finalmente, lo que creo que lo decidió fué que sabía que Enrique en su corazón lamentaba la pérdida de Wolsey.

El rey había sido obligado por Ana Bolena a deshacerse de Wolsey, pero enviaba semi-privadamente, mensajes al ministro caído y sentía una real y constante amistad por él; de modo que nada compensaría a Thomas Cromwell el dar a Enrique la impresión de que él era enemigo de Wolsey. Pero éste murió pronto y esa parte del problema quedó solucionada.

Cromwell continuó durante los años del proceso de divorcio —1531, 1532, 1533— elaborando y realizando la política gubernativa, y aumentando la presión sobre el Papa. El fué, por ejemplo, el autor de esa pieza política que se llamó "Bill de las Anatas".

Las Anatas eran la renta del primer año de episcopado de todas las sedes inglesas, que era pagada a la Corte Pontificia como un tributo. Un nuevo obispo, al ser nombrado para una sede pagaba, pues, la renta del primer año a Roma. Cromwell hizo una ley ordenando que en adelante las Anatas serían pagaderas, no a Roma sino al tesoro del rey, pero agregando que esta ley entraría o no en vigencia según la voluntad del rey.

El objeto era, naturalmente, estirar más la cuerda a la corte pontificia. Si las Anatas hubieran sido confiscadas, el tesoro papal no habría podido ya recuperarlas, pero la amenaza de confiscación pendiente sobre la cabeza del Papa podía hacerlo asequible al deseo de Ana Bolena y declarar nulo e inválido el matrimonio con Catalina.

Fué igualmente Thomas Cromwell quien impulsó a dar los últimos pasos del cisma, hasta el acta decisiva de Noviembre de 1534, que declaraba a Enrique cabeza de todas las cosas espirituales y temporales en el territorio de Inglaterra, con poder de juzgar en los casos espirituales y de definir doctrinas, y todo lo consiguiente.

Cromwell hizo de Enrique un Papa local laico. Tan verdad es esto que Enrique insistió en que se le dieran los títulos pontificios: se llamó Vicario de Cristo en la Tierra en lo que concernía al Reino de Inglaterra y se

usaron respecto de él fórmulas que eran las mismas usadas hasta aquí con el Papa por los que le dirigían oficios.

Thomas Cromwell, en la época en que esto se consumaba —esto es, cuando Cranmer pronunciaba el divorcio entre Enrique y Catalina de Aragón, y en que la hija de Ana Bolena, Isabel, había nacido y era proclamada heredera del trono— era dueño total de Inglaterra y controlaba y manejaba completamente a Enrique.

Cromwell no era sólo la cabeza laica del país, un ministro despótico que tenía poder absoluto para hacer cuánto quería, sino cabeza espiritual, pues Enrique delegó en él este poder, y Cromwell lo ejercitó en realidad con amplitud: hizo entender a los obispos que no eran nada comparados con él, envió funcionarios a las diócesis que juzgaban, resolvían y castigaban, como si él fuese un obispo universal cuyo poder excediera al de los otros. Sin embargo siempre Cromwell siguió siendo un laico.

Un año después del cisma con Roma —en 1535— comenzó dos labores: una, el imperio del terror, inaugurado por los arrestos y, al final, la ejecución de personajes altamente colocados, laicos y clérigos, que se oponían al cisma; la segunda, la disolución de los monasterios.

El nombre de Cromwell quedará siempre especialmente asociado con esta última actividad. Fué el autor directo de esa orgía de expropiaciones que se siguen durante toda una generación, y su motivo en esa actividad fué el lucro personal. Toda su vida ha estado entregada

a adquirir riquezas, generalmente por los medios más bajos y esto explica suficientemente lo que hizo respecto de los monasterios.

Empezó suprimiendo los más pequeños, aquellos cuyas rentas eran menos de 5 mil libras anuales hoy día. Estos pequeños conventos tenían un cuarto de la riqueza monástica de Inglaterra. El asunto fué arreglado en una forma que da testimonio de la gran habilidad de Cromwell, pues se hizo en forma tal que las cosas fueron de un grado a otro hasta que toda la vida monástica y conventual inglesa fué destruída.

El primer paso fué simplemente hacer un inventario y empezar un examen de las irregularidades denunciadas en ciertos conventos; el siguiente fué la política de confiscar las casas más pequeñas, con el pretexto que eran generalmente mal manejadas y a menudo corrompidas. Pero entretanto no se dejaba ver la menor insinuación de un ataque al monasticismo como principio religioso ni a los bienes monásticos en general. Los jefes de los grandes monasterios consintieron. Monjes y monjas fueron llevados de los pequeños a los grandes monasterios, y Cromwell dió a entender que el dinero tomado a los pequeños conventos suprimidos sería usado en obras piadosas.

Luego vino el próximo paso. No había ley que ordenara la entrega de las grandes casas, pues la ley se había hecho para exigir la entrega de las pequeñas. Algunas fueron cogidas con el pretexto de alta traición, en otras el abad fué sobornado para entregar pacíficamente la casa al rey, en otras se inculpó a los dirigentes

del establecimiento de robo u otro crimen, hasta que todas, de un modo u otro, hasta la última casa monástica de Inglaterra fué entregada al rey y dejó de existir.

Los bienes no quedaron ciertamente en manos del rey. Cromwell obtuvo una gran fortuna de las capturas. Dió no menos de trece propiedades monásticas a su sobrino (de quien hablaremos en seguida) y dió tierras en donación aquí y allá, como lo hacía el rey. Más tarde, muchas de las tierras abaciales confiscadas fueron concedidas a favoritos de la Corte, o, lo que fué más común, vendidas a la mitad del precio o a menos.

Es muy común que las llamadas familias de la Reforma que quedan (esto es, las familias inglesas cuya riqueza está fundada en el reparto de los bienes de la Iglesia en el siglo XVI) se gloríen de que pagaron honradamente esas tierras, pero al examinar los detalles se encuentra continuamente que las consiguieron por un promedio igual a la renta de diez años, suma que era igual, aproximadamente, a la mitad del precio de la propiedad raíz.

El móvil de Cromwell en esta gigantesca revolución económica, que hizo que un quinto de la renta de las clases superiores inglesas cambiara de manos, fué simplemente el reparto. Pero su efecto último, que no intentó directamente, fué crear un fuerte interés disfrazado contra la reconciliación con Roma. La tierra confiscada fué vendida y revendida; con el paso del tiempo, las familias que no se habían enriquecido se casaron con miembros de familias enriquecidas en el reparto, y al fin, cada familia propietaria de tierras fué, por decirlo

así, cohechada para no aceptar la vuelta de Inglaterra al catolicismo.

Aún cuando María Tudor, mucho después de la muerte de Cromwell, propuso la reconciliación con el Papado, las clases superiores de Inglaterra rehusaron considerar la idea a menos que el Papa prometiera solemnemente que ellos conservarían las tierras robadas, lo que el Papa hizo aunque con repugnancia. Aún así, fué la posesión de tierras abaciales lo que determinó, por toda una generación, la posición de los campesinos y lo que les hizo evitar la vuelta de la Misa a Inglaterra.

Como un ejemplo de tales familias, volvamos al sobrino de Thomas Cromwell de quien ya hablé. La hermana de Cromwell se casó con un hombre joven, hijo de cervecero de Putney, llamado Williams -ap-Williams. Tuvo un hijo, Enrique, a quien Thomas protegió y elevó, haciendo de él, antes de su muerte, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, enteramente a expensas de la Iglesia. Este sobrino sustituyó su apellido Williams por el de Cromwell, estableció a su hijo como un gran magnate, con su principal residencia construída sobre las ruinas de un convento de monjas robado, en Huichingbrooke; y el nieto de este hijo fué el Oliver Cromwell del siglo siguiente.

Thomas Cromwell gobernó a Inglaterra hasta 1540, haciéndose en el intervalo uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Su poder era antipático a la vieja nobleza, y aún los recién elevados estaban celosos de él. Pero no temía nada de ellos mientras manejara al rey.

Lo que quebrantó su poder sobre el rey fué un incidente cómico. Sobrestimó su poder y trató de hacer

que Enrique, que ya había hecho morir a Ana Bolena, y cuya posterior esposa Jane Seymour había muerto, se casara con una princesa de una pequeña familia principesca alemana protestante, la del Duque de Cleves, en el Bajo Rhin.

La política exterior de Cromwell no era protestante en su sentido religioso: durante toda su activa vida fué indiferente totalmente frente a la religión; pero le convenía que Enrique se ligara con los príncipes protestantes de Alemania, si lo podía, pues así no habría anulación del cisma y así su vasta fortuna a base de tierras eclesiásticas confiscadas, podría estar en seguridad.

Cuando Ana de Cleves vino para casarse, Enrique quedó disgustado de ella. Siempre impulsivo y débil, cayó en un furioso malhumor contra Cromwell por embrollarlo en este absurdo matrimonio. Entretanto los Howard, cabezas de la antigua nobleza, y cercanos por matrimonio a Enrique, trabajaban sin descanso por la caída de Cromwell, lo mismo que el cuñado de Enrique, Seymour, tío del niño que sería el sucesor del rey.

Gracias al malhumor ardiente de Enrique por haber sido embaucado con el matrimonio con Ana de Cleves, a su irritación en vista de que Cromwell actuaba como jefe supremo del Estado, al impulso de los Howard y de Seymour sobre el rey, éste tomó al fin la determinación de eliminar a Cromwell, y en los primeros días del verano de 1540, cuando éste tenía ya bastante más de cincuenta años, y estaba en la cumbre de su poder y su riqueza, fué súbitamente arrestado en la oficina del Consejo.

Fué condenado a una muerte infamante sin prueba,

y los últimos días, entre la condenación y la muerte, fueron lamentables y memorables por las cartas importantes que escribió al rey, pidiendo y aún gritando que le diera la vida "¡Gracia, gracia, gracia!" Aduló y se rebajó, usando las frases más extraordinarias, comparando a Enrique con Dios, y diciendo que el perfume de la mano regia lo transportaría al cielo si sólo se le permitiese el besarla. Pero todo fué en vano: debía morir, y murió el 28 de Julio de 1540.

En el cadalso sucedió una cosa extraña. Cromwell tenía la reputación de ser perfectamente indiferente a la religión y ateo, preocupado sólo de este mundo y totalmente falto de escrúpulos. Apoyó el movimiento anticatólico con todo su poder para asegurarse sus confiscaciones. Ahora que estaba ante la muerte declaró, ante el asombro de todos, que era firme creyente en la fe nacional y tradicional. Su sinceridad ha sido puesta en duda, sin base suficiente. Creo que la cosa es bastante clara. Ha tenido toda su vida un miedo terrible a la muerte (rasgo que se encuentra por lo demás en Oliver). Nunca contempló la muerte y eliminó por eso la religión de su espíritu. Pero cuando estuvo cara a cara ante la muerte y tuvo que habérselas con ella, admitió la verdad católica y confesó su aceptación. El fenómeno no es raro y es bastante explicable por todo cuanto sabemos de la naturaleza humana.

No podemos decir si su arrepentimiento final lo salvó o no, es algo que no podemos decir; pero su obra fué cumplida antes que cayera su cabeza: había consumado la ruptura con Roma, y con su expoliación de la Iglesia hizo posibles todos los pasos posteriores por los cua-

les Inglaterra se transformó de país católico en protestante, dando a la vez a la clase gobernante de Inglaterra un fuerte motivo financiero para no consentir jamás que la Misa volviera a Inglaterra, en cuanto dependía de aquélla. Esa clase, que tiene aún mucho de su antiguo poder, sigue siendo hasta hoy el gran enemigo de la Iglesia Católica.

SANTO TOMAS MORE

EL retrato de Santo Tomás More, dentro de una serie referente a la Reforma Inglesa, difiere en calidad de cualquiera de los otros retratos por este motivo: es el retrato de un "medium" por medio del cual podemos entender lo que era la inteligencia inglesa de esa época.

En otras palabras, no debemos en este caso ocuparnos particularmente de los acontecimientos externos, como en el caso de Catalina de Aragón, Enrique, Ana Bolena, Cromwell o cualquiera de los otros. Ellos deben, en este caso, ser narrados brevemente: son fácilmente resumibles y universalmente conocidos. Nació en la alta y rica clase judicial de la Inglaterra católica, trece años antes que el rey Enrique VIII. Heredó y avanzó naturalmente en los grandes honores y posiciones judiciales. Los abandonó todos y murió por la Fe.

No hay problema político alguno relacionado a su nombre famoso, ni complots ni intrigas. No tenemos que buscar ni conjeturar qué ambiciones actuaban en él, ni nada por el estilo. Lo que debemos hacer, y esto es importante, es comprender qué era interiormente este hombre, qué clase de victoria ganó y cómo lo que él

era y la victoria que ganó explican su tiempo. La tarea es necesaria, pues en un sentido importante y sutil, Santo Tomás More es falsamente comprendido, y al hacerlo así, se entiende mal la naturaleza de la Reforma Inglesa, así como la grandeza individual y peculiar de este mártir individual.

Lo que puede llamarse el retrato convencional del hombre, aceptado por católicos y protestantes (pues es tan admirado en el otro campo como en el nuestro) es, más o menos el siguiente: "Mientras casi toda Inglaterra seguía al Rey Enrique y se desligaba de la unidad de la Iglesia, y el país éntero se pasaba al protestantismo, unos pocos laicos mantuvieron la antigua posición católica. No querían oír hablar de romper con el Papado, al cual creían de institución divina, y la piedra de bóveda de la Iglesia. Por eso aceptaron sacrificarse antes que admitir los nuevos poderes del Estado laico, o que Enrique era la cabeza de la Iglesia, o la doctrina protestante, o que Ana Bolena era reina, o que su hija Isabel pudiera ser reina legítima más tarde. De estos pocos laicos que resistieron, el más distinguido era un gran abogado, hombre bien nacido, con una posición bien adquirida desde joven en los tribunales, y que había sido Lord Canciller de Inglaterra. Era también un gran humanista y reconocido como eminencia en toda Europa. Pero dió su vida por la Iglesia y contra el protestantismo, y por eso ha sido canonizado".

Esta es, en grandes líneas, la figura que se representa. Pues bien, el retrato verdadero nos revela cosas más profundas, y el individuo es mucho más sutil, más tenta-

dizo y un ejemplo mucho mayor de santidad y de martirio de lo que nos da a pensar un sumario tan simple.

El aspecto exterior del retrato convencional es cierto. Tomás More era un gran abogado que había ganado una fama precoz y una fortuna en su profesión, había sido Lord Canciller, era eminente en Europa por sus letras —una gran figura universal—, y fué muerto por rehusar la negación de un punto de doctrina católica. Lo que es falso es la interpretación exterior. Los que simplifican la historia, haciendo de ella un esquema en blanco y negro, lo hacen no por no conocer suficientemente los detalles de aquella carrera, o porque el acento no esté colocado en los lugares justos por aquellos de quienes han sacado su información. Más bien el retrato convencional que acabo de dibujar implica una incomprensión del espíritu de la Reforma Inglesa.

La verdadera historia tiene dos aspectos: 1) El gran mártir a quien veneramos tuvo todas las dificultades intelectuales y morales de un genio de su especie; 2) El actuó solo, sin apoyo alguno.

En cuanto al primer punto: tuvo las tentaciones que acosan al intelectual, al humanista sensible, al hombre de éxito mundano. Estuvo en peligro de caer en esas tentaciones, *y en parte cedió*. Triunfó sobre ellas de una manera muy peculiar en él: por eso es tan glorioso y constituye un ejemplo tan grande. Sir Tomás More no fué simplemente un católico oponiéndose al protestantismo: así no hubiera sido sino igual a cualquier otro inglés de su época; no fué simplemente un hombre que defendiera con determinación la doctrina católica y que la proclamara con todos los riesgos porque

su naturaleza lo llevara a tales desafíos y combates: si hubiera sido así, su victoria sobre sí mismo habría sido mucho menor de lo que en realidad fué.

En cuanto al segundo punto: anotemos algo muy importante que es el núcleo de su gran sacrificio: actuó en completo aislamiento y dejó su vida por un solo pequeño punto de doctrina católica; más aún, por un punto de doctrina *sobre el cual había dudado largamente.* No estaba sostenido por el espíritu militante, la energía combativa que se deleita en el desafío y en las contra-afirmaciones. No estaba sostenido por las simpatías de nadie, ni siquiera de sus allegados. No estaba sostenido en la naturaleza de su propio espíritu, que había sido vacilante y cambiante, incluso en materias esenciales. Se dió como víctima *a pesar* de esas cosas, que harían que novecientos noventa y nueve hombres entre mil se engañaran a sí mismos, diciéndose que debían ceder, que eso era lo justo. Esta es la heroica y casi única cualidad de More.

Para empezar, que quede bien claro que Santo Tomás More era un reformador. Toda Europa estaba en agitación, entre la vieja cultura escolástica y la nueva pasión por la antigüedad pagana, que hizo del humanismo helenizante un instrumento tan poderoso de crítica contra las antiguas ideas y hábitos religiosos. Toda la Cristiandad fué conmovida por un espíritu que provocó, especialmente en los jóvenes, y en los más inteligentes y sensibles entre ellos, la denuncia de las corrupciones de la época, de los errores de las leyendas, la exageración de ciertas prácticas y la improbabilidad o la demostrada falsedad de muchas reliquias.

Tomás More era justamente de la clase de hombres que, según el mero orden natural, debía haber ido, paso a paso, desde la indignación por los abusos hasta terminar en una posición plenamente herética. Se indignaba por el orden social de su tiempo tanto como contra los abusos de la Iglesia; más aún, su indignación le excitaba el ingenio, en altos esfuerzos literarios; y los hombres que descubren tales talentos en sí mismos cuando son aún jóvenes, caen casi siempre en la tentación de ser revolucionarios, con el transcurso del tiempo. Sir Tomás More, según el orden de la naturaleza, pudo, por eso, haber llegado a ser un opositor violento, no sólo del orden social, sino de la unidad divina de la Iglesia, por la cual dió su vida. Todo su carácter parecía llevarlo a eso.

Además se inició como un hombre de profunda ambición mundana: conocía su propio talento y se gloriaba de él. Ello le llevó a la más alta posición política del Estado. Un temperamento semejante pudo haberlo llevado, a la larga, a asentir a cualquier acción oficial.

En seguida, era hombre de humor, y pleno de afecto doméstico. Sentía agudamente el ridículo que se hace en una posición aislada, el absurdo de ser un "chiflado", y sentía con mayor agudeza aún las contradicciones con alguien de su propia familia. Un hombre semejante se retraería más que nadie de cualquier acción, y con mayor razón de aceptar la muerte, sufriendo la acusación pública de excentricidad y perversidad, y los reproches de su propia esposa.

Finalmente, el aislamiento en su martirio. No podía prever ningún fruto de su gran ejemplo: de hecho, du-

rante los cuatrocientos años, desde su día hasta el nuestro, no ha nacido de él ningún fruto aparente. Estuvo absolutamente solo: no tenía nada dentro ni fuera, nada que le estuviera prometido en el futuro, nada heredado del pasado, nada dentro de la tradición de sus hábitos y su vida, que lo vigorizara en lo que hacía, y, sin embargo, lo hizo.

Para entender lo extraordinario de su caso, lo maravilloso de su resolución y su visión combinada, veamos exactamente lo que Santo Tomás More defendió al precio de su vida.

Murió por el principio de que, en definitiva, en materias espirituales, el Papa era la Cabeza de la cristiandad—principio que toda la cristiandad debatía, y había estado debatiendo por más de cien años, y en el cual todo el mundo laico de Inglaterra difería de él.

Murió, no por la Presencia Real, como muchos otros tras él; no (como otros pudieron hacerlo) por lealtad a la reina Catalina; no como protesta contra una doctrina que sostuviera ser herética; menos aún murió por no abandonar algún hábito mental tradicional, ligado a la antigua civilización de su país. No era simplemente un hombre molesto por el cambio. No murió, tampoco, después de una larga protesta pública por la forma en que se llevaban las cosas. No murió por la misa o por la santidad del orden clerical. Murió por el único punto de la Supremacía Papal, entonces universalmente en duda y sobre el cual era de sentido común el transigir.

Hoy nos parece obvio decir: "¡Oh, pero la supremacía pontificia es la piedra de toque del catolicismo!"

Así lo vió Tomás More; pero *no* lo vieron así la

masa de sus contemporáneos y *no* lo había visto así tampoco él mismo, corto tiempo antes.

Cuando Enrique VIII actuó contra los luteranos en favor del Papa, diciendo que el Papado era de institución divina, Tomás More fué de opinión que *no era así*. Había decidido, según sus lecturas sobre el punto, que el Papado no era sino un desenvolvimiento histórico, ligado sin duda a la estructura de la Iglesia, pero de origen humano, como casi toda la organización eclesiástica. Cien años antes, por temperamento, habría sido uno de aquellos que apoyaban la autoridad de los Concilios Generales, creyéndolos superiores a Roma. Sin embargo, fué por este solo punto, sobre el cual había dudado, que consintió en morir.

Observemos las circunstancias de esta muerte y veamos cuán extrañas son comparadas con lo que podría llamarse, con el debido respeto, el tono general del martirio.

El Rey había determinado anular su verdadero matrimonio, hacer reina a Ana Bolena, y, de la hija de ésta, su heredera. Tomás More no protestó cuando vió la política real apartándose más y más de la unidad con la Santa Sede; renunció a su cargo, pero sin dar explicaciones. Si otro con menos escrúpulo toma su cargo, no levanta su voz contra el recién nombrado. Cuando la supremacía real fué declarada en su forma final y más concluyente, en Noviembre de 1534, y el Papa fué repudiado (aunque la Misa y todo lo demás siguió como de costumbre), permaneció siendo lo que se llamaba en el lenguaje de su época, súbdito leal de su "señor natural" el rey Enrique. No desafió, permaneció silencioso, en cuanto se refiere a actos oficiales,

pues, naturalmente, sus convicciones privadas eran conocidas.

Incluso cuando se decretó el Juramento de Supremacía, estaba preparado para aceptar el matrimonio de Enrique con Ana, y a admitir que su hija pudiera heredar el trono, desheredando a la verdadera princesa María.

Cuando se puso frente a él el documento para su aceptación, y para prestar el juramento en presencia de Cranmer en Lambeth, en el palacio arzobispal, no protestó contra el juramento en su totalidad: todo lo que dijo fué que *había un punto en el preámbulo que él no podía aceptar*. Resistió en un detalle — en lo que parecía a los contemporáneos un detalle, "un pobre escrúpulo". Dijo que el preámbulo implicaba algo que en conciencia no podía aceptar.

No quisieron sacrificarlo, le ordenaron que lo pensara. Se paseó por los jardines de Lambeth pensándolo (así creían ellos), pero él no creía verosímil pasar a otro estado de ánimo. Permaneció firme en ese solo pequeño punto: que la fraseología de una parte de la ley (que él aceptaba en todo lo demás) estaba en contradicción con la ortodoxia. Por eso fué aprisionado y, meses después, fué de buena voluntad, por eso, a la muerte.

Cuando se le hizo el interrogatorio, en los últimos días antes del sacrificio, es notable observar qué silencioso permaneció, a la defensiva, pidiendo a sus contradictores que probaran su caso, y manteniendo en reserva todo lo que podría haber dicho. Hasta que se falló la sentencia nadie pudo sacar de su boca cuál era esa doctrina por la cual estaba dispuesto nada menos que a

entregar su vida. Sólo cuando se dictó sentencia, habló, por fin, y dijo con precisión cuál era su posición.

Probablemente para toda su familia, ciertamente para su esposa, para casi todos sus amigos, y para los ingleses de su tiempo en masa, esta posición no era heroica, sino absurda. El rey era dueño de todo en Inglaterra, y así lo había sido en las generaciones pasadas: nombraba a los obispos y grandes abades, la suya era la suprema justicia de apelación para todo litigio, y, aunque había en la última declaración de supremacía algo nuevo, sin embargo una querella entre el rey y el Papa era algo con lo cual los ingleses estaban familiarizados durante siglos. Se solucionaría pronto, sin duda, como las otras, y, en todo caso, estos embrollos políticos no eran algo como para sacrificar la fortuna, menos aún la propia vida. Si alguien quería resistir y ser dramático en este punto, superando a los histriones con esta *moda anticuada estilo* Tomás Becket, que fuera por lo menos un sacerdote, o mejor aún, un gran prelado. Se podía comprender al obispo Bisher; pero ¿por qué Tomás More?

Repito: estuvo totalmente solo, sin un apoyo exterior.

¿Y tenía algún apoyo por dentro? Esta terrible pregunta no puede ser respondida con certeza pero, me parece, con probabilidad. Creo que tuvo pocos apoyos internos. No sólo era una mente escéptica, como más de alguno de los que, sin embargo, sufrieron la muerte por la verdad, sostenidos por la fe y no por la experiencia; era también una mente que tenía larga práctica en ver ambos lados de cualquier problema y en creer que todo podía ser demostrado; en este punto particu-

lar sobre el Papado, él había pensado sinceramente el lado erróneo. Insinúo que el mártir, en sus últimos momentos, tuvo toda la fragilidad intelectual de los intelectuales y que su escepticismo trabajó hasta el fin, pero su gloriosa resolución se mantuvo, y esta es la médula del hecho. Tuvo lo que se llama "Fe Heroica".

Si volviera hoy a la tierra notaría, con esa ironía en que era maestro, que su sacrificio parece haberse hecho en vano. Si fué o no así, sólo un futuro distante puede decirlo. Pero lo cierto es que, entre todos (y fueron muchos) que fueron testigos en las cinco generaciones durante las cuales se logró desarraigar la vieja religión de Inglaterra, la suya parece haber sido la más larga pasión, pues no tenía nada en absoluto que lo sostuviera, sino la resolución.

EL PAPA CLEMENTE VII

CLEMENTE VII fué el Papa que negó el divorcio a Enrique VIII. Reinó durante todo el tiempo que duró el conflicto, habiendo sido electo antes de que el rey de Inglaterra tuviera alguna intención de librarse de su esposa, y muriendo después de que el cisma inglés había quedado virtualmente completado, muy poco antes de su final y formal consumación por el Acta de Supremacía. Pues la idea de Enrique de deshacerse de su esposa legítima, Catalina de Aragón (idea que parece haber sido de Ana Bolena más bien que suya) no puede haber surgido antes de 1525. La primera (y no absolutamente cierta) alusión en un documento es de 1526, y la acción formal comienza en 1527. Clemente VII fué elegido Papa en 1523.

Los últimos actos políticos en los cuales se consuma manifiestamente la separación de Inglaterra de la unidad de la Iglesia Católica, llenan los años 1533 y 1534. En 1533 Cranmer pronuncia el divorcio a pesar de la prohibición pontificia, el matrimonio con Ana Bolena es reconocido y ésta es coronada reina, nace Isabel y se declara por una ley su legitimidad, aunque era ilegítima a los ojos de toda Europa y, por cierto, a los de la

autoridad eclesiástica; en 1534 se producen, uno tras otro, los actos que culminan en la separación completa de Inglaterra de Roma. Esta era ya un hecho en el verano de 1534, y el sello final fué el Acta de Supremacía, en los primeros días de Noviembre de ese año: pues era la costumbre que todo Parlamento inglés fuera convocado el día de Todos los Santos, o poco después. Clemente había muerto sólo seis semanas antes, a fines de Septiembre del mismo año. Por eso, él es el hombre que tiene la autoridad suprema durante todo el período del divorcio y del cisma.

La primera cuestión histórica suscitada por su reinado es esta: ¿pudo haberse salvado esa plaza? ¿pudo el Papa, por el ejercicio de ciertas virtudes o de ciertas cualidades intelectuales, realizadas en otra forma que la que él les dió, haber impedido la pérdida de Inglaterra para la unidad de la Fe? Es una cuestión de primera importancia para la historia de Europa porque —no me canso de repetirlo— si Inglaterra no se hubiera separado, la Cristiandad estaría aún unida y toda Europa sería hoy católica.

La respuesta a esta pregunta no es dudosa, según creo. Aunque Clemente fué culpable de gran debilidad y de una política tortuosa, aunque a menudo sacrificó lo espiritual a lo temporal, sin embargo no puede ser indicado como responsable del desastre. Nada podía impedir el cisma salvo el pronunciamiento del Papa en favor del divorcio, y el Papa no podía hacerlo sin acometer de frente contra la ley cristiana, de la cual era el guardián supremo en virtud de su oficio.

Para apreciar la verdad de esto, empecemos por examinar quién y qué era el Papa Clemente. Era hijo de

Julián de Médicis, hermano del famoso Lorenzo de Médicis, el famoso déspota de Florencia, llamado generalmente Lorenzo el Magnífico —no sólo uno de los más ricos y poderosos príncipes del Renacimiento, sino también uno de los caracteres más notables de la época.

Los Médicis era una familia que se había hecho enormemente rica en el comercio, era una comunidad comercial; su fortuna fué evidentemente apoyada por muchas prácticas dolosas, particularmente la opresión y la usura. Habían llegado a ser tan ricos que alternaban con los soberanos. Juan, el segundo hijo de Lorenzo llegó a ser, gracias al nombre de Médicis y a sus vastos intereses financieros, pero también debido a su notable personalidad y excelente educación, un candidato obvio para el Papado: pues entonces, por desgracia el Papado, con sus grandes intereses mundanos, estaba revestido por la idea que los hombres tenían de él (incluyendo a los mismos Papas), de que no era sólo la cabeza suprema de la Iglesia, sino un principado italiano. Este Juan de Médicis, Papa con el nombre de León X, era Papa cuando tuvo lugar la gran ruptura en Alemania. El y sus consejeros lo comprendieron mal, y el luteranismo creció bajo su reinado. Su Corte era espléndida, su actitud de Mecenas de las artes glorioso y fructífero, él mismo era un humanista y tenía buenas costumbres, pero todo este aspecto de su carácter (eminentemente adaptado a los deberes mundanos de su oficio) tenía sólo una influencia mundana: era un hombre temporal y representaba intereses y bienes temporales. Mantuvo junto a sí, para ayudarle a manejar la política de la Iglesia, a su primo Julio, hijo del hermano de su padre, Julián. Julio de Médicis fué hecho cardenal y era el

brazo derecho de su tío durante el reinado de éste. Después del breve intervalo de aquella hermosa figura de reformador que fué Adriano VI (que, si hubiera vivido más, habría podido tal vez revertir la corriente y reunir a Europa), Julio de Médicis fué elegido Papa, a los cuarenta y cinco años, bajo el nombre de Clemente VII.

Era un hombre de excelente moralidad, gran erudición, buenas maneras, refinamiento perfecto, tal vez demasiada delicadeza de inteligencia y de gusto, espléndido Mecenas y seguro juez respecto de la excelencia de las obras de arte. Era notablemente laborioso, tomando con máxima seriedad los deberes de su oficio. Era uno de los hombres más inteligentes de Europa. Pero carecía de simplicidad, de fuerza de iniciativa y de poder de dirección. Carecía a la vez de aquellas cualidades que habilitan para un firme comando por lo que podría llamarse "las aristas" de la personalidad, y de esa simplicidad moral que es la base de un mando fecundo. Frente a una difícil e inextricable posición, su política era una maraña tupida de intrigas secretas, y tenía ese síntoma fatal de la debilidad que toma la forma de estar siempre aplazando el tiempo. Naturalmente, hay veces en que esto es sabio, pero Clemente VII era uno de esos hombres que lo hacen siempre, y, cuando encontraba difícil decidirse, se decía que, aplazando, las cosas podrían volverse a su favor, y que por eso se crean por sí mismos plazos. Todo su método, desde la primera mención del deseo de divorcio expresado por la Corte inglesa, hasta las últimas declaraciones, semi-vacilantes y semi-tentadoras contra las acciones del gobierno inglés, consistió en aplazar las cosas. Durante siete años su única carta fué el aplazamiento.

A pesar de toda su debilidad y sus errores, repito que no podía haber impedido el desastre, o, al menos, pudo sólo haberlo impedido al precio de una deslealtad al prestigio, al poder y a los derechos sobrenaturales del Papado, cuya protección era su primer deber. Si hubiera apresurado las cosas y se hubiera pronunciado más rápidamente contra Enrique, dentro de la decencia y la observación de las formas, el cisma siempre se habría producido, pues aquéllos que manejaban la impulsiva, sensual y (por lo tanto) débil voluntad del rey inglés, estaban determinados a conseguir el divorcio o, en caso contrario, a romper con el Jefe de la Cristiandad, y pronunciar el divorcio por boca de su propio sirviente, la autoridad eclesiástica local, el Primado de Inglaterra. Tenían consigo, no sólo la voluntad de Ana Bolena, y más tarde el poderoso cerebro y la capacidad de gobierno de Cromwell, sino el poder dominador de la inmensa codicia de las clases superiores, que era como una jauría de perros que anhelaba lanzarse sobre la propiedad de la Iglesia.

El momento en que Clemente pudo haberse pronunciado por o contra el divorcio fué —a lo sumo— en 1530 o a comienzos de 1531. Tal vez en la práctica, considerando todos los obstáculos formales de apelaciones, etc., habría sido casi imposible fallar antes de 1532, y sin embargo, ya entonces habría sido demasiado rápido. Haber concedido el divorcio contra la justicia y la ley eclesiástica habría significado arruinar el ya sacudido poder pontificio, aparte del hecho de que Catalina pertenecía a la familia reinante más fuerte de Europa. Pero es verdad también (lo que no se comprende ordinariamente) que, si Clemente hubiese sido más

directo y se hubiera pronunciado en favor de la Reina y contra Enrique antes de lo que lo hizo, habría sido igualmente demasiado tarde para salvar a Inglaterra. Enrique estaba ya abierta y totalmente en manos de Ana Bolena, y secretamente ya en las de Thomas Cromwell, teniendo consigo a toda la clase territorial lista —bajo la protección de Ana y de Cromwell— a lanzarse sobre las rentas eclesiásticas.

Ha sido la moda de los historiadores oficiales anticatólicos, tanto de la variedad protestante inglesa o alemana, como de la variedad anticlerical francesa o italiana, atribuir la repugnancia de Clemente a pronunciarse en favor del divorcio, al temor y a la presión del gran Emperador Carlos V, sobrino de Catalina y jefe de su familia. Demasiados católicos han sido afectados por la tendencia general de la historia escrita que se lee en su medio, y asienten a medias a esta idea. Es un juicio falso.

Las intenciones puramente políticas durante el reinado de Clemente eran bastante claras, y aún necesarias. Su política no era por cierto apoyar al poderoso Emperador: era más bien jugar entre el poder del Emperador y el del rey de Francia (con quien estuvo aliado, durante toda la última época del conflicto Enrique de Inglaterra), y así independizarse de ambos.

Es verdad que se reconcilió con Carlos V, después de ser tratado virtualmente como un prisionero por las tropas irregulares del Emperador. Es cierto que, después de negociaciones llevadas con duplicidad, y de apoyar en secreto a los rivales de Carlos, llegó con él a un acuerdo abierto y coronó a Carlos en Bologna en 1530. Es cierto que, entre las varias fuerzas políticas presio-

nando en formas diversas al Papado, la fuerza de Carlos V era la más grande en el momento crítico (1532): pero *no es cierto* que esto decidiera el resultado; lo que lo decidió fué la necesidad en que estaba cualquier Papa de decidir según el mérito del caso, fuese fuerte o débil, resuelto o intrigante.

Clemente llegó hasta los límites extremos de las concesiones con Enrique o más bien con los que manejaban a Enrique VIII. Fué más allá de las concesiones debidas y legales. El más cobarde y condenable de sus actos fué una promesa secreta de que no llamaría ante sí el caso, sino que éste sería finiquitado en el reino de Inglaterra y bajo el poder de Enrique. Es cierto que esta promesa era condicional, que Clemente se dejó una rendija por donde escapar, de la cual tomaría ventaja, y de la que se valió cuando Catalina entabló apelación. Pero se intentó engañar y aplazar, y esto hacía más reprensible el caso.

Sin embargo, con todas estas concesiones, con sus vacilaciones y sus optimismos, que parecían dar a Enrique esperanzas de éxito, el hecho central permanecía en pie: Catalina negaba solemnemente la consumación del primer matrimonio; era una mujer de gran carácter, juró que no había sido nunca la esposa real del hermano de Enrique que había muerto siendo niño, y Enrique no la contradijo jamás.

Faltaba prueba suficiente para derribar esta solemne declaración, no había base para romper el matrimonio de Catalina y Enrique y declararlo nulo, *a menos que* Clemente hubiera admitido que él no era juez supremo en un caso moral, esto es, a menos que hubiese aceptado anonadar los derechos y la posición del Papado. Se

había dicho a sí mismo, en su desesperación y ansiedad, que sería bueno que la reina de Inglaterra estuviera en la tumba, se había permitido toda clase de sugerencias para no chocar con la dificultad, había pensado incluso en la aceptación voluntaria por parte de Catalina —y naturalmente, todo habría sido fácil si Catalina hubiese consentido en no insistir en su declaración solemne o en su apelación. Pero, como Catalina hizo la apelación y tomó la posición que tomó, Clemente no podía elegir, sino que actuó como actuó, a riesgo de perder a Inglaterra y, tal vez (tan delicada era la situación), a Francia su aliada.

Los que han condenado no han acentuado el gran fundamento que tenía para sus vacilaciones y aplazamientos —fundamento que habría hecho vacilar incluso al carácter más vigoroso. Toda la Cristiandad parecía quebrantarse. Y, aunque Inglaterra era un poder débil y pequeño en comparación con Francia o con el Imperio, el lado al cual ella pudiera inclinarse en la lucha religiosa general no era indiferente en absoluto; y un Papa necesita pensarlo dos o tres veces antes de decidirse (por muy grande que fuera la necesidad moral) a arriesgar la pérdida de Inglaterra.

Podemos resumir la situación diciendo que, si una mente más fuerte y actuante hubiera estado como sucesor de San Pedro, el cisma inglés habría venido con menos pérdida de honor y de autoridad moral para Roma. Pero debemos agregar que, por mucho que debamos lamentarnos de la debilidad e inconsistencia de Clemente, éste jamás pasó la frontera más allá de la cual está la abdicación o la renuncia a la autoridad. Jamás comprometió lo esencial del poder pontificio y de su

tremendo derecho a la supremacía moral sobre los hombres.

Hay en todo esto algo sobrenatural. Debemos cuidarnos en la historia de exagerar la evidencia de lo sobrenatural, de atribuir a causas sobrenaturales lo que legítimamente pertenece a las causas naturales, pero aquí parece haber una evidencia de acción sobrenatural. Un solo paso más, y este momento de la historia pontificia habría comprometido al Papado a los ojos de la posteridad, dando un sólido argumento contra sus derechos: ese momento fué el reinado de Clemente VII. Y el Papa, sin embargo, no falló, aunque navegó bastante según el viento de su época. Clemente habría podido, en el momento más crítico, cuando era fuertemente presionado, intimidado, sin saber qué hacer entre las grandes fuerzas contendientes de las cuales era la víctima, haber traspasado el límite. Pudo, por ejemplo, haber dictado una Bula en que usaba del poder pontificio, dispensando el matrimonio con una cuñada. Pudo haber salido del paso declarando que la opinión de las Universidades valía, no contra la Santa Sede, pero sí igual que la de ella. Pudo haber dado media docena de pasos diferentes, cada uno de los cuales habría sido admitir (y un Papa lo habría hecho entonces por primera vez) que el Papado no era lo que era. Y felizmente Clemente fué preservado (por un margen suficiente) de un exceso tan fatal de debilidad. Fué preservado de él por la salvaguardia divina que jamás falla en la Iglesia, pero también por ese elemento que, a pesar de todas sus faltas, siguió siendo fuerte en él: el reconocimiento de lo que era esencial en su oficio.

THOMAS CRANMER

EN la galería de retratos de la Reforma inglesa Thomas Cranmer está en las antípodas de Thomas Cromwell. Ambos pueden ser llamados los autores de la tragedia, pero de manera muy diversas: Cromwell como hombre que crea, Cranmer solamente un agente, aunque un agente lleno de voluntad —incluso, en su corazón un agente entusiasta: un hombre que odiaba la Iglesia Católica, los Sacramentos, y especialmente el Sacramento del Altar y la Misa; en tanto que Cromwell era indiferente a la religión, o mejor dicho, dejó que su sentido religioso quedara fuera de su conciencia, hasta que reapareció en los últimos momentos, en el patíbulo, en presencia de la muerte, a la cual temía tanto.

Cromwell, de todos los funcionarios de Enrique VIII, fué quien más dominó al rey y quien mejor pudo vanagloriarse de que la política del país estaba enteramente en sus manos. Cranmer, de todos los que estuvieron en contacto oficial con Enrique, fué el más sometido y el menos capaz de imponerse. Pero lo más digno de atención en este carácter particular es la forma en que Cran-

mer era la contrapartida de Cromwell en la historia del movimiento. Cromwell, que puede ser considerado con justicia como la figura principal de su época, no ha recibido plena atención de los historiadores populares ni del público; en cambio Cranmer sí.

Cranmer, una figura esencialmente subalterna, ha recibido una gran atención. Hasta hace muy poco, cualquier inglés protestante medio con que hablaráis, noble o bajo, rico o pobre, podría haberos dicho los hechos centrales de Cranmer: que fué el gran Arzobispo de Cantorbery que ayudó a Enrique a romper con Roma, que creó la Liturgia del nuevo culto protestante, y especialmente que fué quemado vivo bajo la reina María, después de un momento de debilidad del cual se arrepintió gloriosamente y que expió con su voluntario y terrible sacrificio. Especialmente se recuerda una leyenda, como una de las cosas principales en la tradición popular inglesa: metió —mientras se quemaba— la mano con que firmó las retractaciones, al fuego, diciendo: "¡Esta fué la mano que lo hizo!" Pero si se pregunta a los mismos hombres qué saben de Cromwell, muchos dirán que sólo han oído hablar de un Cromwell llamado Oliver, y los que han oído algo de Thomas, pueden recordar vagamente que tuvo algo que ver con la caída de los monasterios.

Cromwell, por la escala de su inteligencia, su comprensión de los asuntos nacionales e internacionales, su fuerza de voluntad, tenacidad de propósitos, comprensión de los detalles, todo lo que marca a un gran estadista, está casi al nivel de un Bismarck o un Richelieu. Su extrema vileza y bajeza, su brutalidad y su gran

cobardía, al final, no afecta este juicio sobre su capacidad, que usó en cosas tan abominables.

Pero Cranmer demostró escasa inteligencia y previsión, carecía de iniciativa, aceptaba por miedo las tareas que se le fijaban, era siempre sumiso, hipócrita y escurridizo por naturaleza. No tenía interés particular en ser capellán de Ana Bolena, aunque, sin duda, le alegraba recibir esa renta; no quería alegar ante Roma en favor de Enrique; ciertamente no quería ser arzobispo; tomó una parte muy pequeña en el despojo de la Iglesia y permitió que su propia diócesis fuera saqueada sin piedad.

Después de ser un mero sirviente de Enrique, presto siempre a fingir cualquiera convicción según las órdenes de Enrique, pasó a ser el sirviente del tirano Somerset, a la muerte de Enrique, luego del que suplantó al tirano, luego intentó, lamentablemente, salvar su vida, bajo María, con las más abyectas retractaciones y repudiando todo lo que realmente sentía de corazón.

Había en verdad una cualidad en Cranmer que se puede confundir con la grandeza, y debemos detenernos en ella, pues el error en esta materia es muy común, no sólo en su caso, sino en mil otros.

Cranmer tenía una gran potencia artística. Podía forjar una sentencia de un inglés tan rítmica y espléndidamente bello como nadie lo ha hecho antes o después. A él le debe la Inglesia Anglicana "El Libro de Oraciones Anglicanas", cuya dicción y lenguaje le han dado tan fuerte base en el espíritu nacional. Las letanías de la Iglesia Inglesa son suyas: un maravilloso documento artístico; además, verosímilmente, muchas de las Colectas, la traducción de los Prefacios de la

Misa, incorporados al culto inglés, y muchas otras oraciones católicas también incorporadas.

Su único talento no fué reconocido en su época, su efecto sobre las mentes se hizo presente mucho más tarde: el gran cariño del inglés medio por el "Book of Common Prayer" y sus hermosas frases, data no del siglo de Cranmer, sino del siguiente. Es el caso de muchos grandes artistas de la prosa y el verso: necesitan tiempo para manifestar sus dotes y éstos no son aparentes hasta mucho después de la muerte.

Como Cranmer tenía este talento supremo en esta línea de la creación de una prosa exquisita, un hábito mental moderno nos hace confundir ese talento con la grandeza real. Y en este punto pido al lector que haga una pausa y considere cuán falsa es esa actitud.

El gran talento artístico en cualquiera dirección, el del poeta, del prosista, del escultor, del pintor o de otros semejantes, es apenas inherente al hombre, viene y se va, es a menudo poseído en una corta fase de la vida, apenas colora la totalidad del carácter y no tiene nada que hacer con la calidad moral e intelectual del alma y de la mente, y sólo por ella puede ser medida la grandeza intrínseca de los hombres. Muchos grandes artistas, tal vez los más, han sido pobres individuos a quienes se despreciaba al conocerlos.

Así ocurría con Cranmer, y, además, tenemos que considerar que era uno de esos artistas que pueden trabajar sólo en un marco muy limitado. Escribió mucho en latín y en inglés, una cantidad de cartas, polémicas, informes, etc., casi todo ello hinchado y en absoluto notable. Creó una prosa asombrosa sólo cuando se sentaba a hacerla con gran cuidado, pensando cada palabra

y concentrándose sobre la estricta tarea que estaba ante él; y, como ocurre siempre con esta clase de talentos, sobresale sólo en cortos pasajes. Con todo esto, hay que recordar que Cranmer está en el origen de la gran prosa inglesa. No sólo fué el más grande de los maestros de la prosa, sino el principal creador de ella. Sólo por esto tiene derecho a la fama.

Un breve relato basta para mostrar lo que era el hombre. Era el hijo menor de un pequeño noble, un "squire" rural en los Midlands; fué por eso aficionado a los deportes del campo, buen jinete y buen arquero, lo que era extraño porque tenía mala vista, y al leer o escribir tenía que pegar su vista al papel.

Fué destinado a la Iglesia simplemente como un medio de proveerse una renta, según la costumbre de los segundones de su clase. Entró a una fundación insignificante, Jesús College, a la cual estaba entonces reducida la Universidad de Cambridge. Vivió allí durante años, hasta cerca de los cuarenta (era dos años mayor que Enrique, y algo menor que Cromwell), llevando una oscura vida de escolar, con cierta reputación como examinador de teología.

Había tenido, antes de recibir las Ordenes, una aventura (que no parece haber sido muy limpia, pero que terminó en matrimonio), con la sirviente de una posada en Cambridge, y después de su temprana muerte volvió a participar de la unidad del colegio.

El violento movimiento que empezó como una crítica, en parte humanista y en parte teológica, de la corrupción clerical, y que pronto fué una revuelta contra la Iglesia, cogió a una pequeña, pero muy activa minoría en Cambridge, de hombres que iban ya en

tránsito a la edad madura; pero, aunque simpatizaban con todos los ataques al catolicismo (pues comenzaban ya a odiar la religión tradicional); eran sin embargo demasiado tímidos para dar una expresión activa a sus sentimientos, pues todo el mundo oficial de Inglaterra era fuertemente ortodoxo, y aún después de la ruptura con Roma, Enrique, como sabemos, insistió en la enseñanza de toda la doctrina católica salvo el Papado, en la Misa, en los Sacramentos y en toda la vida general de un pueblo católico.

Cranmer estaba en Cambridge cuando Erasmo comenzó allí su obra, pero parece no haberlo conocido; fué entonces cuando Barnes predicó su famoso sermón revolucionario, cuando todo el pequeño grupo de entusiastas revolucionarios se corrió sus riesgos—pero él no corrió ninguno.

Lo que lo llevó a un plano prominente fué el ser recomendado al rey por dos hombres en quienes éste tenía gran confianza: Gardiner (un hombre de gran capacidad a quien Wolsey hizo importante, y que era Secretario de Estado de Enrique) y Fox, el brazo derecho de Gardiner. Ambos eran de Cambridge y conocían a Cranmer, sabían que escribía y conocían su reputación local de leer teología y de argüir puntos teológicos

Por eso, cuando Cranmer, en una conversación privada, apoyó la idea de apelar a las Universidades europeas contra el Papa (idea que él no inventó, pues fué discutida durante dos años) Enrique lo mandó llamar y le ordenó escribir una carta u opúsculo en favor de su divorcio. Al mismo tiempo entró a la casa de los Bolena, pero parece probable, por una frase del Cardenal Pole, que tenía ya cierta conexión con los Bolena.

De todos modos, llegó a ser capellán de Ana Bolena, y fué a Roma a defender la causa del divorcio ante la Santa Sede; cuando se vió que Ana no podría deshacerse de su legítima rival, la reina Catalina, por decisión papal, y que no podía sino confiar en que un prelado inglés pronunciara la sentencia de divorcio, Cranmer, a pesar de su insignificancia, pasó a ser el candidato obvio para la sede archiepiscopal de Cantorbery. En ese momento cuanto quiso Ana que pasara en Inglaterra, pasó.

El anciano y santo arzobispo, Wareham, murió oportunamente en 1532, y Cranmer, llamado apresuradamente de Italia, fué hecho arzobispo. Arzobispo, como católico en plena comunión con Roma y con licencia de Roma, prestando juramento de fidelidad al Papa —pero hizo una declaración privada de que perjuraría si era necesario, pues no miraba obligatorio su juramento al Papa, contra los intereses del rey. Esto, naturalmente, fué mantenido en secreto.

Cranmer procedió, en seguida, por orden del rey, a anular el matrimonio còn Catalina; ordenó coronar reina a Ana Bolena; cuando nació Isabel, él la bautizó y fué su padrino. Más tarde, cuando Enrique se cansó de Ana, Cranmer se volvió rápidamente contra esta mujer a quien debía todos sus ascensos y posiciones, y en cuya mansión había sido alimentado; le arrancó con su fingida amistad una especie de admisión de culpabilidad, y la traicionó delatándola a Enrique. Su miserable debilidad y sumisión fueron así culpables de la sangre de Ana.

Después hizo lo que pudo para ayudar a Cromwell, secretamente, a minar el catolicismo del país. Fué particularmente adecuado para engañar al rey sobre la

nueva traducción inglesa de la Biblia, asegurando al rey que era ortodoxa, aunque las palabras más esenciales habían sido mal traducidas, para dar a las Escrituras, y sobre todo al Nuevo Testamento, un sentido protestante. Pero abandonó a Cromwell como antes a Ana, lisonjeando a Enrique cuando Cromwell cayó en desgracia.

Jugó con la penúltima joven esposa de Enrique, Catalina Howard, el mismo juego que antes con Ana Bolena. Catalina Howard representaba a la fuerte facción católica, y Cranmer recogió las denuncias contra ella, le sacó una confesión con su amistad fingida y con promesas de perdón, exactamente como había hecho en el caso de Ana Bolena, y se hizo culpable de la sangre de Catalina Howard como lo había sido de la de Ana Bolena.

En tanto vivió Enrique, no se atrevió a decir nada abiertamente contra la Iglesia Católica. Continuó diciendo Misa con la debida pompa y ceremonia, aunque había llegado a aborrecer el Santo Sacrificio y el Santo Sacramento. Se separó de la esposa alemana con la cual se había casado secretamente porque Enrique no quería tener un clérigo casado; hasta el momento de la muerte del rey representó el papel del arzobispo ortodoxo, católico en todo, salvo el cisma con Roma.

Cuando murió Enrique, la banda que empezó a repartirse los bienes de la Iglesia en mayor escala todavía, y a tratar de imponer el protestantismo bajo Somerset, el Protector del niño reinante, encontró en Cranmer un buen sostenedor. Cuando, dentro de la banda, un tirano propuso desalojar al otro, Cranmer siguió siempre al triunfador.

Durante esos seis años que vieron la primera extinción de la Misa y las rebeliones del pueblo en defensa de su religión, Cranmer defendió activamente la tiranía y creó el nuevo culto protestante inglés que reemplazó al inmemorial sacrificio. Su nombre figura en primer lugar en la lista de los que propusieron hacer reina a lady Jane Grey, para sustituir a la heredera legítima, María; pero cuando María fué llevada al poder, en una oleada de entusiasmo popular hacia ella y hacia la Iglesia, él presentó disculpas abyectas para salvar su vida.

En ese mismo momento cometió la única acción en toda su carrera que muestra un débil y vacilante coraje. Negó fuertemente, en privado, que hubiera dicho Misa por orden de la reina. Los que conocían su carácter falaz, dieron por sentado que nuevamente había virado. El informe lo anonadó y escribió su protesta privada. No tuvo el valor de publicarla, pero fué publicada contra su voluntad. Fué hecho prisionero por hereje, convicto y depuesto.

Durante el juicio, se movió e intrigó perpetuamente, tratando lo mejor que pudo, de salir de la posición en que sus actos flagrantes recientes lo habían colocado, pues no sólo había trabajado con todo su poder para destruir la Misa en Inglaterra, sino que había preparado un código legal en que condenaba a muerte al que aceptara el Sacramento del Altar.

Cuando fué degradado del episcopado y de sus funciones y fué también condenado, vió, demasiado tarde, que podían pensar seriamente en hacerlo morir, aunque hasta entonces era algo inaudito el ejecutar a un arzobispo por herejía. Con la esperanza de salvar su vida, hizo retractación tras retractación. Estas se hicieron ca-

da vez más terminantes, hasta que al fin escribió y publicó una de gran latitud, en que exageraba sus propósitos de remordimiento y penitencia. Se entregó a la Misericordia Divina, declaró que no era digno de vivir, que era digno de su hado, especialmente por haber arrastrado a tantos al error; se comparó al buen ladrón, declarando que nada, salvo la infinita caridad de Cristo podía aliviarlo.

Hasta el último momento no supo si estas protestas habían tenido o no la eficacia de engañar a las autoridades. El día fijado para la ejecución, fué conducido a la iglesia de St. Mary en Oxford para hacer, tan públicamente como fuese posible, su retractación; después se predicaría un sermón sobre la retractación. La regla era, por supuesto, que ante una pública retractación el prisionero por hereje fuese perdonado, y Cranmer tenía su documento listo para la lectura. Pero mientras oía el sermón predicado sobre él mismo, una frase del sermón destruyó sus esperanzas. El predicador, por orden del Gobierno, anunció la decisión de que, después de todo, era imposible perdonar a Cranmer.

Entonces éste hizo algo dramático. Se levantó a leer su retractación, pero en el punto más crítico declaró, repentinamente que todo lo que había dicho en favor de la Iglesia y contra sus antiguos errores era insincero y había sido dicho sólo para salvar la vida. Ahora que debía morir, quería confesar que era definitivamente opuesto al sistema católico, al Papado y a todo lo demás.

Hubo un tremendo barullo en la iglesia, en medio del cual el viejo hombrecillo, todavía muy vigoroso aunque calvo y casi ciego (tenía cerca de setenta años),

corrió bajo la lluvia, con la congregación y una multitud callejera pisándole los talones, salió de la ciudad por la North City y amarrado al poste, frente a Balliol College. Mientras subía el humo, puso su mano derecha, según dijo que lo haría, en el fuego, como expiación por sus retractaciones. (La historia ha sido puesta en duda porque se supuso que reposaba sólo en la palabra, bastante poco sólida, de Foxe; pero ha sido corroborada por testimonios contemporáneos).

Hay un punto histórico y moral de cierta importancia relacionado con la muerte de Cranmer. ¿Tenían las autoridades derecho para la ejecución? La respuesta parece ser que técnicamente tenían tal derecho, pero no según la costumbre y la equidad. Un hereje condenado por obstinada herejía y entregado al brazo secular, estaba desde ese momento sujeto a ejecución. Pero casi siempre se había admitido en la práctica que si se retractaba, aún después de la sentencia, se salvaba. Incluso habían casos en que un hombre que se retractaba en hoguera era soltado, aunque actuara sólo bajo la influencia del sufrimiento extremo.

Se puede admitir que Cranmer, con sus abyectas y repetidas retractaciones, había ganado el derecho a vivir, por lo menos, y que al ejecutarlo el Gobierno rompía un contrato implícito. Por otra parte puede replicarse que los crímenes de este hombre habían sido tan enormes, y su posición tan especial, que no había para él atenuante posible. A mí el argumento me parece personalmente insuficiente: me parece injusto haber aceptado las numerosas retractaciones, haber favorecido su repetición y su énfasis progresivo, si no se quería perdonarlo.

STEPHEN GARDINER

LA figura de Stephen Gardiner no está entre las más grandes de la Reforma inglesa, o por lo menos, no es de la primera fila. Por eso ha sido en gran parte descuidado indebidamente, pues, aunque no moldeó los acontecimientos ni decidió el curso general del movimiento, hay una razón por la cual el que quiere entender el gran desastre debe conocer bien a este hombre: la razón es que era un típico inglés de la época.

Si se siguen la curva del alma de Gardiner, las fluctuaciones de sus opiniones, su gran devoción por el sentido nacional, su error original sobre este punto, su despertar paulatino ante el peligro religioso, toda su carrera (especialmente en el aspecto interno), entonces se comprende la Inglaterra de la época.

El rey Enrique, impulsivo y muy vano, no era ciertamente un inglés típico. Aún María Tudor, con su sangre media española y su espíritu solitario no podría ser llamada típica de su pueblo; Cranmer tampoco, pues era demasiado artista, y demasiado servil a la ley de su tiempo, y demasiado cobarde para ser típico de un sano y común ciudadano de cualquier lugar o tiempo. Isabel era aún mucho menos una típica inglesa, pues

a la vez por su talento y sus enfermedades de alma y cuerpo era una anormalidad.

Pero Gardiner es el verdadero inglés de su tiempo, en cuerpo y alma; ésta es su importancia: si se le entiende a él, se comprende la Reforma inglesa, o, mejor dicho, el ciudadano medio sobre el cual ésta cayó. Es por eso una gran pérdida para la historia que aún hombres muy educados hayan oído hablar muy poco de él. Por cien hombres que han oído hablar de Enrique, y cincuenta de Cranmer, tal vez uno pueda decir quién era Stephen Gardiner.

Era miembro de esa sólida capa media que dió tantos funcionarios a la dinastía Tudor, especialmente esos empleados eclesiásticos que fueron sus grandes apoyos. No estamos ciertos de la fecha de su nacimiento, pero fué a fines de 1480, de modo que era algo mayor que Enrique y unos diez años más joven que Santo Tomás More, el Lord Canciller.

Siguió el curso general de esos muchachos de la clase media destinados a la Iglesia (carrera que en esos días llevaba a las más altas posiciones políticas a hombres de capacidad temporal). Se doctoró en Derecho en Cambridge, y fué luego secretario de Wolsey. Tenía cerca de 40 años cuando apareció en toda su capacidad política, pero en esa época era ya el servidor civil regular de los Tudor. Era un buen eclesiástico, pero en esa época ponía ciertamente su oficio político al mismo nivel, si no a superior al eclesiástico: hasta tal punto en un hombre como tantos otros, uno de los funcionarios regulares de los Tudor, recompensado con varias dignidades eclesiásticas por los reyes a quienes servían.

Era un hombre grande y fuerte, de mandíbula cua-

drada, cabeza pesada, pero vivificada por unos ojos oscuros, grandes y brillantes. Era muy docto, era un polemista hábil, buen orador, un hombre lleno de salud y energía.

El asunto del divorcio estalló cuando acababa de establecerse en su carrera oficial, y el gobierno lo usó en seguida para sus propósitos. Venía de la casa de Wolsey (había sido, como dije, secretario de éste), y cuando Wolsey cayó, pasó a ser secretario de Enrique, lo que significaba que todo documento oficial importante pasaba por sus manos, y que su juicio sobre muchas cosas era pedido y considerado. Se lanzó de corazón en el asunto del divorcio, actuando lisa y llanamente como servidor de su soberano. En el toreo a que fué sometido el desdichado Papa, los pasajes más extravagantes y violentos vinieron de Gardiner. Fué el quien amenazó más directamente a Clemente en Roma con el peligro del cisma si no concedía el divorcio. Se lanzó en el asunto sin vacilaciones ni compromisos, y la Corte lo miraba como su principal agente (y tal vez el que tendría más éxito en el negocio). Se le dió por eso la gran diócesis de Winchester en 1531, mucho antes de que el asunto fundamental estuviese decidido, cuando aún estaba en pleno proceso.

El obispo de Winchester era en aquellos días uno de los hombres más ricos del reino; era un oficio que daba un gran poder político. Había sido el principal patrimonio del mismo Wolsey; y al obtenerlo Gardiner, llegó a ser un gran personaje en la vida social y política inglesa por el solo rango, aparte de lo que sus talentos y servicios habían ya establecido.

Debemos anotar aquí un punto curioso. Cuando vino

el peligro del cisma, Gardiner vaciló. Fué sólo un instante, pero es significativo de todos modos. Estaba todavía plenamente en favor del gobierno real absoluto y del fuerte sentido nacional que era su correlativo; estaba contra las pretensiones de la política pontificia sobre los soberanos temporales, especialmente sobre su propio rey; y cuando se decidió la cuestión, él estuvo listo para aceptar la supremacía de Enrique sobre la Iglesia de Inglaterra, y aún para defenderla, como lo veremos.

Señalé en el caso de Santo Tomás More, que él había tenido tanta vista como para discernir lo que significaría en último término el cisma, lo que fué concedido sólo a muy pocos. El inglés medio estuvo con el rey contra el Papa en aquella querella particular, esperando tal vez vagamente que pronto sería solucionado, como lo habían sido otros, pero sin pensar en un problema de doctrina. Gardiner, que es en todo sentido el inglés medio, siguió igual senda.

Pero mostró una ligera vacilación cuando la fórmula exacta, por la cual se insinuaba ya la supremacía real, fué presentada para el debate en el clero. Debemos siempre recordar que la supremacía real no fué, en los primeros pasos, presentada como cismática; el cisma llegó paulatinamente después de una serie de tránsitos, cada uno de los cuales, salvo el último, podía ser retorcidamente pensado como ortodoxo.

Algunos han dicho que esta vacilación, a pesar de su ligereza, le ocasionaron el ser pospuesto cuando murió Wareham, perdiendo así el Primado, el arzobispado de Cantorbery, pero esto es un error. No era Gardiner, sino Cranmer el que estaba marcado para ser designado arzobispo, porque era criatura de Ana Bo-

lena, su capellán, un crápula que haría cuanto se le dijera, como se probaría en el futuro. Los que creen que Gardiner tenía oportunidad, no comprenden la situación general, y especialmente el hecho de que Ana y no Enrique dirigían el asunto.

En todo caso Gardiner siguió siendo muy prominente, el gran obispo de Winchester, lleno de riquezas y poder. Aceptó la supremacía regia; más aún, un año después del cisma, en 1535, comprometió su responsabilidad hasta el fondo escribiendo en favor de la política cismática el famoso tratado "De Vera Obedientia", "Sobre la verdadera obediencia".

Hay una carta suya muy característica, a Bucer, el reformador continental, en que le da un ejemplo de la excelencia de la supremacía real comparada con la supremacía pontificia porque con ella se reforzaba la mejor disciplina de la Iglesia de Inglaterra: el rey puede reforzar estrictamente, por ejemplo, la observancia del celibato eclesiástico y corregir verdaderamente las costumbres de su propio clero; mientras que el Papa, dice, dentro de las circunstancias del tiempo, en que las iglesias se han hecho nacionales en tanta proporción, carece de poder efectivo.

En una palabra, Gardiner, a pesar de su primera leve vacilación estaba entonces (1534) de todo corazón en favor de la posición de Enrique, por la supremacía temporal sobre lo espiritual y lo temporal y —en la práctica— por el cisma. Permaneció en esa posición durante años. Tenía más de sesenta cuando comprendió la lección de que no había catolicismo sin el Papa.

Para los modernos esto es una tautología: hoy día, en que tantos que están fuera de la Iglesia remedan a

el catolicismo, y tantos más que se interesan por éste o aquél aspecto del catolicismo, es algo evidente que la última piedra de toque del catolicismo es la aceptación de la autoridad del Papa. Pero debemos siempre recordar, al leer sobre este período de la Reforma inglesa, este punto cuya omisión hace ininteligible aquel hecho: los derechos pontificios eran debatidos, y lo habían sido durante generaciones, dentro de la misma Iglesia, antes de la ruptura de la cristiandad, en el gran desastre del siglo XVI.

Frente a los embarazos del poder temporal, a la acción política del Papa como un simple príncipe italiano, las grandes sumas tomadas por el Papa como tributos directos de todos los países, al carácter mundano de muchos Papas de la época (algunos de ellos abiertamente escandalosos), frente a todo eso, se necesitaba la experiencia de la desunión para probar la necesidad de la unión, y para probar, especialmente, que la prueba de la unidad era la obediencia a la Sede de Pedro.

Cuando Bayardo hizo su famosa frase "se puede ser buen católico sin el Papa", estaba diciendo lo que millones de hombres habían dicho antes que las consecuencias les hubiesen enseñado lo contrario, antes de que la experiencia de hasta dónde podía llevar la desunión los hubiese aterrorizado, haciéndolos volver a la plena ortodoxia.

Stephen Gardiner, como el mismo Enrique, era intensamente católico de doctrina y de práctica, opuesto al luteranismo y más aún al calvinismo. Y esto lo hacía caro a Enrique, aunque éste temía la fuerza y actividad de su carácter. Gardiner estuvo siempre por la defensa de la vieja tradición religiosa nacional, de la Misa, de

la plena doctrina de la Presencia Real y así hasta de las menores devociones de la práctica católica.

Cuando estallaron violentas discusiones entre los obispos de Enrique, algunos de los cuales, conducidos por Cranmer y protegidos por Cromwell, tomaron un tono más y más anticatólico, Gardiner puso todo su peso en la balanza para oponerse a la ruptura. Fué en gran parte responsable y redactó, tal vez, en parte, los famosos Seis Artículos que, durante los últimos años del reinado de Enrique, obligaron a la doctrina y la práctica católica bajo penas severas.

En este momento murió Enrique, en 1547, y aquella inescrupulosa banda, primero dirigida por Somerset, luego por Northumberland, cayó como harpías sobre lo que quedaba de la propiedad eclesiástica y, para llenarse los bolsillos, apoyó fuertemente a los revolucionarios religiosos; en esas condiciones, Gardiner fué claramente un público peligro para ellos, por ser el portaestandarte de lo que sentía la masa de los ingleses. Lo apresaron y lo privaron de su diócesis, y permaneció como perseguido y como víctima del esfuerzo para imponer por el terror una nueva religión sobre los ingleses. Fué naturalmente el héroe de aquella gran mayoría de la nación que detestaba las nuevas doctrinas revolucionarias y que se levantó en rebelión armada en todo el territorio, contra el reciente culto protestante. El nombre de Gardiner pasó a ser el símbolo del viejo y mejor estado de cosas, cuyo retorno era tan ardientemente deseado. Veremos que cuando el enfermizo Eduardo murió, María sacó a Gardiner de la Torre de Londres y lo elevó a la más alta posición política de Inglaterra, haciéndolo Lord Canciller —mucho más

de lo que hoy llamamos Primer Ministro. Y entonces Gardiner dió testimonio de la plenitud de su fe. No hubo proceso de retractaciones, ni mucho menos trazas de móviles políticos.

Lo que nunca creyó posible, la presencia de un gobierno anticatólico en Inglaterra, la destrucción de la Misa, el despojamiento sin escrúpulos de la propiedad de los gremios, el derribamiento de los altares, la cínica destrucción de las iglesias, le habían demostrado lo que podían ser los frutos de la desunión. En cuanto al cisma, tal como él lo aprobaba, estas cosas no tenían por qué haber pasado; y ahora estaba decidido a deshacer el cisma, y trabajó con todas sus fuerzas por la vuelta de Inglaterra a la unidad de la Cristiandad, que tuvo el gran privilegio de ver realizada antes de morir. Al morir exclamó la frase célebre: "Negavi cum Petro, exivi cum Petro, sed non flevi cum Petro": "Negué como Pedro, salí como Pedro, mas no lloré como Pedro lloró". Fué en verdad bastante afortunado para vivir ese momento, y afortunado, me parece, en morir antes de que pudiera ver que todo el buen trabajo fué barrido.

Murió el 12 de Noviembre de 1555, sombrío ante los presentimientos que tenía sobre el futuro, pero sin ser testimonio de la caída que siguió tres años después, con la muerte de María. Lo que lo entristecía era su temor por los resultados del matrimonio español. Había sido también un inglés típico en su firme resistencia a esa política. El presionó a la reina para que comprendiera la oportunidad de casarse con uno de sus nobles ingleses, y su punto de vista habría triunfado si Courteney hubiese tenido mejor carácter. Esta oposición al matrimonio español lo puso en minoría dentro del Con-

sejo, y tuvo que ceder. El matrimonio con Felipe fué celebrado en su propia catedral y por el mismo Gardiner.

Un último punto sobre él: su actitud hacia las persecusiones a los revolucionarios por herejía más bien que por traición. Puesto que era el canciller, el brazo derecho de María y el más prominente de los protagonistas católicos, el símbolo de la tradición religiosa nacional, hasta hace poco fué acusado universalmente por nuestros historiadores oficiales de especial severidad, y aún de crueldad en el trato dado a los herejes desde que comenzó la nueva política.

¿Cuál fué la actitud real? No tenemos por qué tener repugnancia en decirlo. El gobierno tenía perfecto derecho de tratar como enemigos públicos a una pequeña minoría rebelde, que trabajaba para destruir la religión y la monarquía; era una materia de política más que de moral el de si debía tratárseles como herejes o traidores. Pero ¿fué Gardiner en realidad un gran perseguidor? ¿Fué él quien inspiró esa persecución? Cabe dudarlo y aún negarlo.

Naturalmente que como canciller debía dirigir el proceso, pero hay que anotar que se tomó molestias serias para salvar a los presos de las consecuencias de su error; ayudó personalmente a los que estaban más en peligro para que escaparan del país, y en su propia diócesis no hubo persecución. Esto se debió en parte a que el veneno no alcanzó las regiones occidentales comprendidas en la diócesis: fué sólo virulento, en uno o dos puertos marítimos y ciertos sectores del Este y de los condados del interior.

Por todo lo que conocemos de la naturaleza de este hombre y de su política en otras cosas, podemos con-

cluir verosímilmente que si hubiera tenido las manos libres, habría estado en favor de la política de Felipe de España y no de la del Consejo. En ese caso de tener las manos libres, habría dado unos pocos ejemplos, castigando por traición, pero habría evitado la persecución por herejía al por mayor. El esposo español de María creía lo mismo: reprimir por traición mejor que por herejía. Pero Paget y el Consejo, para mostrar su independencia inglesa, rechazaron la opinión del extranjero.

Creo que ésta puede ser nuestra conclusión, en general. Pero no debemos caer en el extremo de decir que fué un enemigo manifiesto de la política de persecución y ejecución por herejía: ciertamente que no. Una vez que fué encargado de ello, lo cumplió, y nunca salió de su boca un solo pronunciamiento público que mostrara su objeción. Por ejemplo, jamás se opuso a ello como se opuso abiertamente al matrimonio español.

Tal fué Stephen Gardiner: un carácter muy nacional, que, mejor que otros, nos ayuda a comprender (cuando lo conocemos totalmente) el carácter de la época en que vivió y especialmente del inglés corriente, en esos confusos y difíciles días.

No había sucesor posible para él, no había otra figura nacional típica que simbolizara la repugnancia y el disgusto profundamente sentidos hacia el nuevo y fanático movimiento contra las antiguas tradiciones nacionales de Inglaterra. Si hubiese existido uno solo con una autoridad semejante, con un pasado tan grande, durante los primeros años de Isabel, tal vez Cecil no habría emprendido con el mismo éxito la mala obra que realizó.

M A R I A T U D O R

MUCHAS de las principales figuras de la Reforma inglesa son presentadas a los lectores modernos de una manera desfigurada. En el caso de los más importantes, como Thomas Cromwell y William Cecil, esta deformación produce una impresión falsa de todo el movimiento. María Tudor, la hija mayor de Enrique VIII y la única hija legítima, no era una de estas figuras que moldearon decisivamente el período de la Reforma, de una u otra manera. Fué más pasiva que actuante, pero como su carácter ha sido más deformado que el de todos los demás, es de interés y de importancia para nuestro juicio sobre ese tiempo el conocerla bien.

La razón por la cual su figura ha sido más deformada que la de los otros es que era la más fuertemente ortodoxa católica entre todas las figuras del tiempo. Cuando subió al trono representaba esto para la gran masa de la nación, que era totalmente católica en 1553, cuando comenzó su reinado, y que no podía imaginar que jamás fuera otra cosa. Bajo su gobierno fué realizada con la mayor actividad la persecución a los revolucionarios religiosos, que eran a la vez revolucionarios

sociales y políticos. Por eso es que los escritores ingleses, después que Inglaterra se hizo protestante, mucho después, tendió a hacer de María una figura más activa de lo que fué, transformándola en la "villana" de la pieza. Se pintó un ridículo retrato de una mujer fanática y vengativa, proponiéndose reprimir el universal odio al catolicismo por una especie de reinado del terror. Su corto reinado es llamado todavía, en las historias oficiales de Cambridge y Oxford la "reacción Mariana", como si, en cierto momento, el pueblo inglés hubiera estado progresando hacia el protestantismo y luego, durante los cortos seis años del reinado de María, vino un abortivo y cruel esfuerzo para detener un gran movimiento nacional.

Todo esto es absurdamente falso; de todas las falsedades de nuestra historia oficial, es tal vez la más inmensamente divorciada de la realidad. No hubo movimiento nacional hacia el protestantismo; la reina era popular; la persecución y ejecución de los revolucionarios religiosos no excitó una protesta nacional.

Pero lo curioso es que los que debían ser los defensores de la verdadera (esto es, Católica) historia, han ayudado a perpetuar la leyenda, no haciendo otra cosa que replicar sobre puntos particulares, sin plantear la falsedad del total.

Por ejemplo, anotan que si María persiguió, fué siguiendo el espíritu de la época; que, si ella mató a muchos protestantes, bajo Isabel se ejecutó a muchos católicos, etc. Presuponen que la tesis principal de sus opositores es cierta, a saber, que Inglaterra era ya protestante, o, por lo menos, que estaba dividida en dos mitades, una protestante, otra católica; que la iniciati-

de las ejecuciones procedió de la misma María, y que el gobierno no tenía derecho a detener la rebelión.

Cuando se ataca la falsedad de un adversario haciendo hoyos de detalle en lo que dice, pero admitiendo su tesis general, no se hace sino confirmar el error que él desea propagar; el verdadero modo de afrontar la propaganda de la falsedad es declarar la verdad y establecer el cuadro verdadero, que eliminará al falso.

El verdadero retrato de María es el de una mujer sencilla, como su madre, algo herida por el aislamiento, devota, fuertemente virtuosa, conducida necesariamente por el omnipotente Consejo, pero insistiendo en algunos puntos en su propia voluntad, y sin mucho criterio. Era una mujer que sufría mucho, como todos los hijos de Enrique, de mala salud, muerta tempranamente; una mujer representativa, por su religión, del cuerpo de la nación, pero algo fuera del espíritu nacional en puntos importantes, como el matrimonio español. Es cierto que si hubiese vivido algo más, Inglaterra sería probablemente católica hoy día, pues el pueblo inglés la había amado siempre, la consideraba como su verdadera reina, y no habría tolerado a ningún rival contra sus descendientes.

María Tudor nació en 1516 (el 18 de Febrero), cuando Enrique y su esposa Catalina de Aragón eran felices esposos desde hacía siete años, cuando el joven rey amaba todavía a su mujer y todo iba bien.

La reina Catalina había sido muy desdichada en cuanto a hijos, teniendo varios nacidos muertos, o muertos inmediatamente después de nacer, y uno o dos abortos. Por eso, cuando se vió que esa niña sobrevivía, el rey se regocijó grandemente, y lo mismo toda

la nación, pasando a ser una especie de ídolo. Naturalmente, Enrique esperaba un heredero varón, pero como éste no llegó, él y toda la nación dió como un hecho que la pequeña princesa llegaría a ser una de esas grandes reinas que dieron una marca tan conspicua al período, como su abuela Isabel de Castilla.

Vino después el capricho de Enrique por Ana Bolena. No entenderemos el carácter de María si no comprendemos que creció bajo la influencia de esa tragedia, justamente en esos años en que se sienten las grandes emociones, cuando se forma la persona. Era a los doce años una niña muy inteligente, muy bien educada, muy sensitiva, cariñosa con su madre, con un temor cariñoso hacia su padre, que la quería con delirio, cuando llegaron a sus oídos las primeras noticias (tal como ellas las pueden entender los niños) del desastroso poder de Ana sobre Enrique.

Tenía catorce años cuando se realizó en Londres la negociación entre Wolsey y Campeggio, de la cual Enrique esperaba conseguir el divorcio de la madre de María, Catalina de Aragón. Ya comprendía muy bien todo lo que sucedía y ardía de indignación por la forma abominable en que era tratada su madre. Era ya una mujer de dieciocho años cuando Ana Bolena fué coronada reina, y tenía desde entonces una posición en la cual podía acumular indignidades e insultos no sólo sobre la reina legítima (exilada de la Corte), sino sobre la heredera legítima del trono inglés, María.

A esta edad de dieciocho años, María vió a la hija ilegítima de la rival de su madre, Isabel, proclamada heredera de Inglaterra, mientras ella pasaba a ser legalmente bastarda. Finalmente, cuando perdió su princi-

al apoyo, con la muerte de su madre, tenía seis semanas más de los veinte años.

Toda su juventud había transcurrido en la preocupación por el vergonzoso asunto que era tan amargamente desastroso y humillante para ella. Su padre habría querido renovar sus relaciones cariñosas con ella si hubiera podido, pero era demasiado débil, y Ana intervenía siempre. Quedó totalmente sola, sin poder depender del consejo y opinión de nadie dentro del reino, salvo los de su primo el gran Emperador Carlos V, dieciséis años mayor que ella, cabeza de la familia de su madre.

Se mantuvo lo mejor que pudo contra el cisma, pero en su extravío, y bajo una presión permanente, cedió en un momento trágico, admitiendo la supremacía de Enrique, aunque, por cierto, jamás la aceptó de corazón.

Mientras vivió Enrique, esto es, hasta 1547, época en que María era ya una mujer de 31 años, ya marcada por un continuo dolor, permaneció en esta posición anómala. Los trastornos se hicieron mayores con la accesión al poder de una banda de harpías que robaron el patrimonio regio y eclesiástico, bajo su hermano el niño Eduardo VI. Trataron de mezclarse en la práctica de su religión, y en verdad sólo pudo mantenerla por la intervención de su primo el Emperador.

Cuando murió el enfermizo monarca-niño, Cranmer, Cecil, Dudley y otros hicieron un esfuerzo para sustituir a la legítima heredera María por lady Jane Grey. Quisieron atrapar a María pidiéndole que fuese a Londres, donde ciertamente la habrían hecho prisionera y probablemente matado. Entonces ella mostró el mayor

coraje. Su primo el Emperador le aconsejó refugiarse en el Continente, pero ella rehusó hacerlo. Hizo una prodigiosa cabalgata de dos días desde Londres al Este, y se produjo un entusiasta movimiento popular en su favor, que destruyó los planes de los conspiradores. Pero entonces vino la crisis. No podía gobernar sin los grandes señores que habían conspirado contra ella. Eran demasiado poderosos para que ella los tuviera en contra. Naturalmente ella sacó de la prisión y tomó como principal consejero al gran obispo Gardiner, pero tuvo que admitir al Consejo a muchos de aquellos hombres que habían sido culpables de la orgía de expoliaciones de bienes de la Iglesia, bajo el reinado nominal de su hermano. Tuvo que aceptar como hecho consumado los millones que ellos disfrutaban de los bienes rapiñados a la Iglesia, y evidentemente tenía siempre el sentimiento de que su posición era de transacción.

Aunque era popular entre la masa del pueblo inglés, y altamente dotada, tenía defectos personales y carecía de experiencia del mundo y de discernimiento de los hombres. Era enfermiza (como ya lo he dicho), baja, prematuramente envejecida (a los 38 años parecía tener 15 más), con una voz ronca casi como la de un hombre, una cabeza demasiado grande con relación a su cuerpo y, en conjunto, una presencia poco seductora; en sus relaciones con los hombres y mujeres que la rodeaban era demasiado inclinada a pensar lo bueno y a dudar de lo malo.

Esto ocurrió especialmente con su hermana menor —ilegítima—, Isabel. Esta tenía 20 años cuando María llegó al trono; era la esperanza del pequeño partido revolucionario en lo religioso y de los cientos de nuevos

ricos entre quienes se distribuyeron los despojos de la Iglesia. Estos aceptaron en el Parlamento (enteramente compuesto de hombres de su clase) la reconciliación con Roma, pero con la condición de conservar las tierras monásticas; pero cada uno de ellos se habría sentido ciertamente más seguro con sus lucros mal ganados bajo Isabel que bajo María.

Al iniciarse el reinado, se cometió un error en lo referente al matrimonio: era imperativo que debía casarse pronto, para poder tener un heredero del trono. Gardiner, el Canciller y principal ministro, aconsejó un matrimonio con un primo semi-principesco, Courtney, el único posible candidato nativo. Pero éste era un hombre muy joven, disoluto, repulsivo por eso para ella; decidió contra el parecer de Gardiner, y después de muchas vacilaciones y repetidas oraciones, determinó casarse con su primo Felipe, hijo del Emperador, a quien se le había dado el reino de España y los Países Bajos, quince años más joven que ella.

El matrimonio era más o menos impopular en toda Inglaterra, pero, sobre todo, en Londres y los condados centrales; más impopular entre los ricos porque, en la lucha europea por la Reforma, ahora estabilizada, Felipe aparecía como la cabeza de la causa católica, pareciendo así poner en peligro la posesión de las tierras de la Iglesia por los nuevos millonarios que las habían robado. El descontento era fomentado por el rey de Francia y su embajador en Londres, porque el matrimonio incrementaría el poder de España, entonces rival de Francia. Hubo una insurrección que casi triunfó, apoyada por dinero y armas francesas, emprendida bajo la promesa

de que sería apoyada por una invasión francesa en su ayuda.

Esta insurrección, llamada rebelión de Wyatt, fué vencida, pero María fué entonces demasiado clemente. Perdonó a su hermana Isabel, indudablemente mezclada en el asunto, y le creyó cuando esta princesa se declaró católica de corazón, desprobando a los revolucionarios religiosos. Pero esos revolucionarios no eran ahora sólo religiosos, sino políticos, y muchos de ellos sociales. Durante los seis años del reinado nominal de Eduardo VI habían tenido su época, habían saboreado el poder; y esto los animaba. Los entusiastas religiosos tenían una intensidad de sentimiento que los hacía bastante peligrosos.

Felipe, ahora rey de Inglaterra, era (por consejo de su padre el Emperador) partidario decidido de tratar el peligro como puramente civil y político: su capellán, por orden suya, predicó un sermón aconsejando la tolerancia, pues su idea y la del Emperador era que los revolucionarios debían ser tratados como traidores y no como herejes.

Pero el Consejo, que en esos días era el verdadero poder gubernamental, exasperado de ver a un príncipe extranjero actuar como rival, y *en gran parte por oposición a él,* se decidieron por la política opuesta, a la cual María accedió plenamente. Se lucharía contra los revolucionarios como herejes más que como traidores.

Cuando uno de los fanáticos predicó un sermón, pidiendo la muerte de la reina, en vez de ahorcar al reo como traidor, lo que habría sido probablemente el procedimiento más prudente, se lanzaron en una política de persecución a herejes. Por un hombre que se habría

arriesgado a la muerte bajo el cargo infamante de traición, habían diez que estaban dispuestos a ofrecerse en martirio por las varias intensas formas de anticatolicismo, principalmente por el calvinismo.

Por eso, la esperanza inicial del Consejo de que unas pocas ejecuciones serían suficientes para suprimir el movimiento revolucionario, fallaron; y aunque las ejecuciones estuvieron restringidas a una parte comparativamente pequeña de Inglaterra, fueron numerosas y continuas. Fueron especialmente numerosas en Londres, la única gran ciudad del reino, en que la opinión podía ser fácilmente inflamada, y donde estaba la principal fuerza de la pequeña minoría religiosa. El Norte y el Oeste quedaron casi intactos, y los Midlands no fueron seriamente afectados.

De este modo, la segunda mitad del reinado de María estuvo lleno de la perpetua tentativa de suprimir el movimiento revolucionario, como religioso más bien que como político. Unos pocos años más de persecución habrían dado el triunfo, pero quedaron truncados por la muerte de María a fines de 1558, cuando había reinado sólo cinco años y medio.

Es significativo que el gran promotor de estas ejecuciones por el fuego fuera Paget, un hombre indiferente en religión, pero que era uno de los nuevos millonarios que se habían saciado con bienes de la Iglesia. Es también significativo que el Consejo estuviera tan decidido en esta política, para mostrar su poder contra Felipe, que sus miembros se aprovecharon de la enfermedad de María para tratar de ejecutar a una de sus favoritas, a quien ella salvó difícilmente. Pero, en todo caso, debemos recordar que María siguió siendo personalmente

popular, especialmente entre los pobres, con quienes alternaba humilde y caritativamente, y su innegable posición de verdadera reina y de hija legítima fué entusiásticamente aclamada hasta el fin.

Poco después del matrimonio, Felipe partió al Continente, porque su presencia era allí necesaria en la guerra contra Francia. Se suponía que la reina había quedado embarazada. Se preparó todo para el nacimiento, pero fué una falsa alarma: no estaba embarazada, sino que sufría de la hidropesía de la cual murió. Su muerte fué santa y hermosa. Murió igual que su madre, oyendo la Misa, que se decía en su cámara mortuoria, en las primeras horas de una oscura mañana de invierno; y es patético y hermoso recordar que, al morir dijo que los ángeles estaban junto a su lecho.

Con su muerte, el poder es cogido inmediatamente por toda la pandilla, usando a Isabel, a quien María perdonó y consideró como heredera, engañada por las violentas protestas de lealtad católica de parte de esa princesa.

Con la muerte de María y el advenimiento de Isabel, empezó el lento, y finalmente triunfante, esfuerzo para extinguir la Misa en Inglaterra, y destruir el catolicismo en el pueblo. Pero María murió bajo la impresión de que la situación era normal, y que la religión nacional, a la cual adhería la gran mayoría de los ingleses, no estaba ya en grave o inminente peligro.

LA REINA ISABEL

EL interés de la reina Isabel es para el historiador fundamentalmente biográfico; pero tiene también el interés de un mito.

El interés es fundamentalmente biográfico porque ella tuvo poca influencia en la historia de su época. No hay ningún gran acontecimiento político producido por su voluntad o su inteligencia; no hay nada importante en Europa o en la Inglaterra de su época de lo cual pueda decirse: "esto fué hecho por Isabel".

Pero la mujer es interesante, no sólo como caso patológico, sino como un ejemplo de inteligencia y sufrimiento combinados, de un temperamento extraviado, y todo lo que lo acompaña. Esto es biográficamente de primer orden y, puede agregarse, jamás genuinamente abordado. No hay un libro conocido que dé un retrato aproximativamente verdadero de Isabel; por lo menos no hay ninguno en lengua inglesa.

La razón de esto es la presencia de ese otro elemento de interés en ella, el mito. Lo que puede llamarse "el mito Isabelino" sólo ahora comienza a derrumbarse, y fué en el siglo XIX un artículo de fe en Inglaterra y, a través de Inglaterra, en el exterior. Es uno de los más

perfectos ejemplos modernos de su especie, a lo largo de toda la historia. Es una especie de falsedad creadora y vital, que irradia sobre todo los detalles del tiempo y que da una luz equivocada de todo lo sucedido.

El mito Isabelino puede ser expresado así:

"En la segunda mitad del siglo XVI, Inglaterra tuvo la buena suerte de ser gobernada por una mujer de fuerte voluntad, poderosa inteligencia y excelente juicio, cuyo poder era supremo. Su pueblo la adoraba, y produjo en su tiempo, en gran parte bajo su influencia, las más grandes personalidades en todas las esferas: literatura, arquitectura, negocios diplomáticos, etc. Escogió a sus ministros con destreza admirable, y ellos la sirvieron con fidelidad. En consecuencia, la Gran Reina condujo a la nación por senderos de progresiva prosperidad, siendo cada vez más rica durante su reinado, cada vez más poderosa en el exterior, fundando colonias, y estableciendo esa dominación de los mares que Inglaterra no ha perdido nunca después. En religión, representó prudentemente el firme protestantismo de su pueblo, por odio al cual, unos pocos rebeldes envenenados (vergonzosamente aliados al extranjero) atacaron su poder y aún su vida. Pero ella triunfó fácilmente sobre todos ellos y murió llena de gloria, dejando el nombre más glorioso entre todos los soberanos ingleses".

Esto es, brevemente, el mito isabelino, el andamiaje de envenenadas mentiras que se haya jamás legado a la posteridad. No uso al acaso el término "envenenadas", como mero calificativo, sino en el pleno y exacto sentido; pues esta inmensa falsedad, que podría ser simplemente absurda, ha tenido, aplicada a la historia de Inglaterra, el efecto de un veneno sobre un cuerpo vivo.

Se ha interferido dentro de la historia, ha torcido, alterado y falseado los hechos históricos más evidentes, dando a los ingleses, y aún al mundo entero una falsa visión de nuestro pasado.

Este mito empieza hoy a caer. No podía sobrevivir al trabajo detallado de la crítica. Sin embargo, percibo un peligro que, a su caída, venga una reacción excesiva en sentido opuesto, y los hombres que se sientan engañados se precipiten al extremo opuesto, y tal vez crean que Isabel era insignificante. Sea lo que haya sido, no era insignificante. Su posición fué débil, pero ella no era débil.

La verdad sobre Isabel es ésta: fué el títere del grupo de nuevos millonarios establecidos desde el saqueo de la Iglesia de la época de su padre. Estos tenían a su cabeza el gran genio de William Cecil, que, a pesar de una vigorosa oposición, realizó la tarea, aparentemente imposible de minar la base de la Fe Católica en la tierra inglesa, desterrando la Misa, conduciendo las nuevas generaciones de este pueblo recalcitrante a una nueva religión.

Durante toda su vida Isabel fué contrariada en todos los esfuerzos políticos que hizo; sintió la mano de sus señores, y sobre todo la de Cecil, como un caballo siente la brida. Jamás tuvo una voluntad en asuntos de Estado.

La verdad sobre la persona de Isabel es que era una mujer de fuerte voluntad, agriada por una salud desesperadamente mala, y, casi ciertamente, por una anormalidad secreta que le impedía tener hijos. Su mala salud (a la cual casi sucumbió media docena de veces durante su vida) tuvo algo que ver con su espíritu,

también enfermo en el aspecto erótico. No es un tema agradable, en el cual pueda detenerme largamente en estas páginas, pero debe ser fuertemente acentuado, pues tiene importancia para su vida íntima, a partir de los 15 años. Sus relaciones fueron continuas, pero no eran normales, y esto era lo más escandaloso de ellas. Como otras que sufrierón la misma trágica perversión de la mente y el cuerpo, ella aumentó con la edad. Ya en presencia de la tumba y acercándose a los setenta años, estaba unida a uno a quien había elevado desde muchacho, cerca de treinta y tres años menor que ella. Su inteligencia era grande y penetrante, tenía realmente ingenio, gran conocimiento de varias lenguas, su voluntad era fuerte, a pesar de sus perpetuas derrotas, y fué fuerte hasta el fin, aunque dolorosamente impotente para actuar.

A nadie irritaba ni hacía sufrir más la dominación de otros que a Isabel, y nadie tuvo que aceptarla más pacientemente. Tuvo, en el aspecto de su inteligencia y su voluntad, una sola debilidad, pero ella tan exagerada, que difícilmente parecía normal. Insistía en que se le adulara, y que se le adulara exageradamente, hasta el absurdo. Ciertamente que ello no la convencía, pero tenía un apetito maniático, gustándole más mientras más absurdo lo hallaba. Cuando ya se había secado y parecía bruja, teniendo la piel como pergamino, ya vieja, pero pareciendo una ruina aún más vieja de lo que era, insistía en que sus aduladores se dirigieran a ella como si fuera una mujer de gran belleza, en la cúspide de la juventud.

Isabel no fué nunca bella, y después de los treinta fué repulsiva. A esa edad perdió su pelo rojizo por una

enfermedad, y tuvo que sustituirlo por una peluca del mismo color. Su complexión no fué nunca buena, desde los primeros años de su juventud, pero se conducía con dignidad, y, a pesar de sus defectos físicos, su energía y vivacidad mental hacían de ella una buena camarada. Lejos de ser su reinado la época de fundación del poder inglés moderno, fué un período en el cual (como lo ha probado Thorold Rogers), la prosperidad declinó continuamente, las ciudades perdieron población y las tierras fueron en parte abandonadas, sin cultivo. Es verdad que una raza de audaces marinos se levantó en la época de su reinado, pero no eran más notables que los capitanes de otras naciones de Europa de la misma época, y casi todos cargan con crímenes de robo y asesinato: eran mercaderes de esclavos y piratas secretamente sostenidos por poderosos hombres de Estado. Isabel no podía menos de avergonzarse por sus piraterías ante los ojos de los otros reyes, y no podía impedir el participar en los procedimientos de aquel desdichado negocio. Pues el principio de Cecil era permitir que Hawkins, Drake y los demás robaran indistintamente, desaprobarlos en público, disculparse sus actos, a veces compensar en parte a las víctimas, pero conservar las ganancias de sus fechorías, gran parte de las cuales iba a parar a los bolsillos de los hombres que tenían el poder político, mientras los agentes criminales se quedaban con una pequeña comisión. El único esfuerzo militar durante el reinado, en Holanda, fué un fracaso ridículo; el único esfuerzo colonial fué el igualmente ridículo fracaso en Virginia.

En religión, Isabel se inclinó al principio al ingenioso y cínico escepticismo del Renacimiento, según el espíritu de muchos intelectuales, del cual ella estaba

empapada. En su juventud adoptó todas las aceptaciones exteriores que se le pidieron. Calvinista de niña, bajo el gobierno de los expropiadores de bienes de la Iglesia, después de la muerte de su padre, estuvo en seguida dispuesta a profesar entusiásticamente en la Iglesia Católica, cuando su hermana María estaba en el trono, pero sufrió secretamente la influencia que producía en ella el hecho de que los revolucionarios religiosos la miraran como una carta contra su hermana, como a alguien a quien podían poner en el trono, confirmando ciertamente sus mal adquiridas ganancias a expensas de la Iglesia Católica.

Al envejecer, se desarrolló en ella una piedad cuidadosamente oculta, como lo prueban sus devocionarios privados. En un rasgo común a personas torturadas por alguna anormalidad en su vida íntima, una especie de refugio para ellos.

Sus simpatías estaban —en la época madura— vagamente dirigidas a la Iglesia Católica. Todos los grandes monarcas, entre los cuales deseaba ser contada como igual, luchaban para mantener la vieja civilización de Europa, cuya creadora y cuya expresión suprema era la Fe Católica. Felipe de España, cabeza del movimiento católico, le había salvado la vida; ella lo respetaba y obedecía hasta que, a pesar de ella misma, Cecil lo transformó en enemigo. Ella quiso llegar a entenderse con el Papado; detestaba el nuevo Anglicanismo establecido por Cecil, y del cual ella era, a pesar de sí misma, la cabeza política.

En uno de los pocos puntos pequeños en que se le permitió hacer su voluntad, fué cuando rehusó llamarse "Vicario de Cristo y Jefe Supremo de la Iglesia

sobre la Tierra", como se había denominado su padre. Detestaba la idea de un clero casado y rehusó recibir jamás a las esposas de los nuevos sacerdotes. Si se le hubiera permitido, habría enviado emisarios al Concilio de Trento, y, aunque naturalmente esto no puede probarse y es una pura conjetura, pienso que habría sido bastante verosímil el que, en caso de un movimiento católico triunfante, si los emigrantes católicos y sus sostenedores hubieran podido llevar una fuerza suficiente a Inglaterra, ella se habría unido a la que era todavía la religión de la mayoría de sus súbditos, aunque intimidada y aterrorizada por el reinado de Cecil. La caída de este gobierno habría sido para ella una liberación.

Como ejemplos de la forma en que era manejada por sus señores, tomaré cuatro casos importantes de una gran cantidad de hechos determinables:

1. Dió personalmente seguridad al Ministro español de que los buques españoles que llevaban el dinero para pagar a los soldados de Alba en los Países Bajos, barcos que se habían refugiado de los piratas en puertos ingleses, serían puestos en libertad, y el dinero llevado en seguridad a su destinación. Cecil se sobrepuso a ella, simplemente. Ordenó guardar el dinero y confiscarlo, a pesar de ella, y fueron las órdenes de Cecil, y no las de Isabel, las que se cumplieron.

2. Deseó salvar a Norfolk. Tres veces distintas intervino para impedir la ejecución, pero fué pospuesta. Su infortunado primo fué ejecutado, pero su sangre no cayó sobre su cabeza, sino sobre la de Cecil.

3. Quiso eliminar a Drake antes de la declaración abierta de guerra a España: nadie pensó en obedecer sus órdenes.

4. El ejemplo supremo es el caso de María Estuardo, reina de Escocia. El asesinato (porque fué un asesinato) se realizó contra su voluntad. Nuestros historiadores oficiales han repetido perpetuamente que su agonía al saber la muerte de María fué fingida, falsa. Pero fué auténtica. La firma del decreto le fué arrancada, pero ella no creía que el decreto sería ejecutado. Se ejecutó a su pesar, para que ella quedara responsable, con o sin su voluntad.

Se podría alargar mucho la lista. Su amante, Leicester, hizo cuanto quiso en Holanda sin consultarla, manteniendo allí un Estado regio que ella rechazaba impotentemente. Su amante posterior, Essex, sitió a Cádiz y desafió, sin temer las consecuencias, su amarga cólera, encontrándose privado de la orden regia para proceder a un acto de guerra emprendido en el nombre de Isabel. Jamás deseó la muerte de Essex, el responsable de esa muerte es Robert Cecil, el segundo Cecil. No sólo ella lo habría impedido si hubiese podido, sino que se puede casi decir que ella murió a causa de este hecho.

¡Y cómo fué la muerte de la infeliz! Una muerte de locura y desesperación. Recientemente Hugo Benson escribió un enérgico panfleto comparando esta muerte con la muerte piadosa, santa y feliz de María.

Se tendió en el suelo durante horas —se dice a veces que durante días—, rehusando hablar, con el dedo en la boca, después de sufrir horribles ilusiones: creyendo que una banda de hierro le apretaba la cabeza y, en una ocasión, viéndose, en una especie de visión, como una figurilla rodeada de llamas. Murió sin volver a la paz, sin ser absuelta: es uno de los acontecimientos más horribles de la historia.

Pero debemos admitir su grandeza. Una amargada, deformada, enfermiza grandeza, pero al fin grandeza.

Hay otra nota con la cual concluyo, una nota de advertencia que es siempre necesaria cuando se quiere corregir una falsa impresión en Historia. La realidad no estaba definida: debe ser siempre así cuando el poder real está en unas manos y el nominal en otras. El poder nominal impresiona a los hombres, y aún los que ejercitan el poder real creen a medias en él, y los que ejercitan el poder nominal, más que a medias. Cecil no habría podido decir que él era el verdadero dueño de Inglaterra, y, aunque después de un estricto examen de conciencia, lo tendría que haber admitido, se habría seguido mirando como un ministro, un servidor. Y ella, Isabel, estaba llena de la idea de su oficio, hasta el fin— la idea de monarquía en que aún creían los hombres. Pero bajo Isabel la monarquía de Inglaterra empezó a destrozarse, tan rápidamente, que media generación después de su muerte, los ricos contribuyentes no sólo se levantaron con éxito contra la Corona, sino que llevaron a la muerte al monarca segundo sucesor de Isabel.

Con ese hecho, la decapitación de Carlos I, terminó la vieja monarquía inglesa, no quedando sino un simulacro. El gobierno pasó a la "gentry" y a sus dos grandes comités, la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes.

Supongo que algún día se escribirá una verdadera vida de Isabel en lengua inglesa, pero, como he dicho, no la tenemos aún. Es una buena oportunidad para los jóvenes historiadores, y creo que alguno de ellos la emprenderá.

MARIA ESTUARDO

EN primer lugar, María Estuardo era la legítima reina de Inglaterra a la muerte de María Tudor.

Cada uno de los otros puntos importantes que dicen relación con ella (su fascinación, su carácter individual, sus locuras, su valor, su heroísmo final, lo que podría llamarse incluso su martirio), todos los problemas históricos relacionados con su vida (la autenticidad de las Cartas de Casket, su actitud real frente al llamado complot Babbington) tienen su lugar, pero debemos cuidar de no ponerlos en un sistema falso.

La historia protestante, y por lo tanto, nuestra historia oficial, tal como se enseña en las Universidades inglesas y como se ha esparcido en la Literatura inglesa, hasta en las novelas y textos, dan una perspectiva perfectamente equivocada sobre ésta, como sobre otras circunstancias esenciales de la Reforma inglesa.

Uno podría adquirir la idea (si siguiera la versión oficial y sus reflejos en la literatura general) de que María era una especie de accidente molesto que interfiere con el proceso normal de la vida política inglesa a mediados del siglo XVI. Su presencia y sus derechos parecen ser rechazados por la Inglaterra que era su con-

temporánea, así como se rechazaría la presencia de un cuerpo extraño en un organismo, que tiene que librarse de él para sobrevivir.

La verdad es muy contraria. María era considerada por la opinión general de su tiempo como la legítima reina de Inglaterra. Era ciertamente legítima, así como Isabel era ilegítima según todos los cánones morales de su época. Representaba, durante sus últimos años, no sólo la religión católica, a la cual aún adhería la masa general de los ingleses, al menos por simpatía, sino que también el principio que era entonces tremendamente sagrado, el de la Sangre Real: el derecho de ciertos hombres y mujeres a gobernar por derecho de filiación y primogenitura.

Es esencial en historia leer cada período según el espíritu de esa época, aún cuando aquel espíritu haya desaparecido o se haya modificado de tal modo que nosotros los modernos tengamos dificultad para entender su fuerza. En muchas discusiones sobre el reinado de Isabel, que fué en realidad el reino de los Cecil, este punto de vista esencial es abandonado; pero este defecto es el más común en cuanto dice relación con el pasado. Es la misma falta que hace ridiculizar, en vez de comprender, la violencia de las controversias teológicas en el Imperio de Oriente, o el sentimiento de lealtad en el servicio que era la base del sistema feudal. Del mismo modo algún historiador del futuro podría no comprender el siglo XIX, ridiculizando como absurdo e incomprensible el sentimiento del nacionalismo o los ideales de la democracia.

María Estuardo era, a los ojos de sus contemporáneos, la legítima reina de Inglaterra, por la razón si-

guiente: ella era descendiente legítima (y la primera en orden) del rey inglés Enrique VII, el padre de Enrique VIII.

Enrique VII tuvo tres hijos que sobrevivieron y dejaron descendencia: Enrique (que llegó a ser rey como Enrique VIII); Margarita, reina de Escocia, y María, reina de Francia y luego duquesa de Suffolk. Enrique VIII tuvo dos hijos legítimos que le sobrevivieron: María Tudor y Eduardo. Eduardo heredó primero como varón; vino en seguida María, según el orden de sucesión concorde con las ideas y moral del tiempo.

Enrique VIII tuvo dos hijos ilegítimos: el duque de Richmond, muerto joven, e Isabel, que sobrevivió. Esta era ilegítima a los ojos de la Cristiandad, totalmente de acuerdo con las ideas de su tiempo, pues había nacido mientras la esposa legítima de Enrique vivía aún, ya que el matrimonio no había sido declarado nulo por la autoridad competente, sino sólo por órdenes del mismo Enrique.

Por eso, al morir María Tudor, se consideró cuál era el primer representante de la Sangre Real, entre los descendientes de las dos hijas de Enrique VII. Es cierto que Enrique VIII había hecho un testamento, en que nombraba sus sucesores, después de sus hijos, entre los cuales influía a Isabel. Estos sucesores a quienes él designaba eran los descendientes de María, duquesa de Suffolk, su hermana menor, sin decir nada sobre los descendientes de Margarita, su hermana mayor. Es cierto que el testamento tenía la fuerza de estatuto, por voluntad del rey presentada ante el Parlamento. Pero es falso considerar la Corona de Inglaterra como dependiente de un título parlamentario. Esta teoría fué in-

ventada mucho después; un rey no podía tampoco nombrar legalmente a su sucesor según su capricho, aunque es verdad que los deseos de un monarca sobre esta materia pesaban fuertemente en aquella época. Pero lo que contaba más era la santidad de la Sangre Real y los derechos de primogenitura. Ya que Margarita, reina de Escocia, era la hija mayor de Enrique VII, sus descendientes tenían un derecho preferente. Los descendientes de María, duquesa de Suffolk eran las Grey, y debemos recordar que la mayor de ellas, Lady Jane Grey, fué por eso pretendiente a la corona, pues, aunque era de rama segundona, era protestante. De la hija mayor, Margarita, descendía su hijo el rey de Escocia; pero, como este había muerto, venía en seguida la única hija de este rey, María Estuardo. Según todas las ideas de su época, María Estuardo era la persona que tenía derecho a ser reina de Inglaterra a la muerte de María Tudor. Alrededor de esto se generó todo el asunto.

El pueblo sentía el asunto como hoy frente a una elección: un hombre que ha recibido la mayoría de votos en el colegio electoral, para ser Presidente de los Estados Unidos o miembro del Parlamento, por una asociación de ideas muy inglesa lo consideramos como el legítimo poseedor de ese oficio, y cualquiera que tratara de oponérsele, con una minoría de votos, sería mirado como usurpador, aunque fuera muy aceptable en otros sentidos. En el siglo XVI toda la moral de la época daba por sentado que el gobernante de un país monárquico debía ser el representante de la Sangre Real según el orden de primogenitura.

Contra este indefectible derecho de María Estuardo

habían objeciones prácticas: primero, no era inglesa. Había nacido heredera del trono de Escocia, educada en Francia, una extranjera: pues Escocia era en ese tiempo extranjera con respecto a Inglaterra, e incluso uno de sus mayores enemigos.

En seguida, porque Escocia se alió siempre con Francia para preservar su independencia contra su vecina Inglaterra, y María Estuardo, casada con el heredero del rey de Francia, y fué, durante el breve reinado de este heredero (muerto pocos meses después de su advenimiento) reina de Francia. En el momento en que murió María Tudor, ella vivía en Francia, como esposa del joven príncipe. Hacerla reina de Inglaterra habría significado la probable amalgamación, en un futuro cercano, de Escocia, Inglaterra y Francia bajo una sola corona, y esto habría sido la pérdida de la independencia nacional de Inglaterra.

Tampoco habría habido caso de que la corte francesa la dejara libre para ir a Inglaterra, aunque ella hubiera querido ir a afirmar su legítimo título en el acto.

Además, era importante para Felipe, el rey de España, del cual los franceses eran peligrosos rivales y enemigos, impedir que éstos tuviesen influencia creciente en Inglaterra. Por eso él apoyó firmemente a Isabel, que estaba más a mano, y a la cual Cecil, con Felipe detrás, puso sobre el trono.

Cuando el joven esposo de María, el rey de Francia, murió, ella sólo tenía dieciocho años. Pasaba a ser reina viuda de Francia y no había ya posibilidad de unir los dos tronos. Era educada en Francia y representaba la influencia francesa y su madre, de la gran casa francesa

de los Guisa, había sido Regente de Escocia; de allí que siguiera siendo aún una pretendiente extranjera, aunque legítima, ante los ojos ingleses. Este sentimiento se acentuó al año siguiente, cuando volvió a Escocia como reina, desembarcando allí meses antes de cumplir los diecinueve años.

Tan fuerte era el sentimiento de que su derecho podía triunfar, que Cecil hizo lo posible por cogerla y hacerla prisionera, haciéndose una tentativa de capturarla cuando navegaba frente a la costa oriental de Inglaterra, en su viaje al Norte. El intento fracasó a causa de una neblina, pero, después de todo, habría sido a la larga una suerte si María hubiera caído cautiva de Cecil. Ello ocurrió de otro modo:

Cuando María desembarcó en Escocia, la revolución religiosa, que, como hemos visto, había hecho ciertos progresos en Inglaterra, aunque no muchos, que en Alemania había barrido con todo en un violento tumulto, que en Franica traería una prolongada guerra civil había logrado en Escocia una victoria en gran escala. El calvinismo había llegado a ser el entusiasta credo de una minoría ardiente de celo y determinada a triunfar. La mayoría no era análogamente celosa por la defensa de la Iglesia, que en Escocia se había corrompido fuertemente; y los grandes nobles escoceses, que tenían todo en su poder, apoyaban la revolución religiosa, que les daba una ocasión para comprar los bienes eclesiásticos y la monarquía entera.

María quedó sumergida en esta anarquía. Durante siete años se mantuvo en el trono con invencible valor, pero su temperamento arruinó las pocas posibilidades que tenía de mantener su posición. Debemos recordar,

en favor de ella que era una mujer de especial fascinación, que, hasta cierto punto, ejerce hasta hoy; y que, desgraciadamente, se casó primero con un niño enfermizo, menor que ella, muerto antes de los 18 años, luego, por su propio juicio y error, con su primo Darnley, un hombre indigno y libertino. Se le acusó, falsamente, de haber tomado parte en el asesinato de Darnley. Este acto fué en realidad de los nobles rebeldes escoceses, pero se creyó generalmente que era culpable de ello, y aún más generalmente (lo que es aún hoy un problema) de que por lo menos conocía lo que se preparaba.

Fué también su temperamento lo que la hizo caer víctima de Bothwell, uno de los grandes señores escoceses, un hombre dominador ante quien sucumbió. Aunque ella representaba al catolicismo, se casó según el rito calvinista, y como él era considerado como uno de los asesinos de su primer marido, el escándalo fué enorme. Fué hecha prisionera, escapó, fué derrotada; en 1568, a los 26 años, escapó, desarmada y sin recursos, a la frontera con Inglaterra, confiando en la prometida protección de Isabel. Desde ese momento quedó bajo el poder de Cecil. Fué, primero, virtualmente prisionera, luego de hecho, y por cerca de 20 años.

Durante esos 20 años la posición de María Estuardo a los ojos de Europa y de muchos ingleses, era la de la reina legítima de Inglaterra, prisionera del gobierno usurpador. Pero la gran masa de los ingleses no lo veía así: estaban acostumbrados a la dinastía de los Tudor, estaban ya familiarizados con Isabel, que estaba en el trono desde hacía diez años, habiendo sido durante ellos,

por lo menos la figura principal, bastante vigorosa, aunque en realidad gobernada por Cecil.

Pero había una buena minoría de ingleses que sentía firmemente que debían haber colocado en el trono a María Estuardo, o, por lo menos, insistir en que ella debía suceder a Isabel, pues se estaba cada vez más cierto de que Isabel era incapaz de tener un heredero.

Hubo una rebelión en favor de María, que fué aplastada por el gobierno de Cecil con tremenda barbarie, y esto hizo perder su causa. Una tentativa de casarla con el joven duque de Norfolk, que, aunque firme protestante, representaba a la vieja nobleza, fué descubierta por Cecil, y utilizada para ejecutar a Norfolk y afirmar su triunfo sobre sus rivales. María no sólo pasó a ser prisionera fuertemente vigilada, sino que Cecil proyectó llevarla a su vez a la muerte.

La principal razón de Cecil para deshacerse de María era que él era el Jefe de la pandilla de nuevos millonarios, que no podían estar ciertos de su poder a menos de que el catolicismo fuese aplastado; y una segunda razón era que, debido al creciente protestantismo escocés, Cecil y el gobierno inglés podían llegar a ser protectores de Escocia, cuya política, a la larga, sería influída por Inglaterra, hasta que al fin, mucho después de la muerte de Cecil, los dos países serían unificados y Escocia (aunque los escoceses no lo admitan hasta hoy) pasó a ser una provincia inglesa. Pasado un largo tiempo, como todos saben, Escocia e Inglaterra, unidas por su común protestantismo y por mil consecuencias diversas, han llegado a ser una nación.

Ejecutar a María era una enormidad. Pero se presentó y se abrió una demanda en ese sentido, y Cecil luchó

por ello, con todo su poder, contra los obstáculos morales, y al fin triunfó. Tenía que encontrarse un pretexto y éste se encontró así: el segundo de Cecil, Walsingham, su principal espía, extremadamente eficiente para este oficio, envió un agente provocador (en inglés moderno popular un "nark"), para armar un nuevo complot, de los ya innumerables que se tramaban en el exterior contra Isabel. Este agente, un renegado católico de apellido Giffard, indujo a un grupo de exaltados, refugiados católicos en Francia, con un rico y romántico joven llamado Babington a su cabeza (nominalmente), a planear la liberación de María de la prisión, para colocarla en el trono inglés, y, finalmente, forzar a Isabel, y, si fuera necesario, matarla.

Plantear una rebelión contra el soberano reinante, y especialmente considerar su muerte, era alta tración; la intervención esencial de Walsingham fué sostener que María participaba en el complot, y especialmente, en el asesinato de Isabel. Para afirmar esto, se construyó un sistema, en que las cartas iban de los conspiradores a María Estuardo y de ésta al mundo exterior, cartas que podían ser leídas sin que ella lo supiera. Se sobornó a un intermediario, a quien se suponía fiel adherente a María, pero que era en verdad un traidor pagado por Walsingham y sus agentes. En una de estas cartas, enviada por Babington, se aludía al asesinato de Isabel. María la contestó. En esta respuesta, ¿participaba del proyecto de matar a la reina reinante inglesa?

Walsingham dijo que sí. Pero el original de la carta, que quedó en posesión de Walsingham, no fué jamás exhibida por éste, que no se atrevió a ello. Se ha visto que, por lo menos, una frase muy importante de la

carta ha sido deliberadamente falsificada por Philips, uno de los agentes de Walsingham, con el consentimiento de éste, y que no estaba escrita por María; es la frase en que ésta pedía una lista con los nombres de los que iban a cometer el asesinato. Es verosímil que la acusación de Walsingham era falsa y que María jamás consintió en la muerte de su prima: ella lo negó vehementemente, desafiando repetidamente a sus perseguidores a exhibir las cartas originales, lo que ellos rehusaron. Basados en sus palabras, desprovistas de toda prueba, ella fué condenada a muerte.

Pero Isabel comprendía cuánta sería su responsabilidad a los ojos de toda Europa, cuán abominable sería llevar al cadalso a un soberano consagrado, a su legítima prima y heredera, a la verdadera reina de Inglaterra. Pero Cecil era demasiado poderoso para Isabel, era su amo. El decreto había sido firmado, pero Isabel no había dado aún su consentimiento a su ejecución. Cecil tomó sobre sí esa responsabilidad, y sin el permiso de Isabel, María Estuardo fué decapitada el 8 de Febrero de 1587.

Este ultraje produjo una tremenda tempestad en toda la Cristiandad. Felipe de España lanzó su Armada contra Inglaterra, pero la Armada fracasó. Todo este conjunto de sucesos, que terminaron con el fracaso de la Armada, significaron una crisis decisiva y final, el triunfo de la Reforma Inglesa. En adelante los planes de Cecil, progresivamente triunfantes, estaban asegurados y no había lugar a retroceder.

Muchas otras cosas se siguieron de la tremenda muerte violenta sufrida por María a manos del gobierno inglés, entre las cuales la más importante fué tal vez el

precedente que dió contra la moral y las ideas del tiempo, el precedente de un soberano ajusticiado por sus súbditos, precedente con trágicos resultados para su nieto Carlos I.

A través de la historia de María Estuardo se dibujan una serie de hilos intersectados, que podemos enumerar así: era la representante del legitimismo, y su tragedia pone fin al derecho, hasta entonces inexpugnable en moral, del gobierno de la sangre real. En seguida, fué el símbolo del catolicismo en Gran Bretaña, y su tragedia marcó la derrota del catolicismo. En tercer lugar, su tragedia significó también la absorción de la nación escocesa por la influencia de Inglaterra.

El hijo de María Estuardo, Jacobo, a quien ella no vió más después de que era sólo una guagua, fué educado en el calvinismo por la influencia de Cecil, y fué mantenido por el gobierno de Cecil. Aceptó vergonzosamente la muerte de su madre, y fué recompensado con el trono inglés a la muerte de Isabel, que le entregó el hijo de Cecil, Roberto. Reinó como Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, uniendo ambas naciones bajo una sola cabeza.

La historia de esta desdichada mujer sigue y seguirá llena de problemas sin solución. María Estuardo será siempre mártir para unos, criminal para otros, mientras sobrevivan las pasiones religiosas alrededor de su nombre. La autenticidad de las "Casket Letters", a las cuales aludí, y que se presumió que probaban su complicidad con Bothwell en el asesinato de Darnley, es aún debatida; y uno de los elementos —y no el menos trágico— de esta tragedia, es que es aún imposible precisarla completa y con certidumbre histórica.

W I L L I A M   C E C I L

WILLIAM Cecil, mejor conocido como Lord Burghley, título que tomó después de llegar a los grandes triunfos, en la mitad de su carrera, es el creador de la Inglaterra protestante, casi podría decirse de toda la Inglaterra moderna, pues está en la raíz de la Iglesia de Inglaterra, la típica gran institución que deriva de la Reforma inglesa. Bajo su gobierno se sembraron las semillas que luego se desenvolvieron en lo que es hoy el sistema político y social inglés.

Se ha anotado muchas veces, que, más que cualquier otro país europeo, Inglaterra está dividida de su pasado. Cuando Inglaterra se hizo protestante, fué otra cosa nueva, y la vieja Inglaterra católica de los siglos anteriores a la Reforma, es, para el inglés posterior a la Reforma, un país extranjero. El verdadero artesano de este cambio prodigioso, era William Cecil, Lord Burghley.

Thomas Cromwell liquidó la ruptura con Roma y lanzó a Inglaterra a la aventura. William Cecil, por su propio genio y el de su hijo Roberto, realizó el trabajo esencial de cambiar a Inglaterra de país católico en protestante. El desarraigó la Fe de la mente inglesa,

impidió que Europa Católica acudiera en socorro de la Inglaterra Católica, instituyó y mantuvo un régimen de terror, con cuya larga duración la Misa fué al fin aplastada en el suelo inglés.

La falsa historia oficial, que ha sido enseñada por tanto tiempo, atribuye lo que en verdad fué la acción de Burghley a la reina Isabel. Se ha creado una falsa leyenda para exaltar la figura de esta infeliz y extraviada mujer, que no fué en verdad sino una figura decorativa, pues William Cecil fué quien, en verdad, moldeó los hechos a su voluntad.

Fué un gran genio político. El genio habitaba un carácter ruin: miserable, astuto, avaro, radicalmente falso; moralmente, era un alma doble, análoga a su cuerpo y rostro de brujo, pero intelectualmente era de una estatura suprema. A su excepcional inteligencia unía una industriosidad infatigable y una memoria prodigiosa, que vencieron a todos sus rivales en el período de su elevación y poder. Vivía entre hombres preocupados de los bienes eclesiásticos, del placer, de la intriga por conquistar empleos cortesanos, por pensiones, por saquear fragmento tras fragmento de la fortuna regia que dilapidaban. Ninguno hizo nada, a menos que se llame trabajo al perseguir esos fines. William Cecil trabajó toda su vida con una voluntad de hierro y una comprensión de cada detalle sin paralelo en su tiempo y apenas igualada antes o después. Tenía también una tenacidad invencible, persiguiendo sin desviarse un plan inicial, y amoldando a él todos los acontecimientos contingentes. Tenía un conocimiento profundo de los hombres, eligiendo a sus servidores con destreza y jugando con la debilidad de los que estaban a su alrededor.

Actuaba admirablemente, podía casi siempre elegir una víctima, y el "viejo zorro", como lo apodaban al final de su carrera, ganaba casi todos los conflictos en que se comprometía.

No tenía alegría; casi se podría decir que no tenía religión. Su móvil no era el odio a la Iglesia Católica, como lo encontramos en Cranmer o en su propio servidor y principal espía, Walsingham, jefe de su departamento de investigaciones. Destruyó la Iglesia de Inglaterra porque deseaba asegurar sus bienes y los de la pandilla cuya cabeza era él, los nuevos millonarios que habían cogido el botín de la Iglesia.

El no era —cosa bastante rara— un ladrón de bienes de la Iglesia; la gran fortuna de los Cecil, que es una familia importante hasta hoy, vino de la traición a los amigos, el disfrute de puestos lucrativos, y todo cuanto pueden hacer hombres inescrupulosos que están en el poder por su propio enriquecimiento. Las tierras que tenían eran en gran parte de la Iglesia, pero de segunda mano. Si no recuerdo mal, los Cecil no tuvieron grandes porciones en las primeras expoliaciones. Pero eran, desde William Cecil, su fundador, las cabezas más típicas y representativas de cuanto la nueva riqueza levantó sobre las ruinas de la religión en Inglaterra.

William Cecil era, como Gardiner, de una familia de rango mediano. Su padre era lo que hoy llamaríamos un empleado permanente del servicio gubernativo, teniendo un empleo en la casa de Enrique VIII. El abuelo de William, padre de ese funcionario, tuvo un hotel en Stamford, pueblo que se yergue en la gran vía romana que va al Norte desde Londres, a unas 90 millas de la capital. Cerca de Stamford, en una colina al

Sur, está el convento de Burghley, sobre cuyas ruinas fué erigido después el magnífico palacio que aún posee la familia, y que dió el título a William Cecil.

El funcionario de Enrique VIII puso al muchacho en Cambridge, a los quince años de edad, justamente después de que Thomas Cromwell rompía con el Papado. No ascendió muy rápidamente: tenía casi 30 años cuando el padre de su segunda esposa lo presentó al Protector Somerset, tío de Eduardo VI, el hombre que intentó imponer el calvinismo en Inglaterra durante el breve reinado de aquel príncipe. Llegó a ser secretario de Somerset, conociendo todos sus secretos y guardando todos sus papeles.

Entonces vino su momento. Después de ser secretario de Somerset por menos de dos años, otro miembro de la pandilla que manejaba al infortunado niño-rey, Dudley, complotó para tomar el poder y desalojar a Somerset. Este, en el peligro se volvió hacia su secretario, y quedó espantado al ver que había sido traicionado. No conocemos los detalles de esta traición, pero sabemos que William Cecil saltó bruscamente de una posición moderada (de lo que sería hoy día unas £ 800 al año) a una gran prosperidad. Más aún, su patrón, a quien había entregado a su antiguo señor, lo hizo secretario del Consejo, esto es, le dió el manejo de los papeles de Estado y el conocimiento de los secretos de Estado. Por cierto que en tal posición su riqueza siguió aumentando.

Aunque conspiró (con el resto del Consejo) contra María, se las arregló para salvarse. Se conformó externamente con la religión nacional durante el reinado de la reina católica, y se acostumbró a llevar un par de

enormes rosarios para demostrar su celo. Cuando María murió, en 1558, colocó a Isabel en el trono, y ésta dependió, durante los veinte años siguientes, de su vasta capacidad política. El le sugirió un plan para liquidar gradualmente a la jerarquía católica, el que creó un comité secreto para fabricar la nueva religión, poniendo a su cabeza, como Arzobispo, a un viejo amigo de Cambridge, compañero y dependiente suyo, Parker.

Su sutileza en desrielar gradualmente a Inglaterra de los moldes católicos fué sorprendente. Durante los primeros años de poder, tenía frente a sí un país, cuya masa total era aún enteramente católica, en la práctica, los hábitos cuotidianos y la tradición. No podía desafiar directamente a una fuerza de esa especie, pero sí minarla; jugó la carta del sentimiento nacional; contaba con que Felipe de España, el principal campeón católico, hiciera presente al Papa que la nueva Iglesia de Inglaterra era, después de todo, tolerable, y que el cisma no sería permanente.

Entre tanto, impedía toda acción directa del Papa en Inglaterra, no permitiendo desembarcar al Nuncio. Aunque se habían dictado las primeras leyes que regulaban la adoración, en todas las parroquias, por el nuevo culto anglicano, sin embargo las autoridades aceptaban un amplio margen de tolerancia, yendo lentamente para trabajar más firmemente con el tiempo. Se podía comulgar en la forma anglicana, y más tarde en la forma católica, del mismo párroco, y Cecil se ufanaba de que nadie sufría por causa de traición, sino sólo por traición al Estado.

Durante toda su vida jugó esta carta del sentimiento nacional como la más fuerte contra Roma. Entre tan-

to, aunque exteriormente aliado de España y aún dependiendo de España para mantener la insegura posición de Isabel, trabajaba subterráneamente para llegar a una ruptura con España. Jamás se mostró mejor su genio que cuando, con el pretexto de protegerlos de la piratería, y de examinar las credenciales del metálico que iba a bordo, detuvo en puertos ingleses los barcos españoles que se habían refugiado allí a causa de los piratas, mientras iban a llevar la paga de los soldados del rey que peleaban contra los rebeldes holandeses. Cecil calculó que España no lucharía, pues necesitaba de Inglaterra, por pequeña y débil que fuese ésta, como aliada contra Francia. Fué un gran riesgo, pues si Felipe hubiera declarado entonces la guerra, el juego de Cecil se habría arruinado; pero España no declaró la guerra, y se mantuvo abiertamente la amistad entre las dos Coronas, aunque desde ese momento Felipe de España supo que Cecil trabajaba contra él.

El esfuerzo español en Holanda fué bloqueado por falta de municiones, y, entre tanto, los principales jefes de la vieja nobleza católica en Inglaterra se levantaron en son de rebeldía, el décimo año del gobierno de Cecil. Esta fué la oportunidad de Cecil, que él mismo se creó. La rebelión católica fué derrotada con ferocidad espantable, ahogada en sangre. Cecil pudo usar desde entonces del pretexto de que la adhesión a la religión universal de la Cristiandad era, en un súbdito de la reina Isabel, traición. Los complots por el restablecimiento del catolicismo, y, por consiguiente, por la destrucción de Isabel, eran vigilados, descubiertos y fomentados por Cecil y sus sistema de espías, extraordinariamente eficiente, a cuya cabeza estaba su segundo, Walsingham.

El más famoso ejemplo de su habilidad en esta línea fué su actitud con John Hawkins, el pirata y negrero, maestro de Drake y, junto con éste, el mejor marino de su tiempo. Cecil descubrió que Hawkins negociaba secretamente con el rey de España; a raíz de este descubrimiento, la vida de Hawkins quedaba en manos de Cecil, y éste lo obligó a seguir actuando como agente, y a seguir siendo amigo de Felipe, continuando su correspondencia con España. De tal manera, Cecil supo todo lo que hacía Felipe.

En seguida, patronizó a Drake, junto con desautorizar las piraterías y asesinatos de este bucanero, disculpándose ante España por los daños hechos y a veces indemnizándolos, pero sosteniendo siempre subterráneamente a Drake y entregándole un pequeño porcentaje de su botín por vía de paga. Socorrió a Drake en las consecuencias más obvias de sus crímenes, especialmente en el asesinato de Doughty (pues hoy sabemos algo que estuvo largo tiempo oculto, a saber que Cecil impidió la persecución de Drake por la familia de Doughty cuando ésta pedía justicia).

Entre tanto, naturalmente, podía iniciarse una persecución abierta a la Fe católica en Inglaterra, con el pretexto de la rebelión reciente. La vieja nobleza, a cuya cabeza estaba el duque de Norfolk, fué humillada, y el joven duque, aunque ardiente protestante, fué atraído por Cecil (que fingía una gran amistad) a una posición tal que el duque fué llevado al cadalso. Desde ese momento (1572) Cecil no tenía rival. Estaba en el pináculo del poder, teniendo ya más de 50 años, y dominaba completamente a la enfermiza e irritable reina en cuyo nombre actuaba.

La persecución se hizo más intensa hasta ser, como lo he dicho, un reinado del terror. Pero siempre Cecil, actuando sobre el patriotismo natural de Inglaterra e insistiendo en que preservaba la integridad e independencia del reino, sostenía que las repugnantes ejecuciones y todo el sistema de represión y de policía secreta no era religioso en sus móviles, sino sólo político. Conservó su fórmula: "nadie ha sufrido por su religión, sino por traición".

Apreció exactamente el momento en que la debilidad de Francia (por la guerra religiosa que estalló en ese país) le permitiría desafiar a España y acentuar el carácter, ahora decisivamente protestante, del gobierno inglés. Suprimiendo toda facilidad educacional a los católicos, dando todos los cargos académicos, judiciales y ejecutivos a sus criaturas, preparó la formación de una joven generación inglesa, dentro de la cual una fuerte minoría (gradualmente convirtiéndose en mayoría) era opuesta a la Fe. Pero logró mantener aún incierto al inglés medio sobre si se trataba realmente de una lucha entre el catolicismo y sus enemigos, o sólo entre Inglaterra y sus adversarios políticos.

Cuando ya era anciano, empezó a elevar a su segundo hijo Roberto (a quien educó cuidadosamente en los negocios políticos, y de igual capacidad que su padre en inteligencia y energía) en la dirección de la política. Entonces vino la hora de prueba de la Invencible Armada. Si ésta hubiese triunfado, habría ocurrido, naturalmente, un gran movimiento católico, que evidentemente habría tenido éxito. Isabel habría seguido su inclinación natural, siguiendo la natural devoción católica de su pueblo; Cecil habría huído si lo hubiera po-

dido, o habría sido llevado al cadalso. Pero la Armada fracasó, y con su fracaso, el gran experimento de Cecil echó raíces y quedó bien fundado.

Tenía entonces cerca de 70 años, falleciendo poco después. Su segundo hijo, tan astuto como su padre, era un enano jorobado de enorme cabeza, que heredó de su padre y continuó el excelente sistema de espionaje que era la base de su poder. Este Roberto Cecil (más tarde lord Salisbury) vivió lo suficiente para ver el triunfo definitivo. Tal vez no fué él quien formó el complot de la Pólvora, pero sí lo conoció y lo fomentó; su triunfo con este motivo significó el colapso de la Fe en Inglaterra.

Los que simpatizaban en una u otra forma con el catolicismo (los católicos ardientes eran ya una minoría) se dividieron desde entonces en varios sectores. Había transcurrido casi una generación desde que la Misa había sido prohibida en Inglaterra; los heroicos esfuerzos de los Jesuítas para crear una reacción, fracasaron, y aunque, en números estrictos, los opuestos a la Iglesia Católica no eran una gran mayoría, daban el tono a la sociedad.

Entre 1605 y 1612, en que murió Cecil, se planteaba ya ante el mundo como un poder protestante, el único gran poder protestante de Europa, y esto no era sino la consumación de la obra de William Cecil. Más que ningún otro hombre, él hizo posible la liberación de las provincias holandesas de su legítimo rey español, y aunque una fuerte minoría holandesa era aún católica, el nuevo poder holandés estuvo al lado de Inglaterra como centro protestante. Así quedó cumplida la gran obra de William Cecil en Inglaterra y en Europa.

Por esto, ese período decisivo de la historia inglesa debería llamarse con propiedad "el reinado de los Cecil". Ellos elevaron al trono —como antes a Isabel— a Jacobo I, ellos guiaron a la nación en los nuevos senderos.

Tal fué William Cecil; uno de los más grandes y de los más viles hombres que hayan vivido. Su obra ha perdurado más allá de él y de sus asociados, por varios cientos de años.

ENRIQUE IV DE FRANCIA

Al iniciarse el siglo XVII, la Reforma entra a su segunda fase. La primera había sido una lucha universal para decidir si la Fe retendría o perdería *a toda Europa*. La lucha había sido acompañada en España por violentas represiones, en Alemania por conflictos locales, compromisos y conferencias, en Francia por una violenta guerra civil.

En Inglaterra, la Fe había sido vencida por la constante presión del gobierno, y, con la pérdida de Inglaterra (y de Escocia, ahora bajo el poder protestante), la posibilidad de una completa victoria para el catolicismo estaba perdida, hacia 1606.

Viene ahora en toda Europa una segunda fase, más política y menos religiosa que la primera, una división de Europa en dos partidos, católicos y protestantes, que luego cristalizó y se hizo permanente. Francia, después de su exhaustiva guerra civil, cayó dentro del bando católico, pero no totalmente. Los debilitados contrincantes terminaron por un compromiso.

Enrique IV es la figura típica de este compromiso. Es un símbolo de aquello en que terminaría la gran lucha religiosa del siglo XVII.

Habría parecido que ella terminaría en la completa dislocación del catolicismo y su sustitución por una serie de sectas protestantes, cuyo entusiasmo pronto decaería, dejando detrás una civilización en ruinas; o que la reacción católica podría imponerse y salvar completamente la situación, y los Estados y ciudades que se habían rebelado contra la unidad religiosa y habíanse incautado de los bienes de la Iglesia, serían reconquistados por el catolicismo, en parte por los misioneros pero, en mayor parte aún, por la victoria de los príncipes y pueblos católicos en las guerras religiosas.

Pero, en los hechos, no triunfó ninguna de estas soluciones. La lucha terminó sin decisión definitiva. Hacia mediados del siglo XVII (1650), las dos culturas se afirmaron, cada una en su región, y quedaron frente a frente. La cultura católica no pudo reestablecerse completamente en la Cristiandad; la cultura protestante no se esparció, como lo esperaba, por toda la Cristiandad.

El primer síntoma de lo que ocurriría tuvo lugar en Francia, al comienzo de esta segunda fase, un poco antes de 1600, después de las guerras religiosas. La guerra entre la vieja religión y sus enemigos había durado todo el transcurso de una vida humana, y las fieras luchas, guerras civiles, insurrecciones populares, etc., relacionadas con la querella, se habían extendido a lo largo de más de cincuenta años.

El activo gobierno del pueblo francés había estado durante muchos siglos en manos de la dinastía llamada los Capetos, por su fundador, Hugo Capeto, primer rey de esa dinastía. La monarquía francesa tenía una ley de sucesión estricta, en que el heredero masculino debe subir al trono a la muerte del último rey. La co-

rona de Francia no podía ser heredada por una mujer ni por sucesión femenina. Por varios siglos, ella pasó de padre a hijo sin interrupción; pero el último de sus reyes no tuvo hijo que le sobreviviera, sino una hija, y lo mismo el hermano que le sucedió, de modo que el más próximo heredero varón era un primo. Aunque éste era de la Casa de los Capetos, tenía el feudo de Valois, por eso sus sucesores fueron los reyes de la Casa de Valois.

Cuando la Reforma llegaba justamente a su cúspide, cuando María quería restablecer el catolicismo en Inglaterra, y el Emperador en Alemania trataba de mantener la paz entre ambos bandos, se pudo ya presentir que la Casa de Valois se extinguiría. Venía una sucesión de tres jóvenes enfermizos, ninguno de los cuales tenía, ni probablemente tendría herederos. El próximo heredero masculino, era un primo lejano; para encontrar un antepasado común entre él y el soberano reinante, había que retroceder trescientos años. Este primo lejano pertenecía a una rama menor de la Casa Capeto que tenía el título de Borbón, a causa de sus tierras, en el centro de Francia. Antonio de Borbón, el jefe de la familia, en el tiempo en que esos muchachos enfermizos ocupaban sucesivamente el trono francés, llegó a ser rey del pequeño país vasco, en la frontera francesa del Sur, el reino de Navarra. Siendo heredero próximo, se declaró por la causa protestante, y su hijo Enrique fué educado como protestante: era un joven nacido para soldado, muy distinto de sus enfermizos primos los Valois.

Más o menos la mitad de la nobleza de Francia se unió a la revuelta religiosa, esperando, como sus seme-

jantes los señores ingleses, sacar una buena ganancia de ella por la expropiación de las propiedades de la Iglesia, como había ocurrido en Inglaterra, Escocia, Alemania del Norte y Suiza. Atacaron al gobierno legal de los Valois, partidario de la vieja ortodoxia. Estos ataques, empezando en escaramuzas y complots contra la vida de individuos, se transformó en una guerra civil regular, llamada en la historia de Francia, "guerras de religión".

Los rebeldes protestantes eran llamados Hugonotes, y el jefe de esa facción fué el heredero presuntivo del trono, Antonio de Borbón, rey de Navarra. Sin embargo, el más poderoso entre los hugonotes era uno de los ricos hermanos Coligny llamado "el Almirante", por ser Almirante de Francia, esto es, dirigía los asuntos navales, tomando su renta de los naufragios, una porción de las presas, etc. Entre sus opositores del bando católico, el más poderoso era el duque de Guisa, de la casa de Lorena.

La facción de los Coligny asesinó a un Guisa, y éstos, a su vez, vigilaban, para poder en un momento destruir el poder de Coligny y de sus secuaces hugonotes. La Corona no era en realidad controlada por los reyes, sino por su madre, Catalina de Médicis, mujer de gran energía e inteligencia, determinada a no someterse a ninguna facción; pero la más peligrosa, en ese instante, era la de los hugonotes, y su jefe Coligny. Si triunfaban en la guerra, podían dirigir todo el país, cambiar su religión, repartir, por supuesto, los bienes de la Iglesia y llegar a ser (como los nobles ingleses), más ricos que la misma Corona.

Sucedió que una gran cantidad de hugonotes había

llegado a París, para asistir a las bodas de Enrique de Borbón, hijo del rey de Navarra, con la hermana del rey, hija de Catalina de Médicis. Coligny, activamente complotando, amenazaba también en París a la misma Corona. La reina madre decidió asesinarlo. El populacho de París estaba intensamente exasperado contra los hugonotes, muy poderosos en el Sur de Francia, y cogió la oportunidad: el primer ataque contra Coligny fué la señal para un levantamiento general del pueblo de París, en una escala inesperada. El pueblo parisiense persiguió a los caballeros hugonotes en sus casas y los asesinó en las calles, haciendo una masacre de ellos y de sus servidores. En los grandes disturbios de esta especie, caen muchos que están poco o nada relacionados con el objeto real de ellos; los deudores aprovechaban la oportunidad para deshacerse de los acreedores, los celosos de los rivales. Es sabido que murieron muchos en masa, pero el número probable de víctimas en París fué de dos mil, mas hubo también levantamientos en otras ciudades. Este violento estallido del sentimiento popular contra la nobleza que fomentaba la guerra civil es llamada Masacre de San Bartolomé, pues sucedió en la Vigilia del Día de San Bartolomé, y continuó durante ese día (23 y 24 de Agosto de 1572).

Es probable que esa fecha para atacar a los hugonotes fuera elegida y no se produjera según el azar. Los hugonotes habrían cometido un asesinato a traición de católico el mismo día de San Bartolomé, tres años atrás, y se decía que la familia real había jurado vengarse. De todos modos, la jornada es denominada "la San Bartolomé".

El joven Enrique de Borbón salvó difícilmente su

vida. La masacre tuvo un doble efecto. Exasperó las guerras religiosas, añadiendo un motivo poderoso de venganza al motivo originario de la diferencia religiosa (que era principalmente la avaricia en la nobleza hugonote), pero tuvo también el efecto de espantar a la facción hugonote, que no había supuesto el odio popular que había contra ellos. Demostraba que el temperamento de París, que contaba tanto en la política francesa, estaba contra la Reforma, rechazándola y tratando a sus partidarios como a traidores, rebeldes y ladrones públicos.

Las guerras religiosas siguieron con violencia. Antonio de Borbón, rey de Navarra, murió y le sucedió su hijo Enrique, que continuó dirigiendo las fuerzas hugonotes en la guerra civil. El último de los Valois era ahora rey con el nombre de Enrique III. Su salud era mala, no tendría hijos, y reconoció como heredero a su primo Enrique de Borbón, ahora rey de Navarra. Pero París tenía tal odio a la facción protestante (así como el resto del país), que rehusó aceptar como futuro rey a Enrique de Navarra, prefiriendo romper la tradición inmemorial de tener al primogénito varón de la Casa Capeto como monarca, preparándose a poner sobre el trono a otro heredero de menos derecho.

El principio de la monarquía hereditaria en la línea masculina era tan fuerte en Francia, en la época, que esto parecía una solución desesperada. El rey Enrique III dejó la capital y se refugió en la Corte de su primo Enrique de Navarra, sitiando ambos la capital. Un individuo particular, particularmente excitado contra la facción hugonte, pidió una entrevista con Enri-

que, que le fué concedida, y en el curso de ella, lo hirió de muerte.

Con la muerte del último Valois, Enrique de Navarra era legítimo rey de Francia. Tenía a su servicio al fuerte ejército hugonote y, debido a su derecho hereditario, aunque era protestante, se le unió una parte de la nobleza católica. El acto de París de preferir la religión al derecho hereditario les era odioso; pero París resistió y fué el centro de resistencia contra el rey Borbón.

Hasta ese momento, parecía probable que Enrique de Navarra realizaría su derecho a la sucesión, y que Francia tendría un rey protestante. Si esto hubiese tenido lugar, los jefes protestantes (la mitad de la nobleza del país) habrían tenido acceso al poder, habría tenido lugar una gran división de tierras de la Iglesia, según el modelo de lo ocurrido en Inglaterra, y probablemente la Fe habría sido vencida finalmente en Francia. Si Francia se hubiera hecho protestante, el centro de gravedad de Europa habría pasado a ser la cultura protestante en vez de la cultura católica.

Lo que salvó la situación fué la continuada tenacidad del pueblo de París. Aunque Enrique de Navarra era hasta entonces vencedor, estaban determinados a no ceder, y rehusaron entregarse a pesar de estar sometidos a un hambre intenso.

Al fin cedió Enrique de Navarra. Puede haberse usado o no las palabras famosas "París bien vale una Misa", pero ciertamente esas palabras expresaban sus sentimientos. El, como muchos otros de su época y su rango, no tenía realmente religión. Los predicadores hugonotes, a quienes tenía que escuchar, lo amonestaban

intensamente: era un vividor tremendamente atado al placer: lo opuesto del Puritano. Tenía las virtudes del soldado, pero no una fe real en alguna doctrina. Juzgaba que sería mejor, después de todo, aceptar la religión de la masa de sus súbditos, pues de no hacerlo así, no se le permitiría reinar en paz.

La decisión de Enrique de Navarra de hacerse católico era, como ya dije, el primer acto del gran compromiso por el cual Europa se dividió definitivamente en dos culturas opuestas, la católica y la protestante. Marcó la victoria del catolicismo popular en Francia y el término de la oportunidad (que en un momento fuera tan grande) de que el país fuera conquistado por el protestantismo.

Pero esto no era en absoluto una victoria católica, era, como ya lo dije, un compromiso. Los antiguos compañeros de armas de Enrique mantuvieron su violenta oposición al catolicismo; el brazo derecho de Enrique, Sully, que dirigió las finanzas y era el más avaro de todos los hugonotes, fué un ejemplo de ello, y en todas partes los hugonotes mantuvieron un gran poder político.

El nuevo rey los favoreció (para mantener su apoyo y reinar en paz) con el Edicto llamado en la historia de Nantes. Por este compromiso se garantizaba a los hugonotes la tolerancia y algo más. Podían retener cierto número de plazas fuertes y de guarniciones, gobernándolas independientemente, formando así una especie de reino dentro del reino.

Así, mientras en Inglaterra los católicos eran perseguidos a muerte (aunque eran aún la mitad de la población), en Francia los protestantes (pequeña minoría

noble) tenía todas esas ventajas. Podían practicar su religión, y, lo que era mucho más importante políticamente, pudieron mantener y mantuvieron esas ciudadelas independientes, desde las cuales podían luchar contra la Corona y amenazar a la masa de sus conciudadanos. Tenían, especialmente, entre esas plazas fuertes, la de La Rochelle, un importante puerto marítimo en la bahía de Vizcaya, que era como si los católicos de Inglaterra de esa época (fines de Isabel) hubiesen podido tener Portsmouth, y, digamos, Chester, York, Leicester y una cantidad de ciudades defendidas en el reino.

Tal era el compromiso, cuando Enrique fué a su vez asesinado, por otro fanático y semidemente defensor de la causa católica que (con razón) dudaba de la sinceridad del rey. Enrique IV, el primero de los reyes Borbones, murió en 1610.

Francia no era, a su muerte, un país plenamente católico; al contrario, por su acción, era un país en que había una fuerte facción anticatólica, que contaba con muchas de las familias más ricas del reino, tolerada y con fuertes posiciones, con el derecho de plantear y armar una resistencia efectiva contra la masa de la nación.

El último resultado de este dualismo religioso fué una corriente de opinión francesa que, en el curso de dos generaciones más adelante, empezó a transformar su protestantismo en una forma escéptica de anticatolicismo. Pero, con todo eso, la católica cultura de Francia había sido salvada por la abjuración de Enrique de Borbón. Y ese rey, Enrique IV, había (sin intentarlo) salvado (aunque difícilmente) la civilización de Francia y de Europa.

Mientras esto sucedía en Francia, el contemporáneo

de Enrique en Inglaterra, Jacogo I, daba un ejemplo diverso. Establecía la doctrina protestante del Derecho Divino de los Reyes, que ha sido, en el curso de las épocas, la base de la moderna doctrina de la supremacía del Estado sobre la Iglesia, del poder civil sobre el poder religioso. Cómo representó esto Jacobo I, lo explicaré en el capítulo siguiente.

JACOBO I DE INGLATERRA

JACOBO I de Inglaterra dió, a comienzos del siglo XVII, la nota que iba a afectar tanto en adelante la vida moderna. Esa nota era la independencia de las naciones, como sociedades laicas, del juicio moral de la Iglesia. Enrique IV de Francia, su contemporáneo, fué el símbolo (como lo vimos en el capítulo anterior) del hecho de que la Reforma no tuvo éxito en su tentativa para dominar nuestra civilización. En Francia, después de una lucha furiosa, en que los jefes de media nación se tornaron protestantes, y emprendieron una feroz guerra civil contra la otra mitad, la nación como unidad total se decidió por el lado derecho, especialmente gracias a la energía de la ciudad de París. Pero en Francia también se alzaba el nuevo espíritu nacionalista, y veremos qué altura alcanzó bajo Luis XIV, el nieto de Enrique IV, antes del fin de siglo.

Jacobo I sostuvo el principio nacionalista que dominó sin contrapeso durante los tres siglos siguientes. Hoy todos, por el momento, aceptan el principio de que la nación es soberana y laica, completamente independiente de todo control internacional. La nación moderna no da obediencia a ninguna moral internacional defini-

da, como lo era la Iglesia Católica con el Papado como Juez supremo, durante aquellos siglos en que se construyó nuestra civilización europea. La nación moderna no sólo es completamente independiente, sino que tampoco admite definición religiosa. Cualquier ciudadano que prefiere su fidelidad a un cuerpo religioso a su fidelidad a la nación es mirado como traidor. Las religiones de todos los tipos' son consideradas asuntos individuales. Cuando los ciudadanos difieren entre sí por lo religioso, el deber del Estado es mantener la paz entre ellos, pero no afirmarse como guardián de una de las doctrinas. Lo sagrado a lo cual todos deben adherir, la única doctrina contra la cual nadie puede protestar sin ser tildado de herejía, es la doctrina del patriotismo y el derecho de la nación a su completa independencia. No hay, por tanto, ley común entre todas las naciones.

Tal es, indiscutiblemente, el estado presente del mundo blanco, Europa, y las extensiones dominadas por Europa en América y en las Colonias y Dominios americanos. Cuánto durará este nacionalismo absoluto, nadie puede decirlo: sólo sabemos que no puede ser indefinidamente. Por su propia naturaleza crea un estado de negocios en el cual ninguna nación (siempre que sea bastante fuerte para cometer el crimen) puede abstenerse de asesinar a otra. No hay policía internacional. Por eso estamos frente a una situación que es de anarquía moral, mutuamente destructiva y (si se la lleva a sus plenas conclusiones) el fin, absolutamente cierto, de nuestra civilización.

Por el momento el nacionalismo está entronizado; y Jacobo I, al comienzo del siglo XVII inauguró su plena realidad, en el momento en que la gran masa hirviente

de la querella religiosa empezaba a cristalizar en naciones protestantes y católicas.

Se puede objetar que la iniciación de la nueva doctrina (cuyo primer nombre fué el "Derecho Divino de los reyes") y el intento de practicarla fué muy anterior. Pues tenemos siempre que recordar que, sea que se la denomine "Derecho Divino de los reyes" o "plena independencia de las naciones", viene a ser siempre (lo veremos pronto) una sola cosa, expresando la misma idea y las mismas consecuencias.

La primera oficial y pública declaración fué hecha por Cranmer, el primer arzobispo protestante de Cantorbery, en la coronación de Eduardo VI, ya en 1547, cincuenta y seis años antes de que Jacobo subiera al trono de Inglaterra. La doctrina fué enunciada en alta voz y formalmente desde las gradas del altar de la abadía de Westminster, en el sermón que Cranmer dirigió al rey-niño en su coronación. Cranmer le recordó que ningún poder en la tierra podía pretender tener algún derecho sobre el rey de Inglaterra, enunciando tal cosa como desafío directo al Papado.

Hasta entonces se admitía en la Cristiandad que las querellas entre naciones cristianas estaban sujetas a la autoridad moral general de la Iglesia, y en última instancia al Papa, en caso de disputa formal. En otras palabras, la Cristiandad era considerada como un dominio, del cual las naciones eran provincias, y se aceptaban cierta legalidad moral y cierta organización visible como fuentes de una autoridad común. En el intervalo entre la declaración de Cranmer y el advenimiento al trono de Jacobo I, la materia quedó en disputa. Para un grupo de hombres europeos —el más grande— la

nueva doctrina parecía monstruosa y revolucionaria; otro grupo, considerable, aunque mucho menor, se agarraba a ella desesperadamente, y avanzaba cada vez que podía. Sabemos cuán furiosa fué la lucha en Inglaterra: aún 24 años después de la declaración de Cranmer, el Papa afirmaba su derecho a desligar a los súbditos de facto de Isabel de su fidelidad de jure, cuando excomulgó a esta reina.

Jacobo I no fué el iniciador, sino que inauguró su plena e indiscutida práctica. Al fin de esa generación, no más de cincuenta años después, se aceptaba por doquiera que la religión de un Estado era la de su gobernante.

Es importante comprender que esta frase, que nos suena tan rara, "Derecho Divino de los reyes" es realmente idéntica a nuestra modernísima doctrina nacionalista. En la época de Jacobo I, más de 300 años atrás, se hablaba del derecho de los príncipes (monarcas), más bien que de los derechos de las naciones; pero se aplicaba igualmente tal doctrina a los Estados sin príncipe: a la república independiente democrática de Ginebra, a las repúblicas aristocráticas de Berna o de Holanda, a cualquiera de las ciudades libres alemanas, sea que las gobernaran unos pocos ricos o la opinión pública. La palabra operativa de la frase no es "rey", sino "Divino"; cuando se hablaba de "Derecho Divino" se quería decir el derecho a gobernar con responsabilidad sólo ante Dios, y no ante ninguna organización terrestre de la Cristiandad.

Jacobo I aclaró esto bastante en el discurso que siguió inmediatamente a la coronación. Pretendía llamarse con derecho "católico". La Iglesia de Inglaterra,

cuyo jefe era él, usa este término en sus fórmulas y la recita en el Credo generalmente llamado de Nicea. Jacobo subrayó este punto con todo su poder, intentando con este énfasis reconciliar (si fuera posible) con su soberanía a la mitad de sus súbditos ingleses, a la minoría de los escoceses y a la aplastante mayoría de los irlandeses que eran plenamente católicos de tradición, que practicaban si podían o, cuando no podían, pedían la Misa y la plena manifestación de los ritos de la vieja religión.

Jacobo no quería, al comienzo, perseguir esa religión como lo había hecho Cecil en nombre de Isabel. Quería obtener de todos el Juramento de Fidelidad, que lo declaraba cabeza suprema del reino, completamente independiente, dominando sobre clérigos y laicos. Por eso denunció con extrema violencia los derechos pontificios y dirigió contra ellos su política. Llamó al Papa "la Bestia de Tres Cabezas", de modo que no cabía duda sobre su actitud; reiteró la fórmula de que la corona de Gran Bretaña era imperial, es decir, no sujeta a ningún otro Estado laico, y concluía que tampoco lo estaba a una autoridad moral.

Es interesante anotar que Jacobo, en un momento de su reinado, estuvo en activas negociaciones con Roma (o, mejor dicho, con sus agentes) para ver si se podía llegar a una fórmula que eliminara las dificultades del Juramento de Supremacía. Si se encontraran las palabras que pudieran satisfacer el derecho abstracto del Papa a deponer a un monarca, desligando a sus súbditos del Juramento de Fidelidad, alguna forma verbal que a la vez hiciera patente la aceptación, por todos los súbditos, clérigos y laicos, de la plena soberanía de la

monarquía y su libertad de todo poder internacional superior, entonces él habría quedado satisfecho. No se encontró tal fórmula, pero es significativo que hiciera esos esfuerzos para descubrirla, después de su violenta y abierta ruptura con Roma.

Muchos piensan en Jacobo I como en un hombre imbuído de calvinismo, porque fué educado en la Iglesia Escocesa. Es un gran error. Fué educado, ciertamente, bajo el régimen de la Iglesia de Escocia, pero durante sus primeros años, cuando se forma el carácter, hubo una lucha sobre si esta organización religiosa o sus adversarios lo tomarían bajo su formación. Su madre, María, reina de Escocia, había muerto porque era católica y porque representaba la causa católica; Jacobo tenía una inclinación personal, si no por el espíritu católico, al menos por los individuos católicos. Su oposición a la Iglesia era política más que doctrinaria; se enorgullecía de sus conocimientos teológicos, y es justo admitir que tenía cierta razón. Era un hombre ampliamente ilustrado, de alta cultura, pero de carácter desagradable y tal vez vicioso. Consideraba debatible cualquier dogma, salvo uno que le encolerizaba, la supremacía del Papa en materia moral, incluso respecto de los soberanos.

Es imposible decir qué habría sucedido en este camino de tolerancia con los católicos bajo Jacobo I, si no hubiera sido por la acción de un hombre de genio, Roberto Cecil, el segundo de los Cecil que gobernaron sobre Ingaterra. Su padre, William Cecil, había tomado el manejo del país en 1559, preparó a su hijo Roberto para la política, y fué sucedido por su hijo sin solución de continuidad, aunque se hicieron esfuerzos en el mo-

mento de transición del poder para romper la sucesión introduciendo a nuevos favoritos. Roberto Cecil, que controlaba el gobierno cuando terminó el reinado de Isabel, fué el que dió el trono a Jacobo, pues la sucesión fué disputada y la reina no designó a nadie.

Jacobo se trasladó de Escocia a Inglaterra con escaso conocimiento de las maneras inglesas, hablaba con fuerte acento escocés, de modo que no era fácil entenderle, y trajo consigo un grupo de compañeros escoceses, altamente impopular en Inglaterra. Debemos recordar que Escocia había sido enemiga hereditaria de Inglaterra durante siglos, y era considerada todavía como extranjera. Jacobo dependió de su ministro Roberto Cecil, que no sólo tenía gran talento como estadista, sino que poseía todos los secretos de la clase gobernante que rodeaba al rey. Mantuvo firmemente en sus manos un sistema de espionaje general, y era inclinado, tal como su padre, no sólo a descubrir complots contra la Corona, sino a crearlos por medio de agentes secretos, alimentándolos y fomentándolos una vez nacidos.

El primer objetivo de Roberto Cecil era impedir una reacción católica. La política tradicional de su familia era la imposición gradual, por fuerza e intrigas, de la nueva religión sobre Inglaterra. Habían tenido tal éxito que, cuando Jacobo llegó al trono inglés, en 1603, la mitad de los ingleses eran opuestos a su antigua Fe. Muchos de esa mitad eran indiferentes a la religión, como muchos del otro bando; pero en 1603 media Inglaterra era anticatólica, y Roberto Cecil se proponía hacer con el tiempo a toda Inglaterra anticatólica; o, por lo menos, si esto fuese imposible, el que la porción anticatólica fuera tan grande, que la vuelta a la Fe que-

dara descartada. Se discute si inventó o no el "complot de la Pólvora". No hay pruebas positivas de que lo inventara: lo que sabemos es que lo conoció y fomentó cuidadosamente. La pólvora era entonces un monopolio gubernamental, y sin embargo la compraron abiertamente sobre el Támesis, en grandes cantidades, y sus movimientos eran conocidos. Cecil denunció el complot justamente en el momento en que esto produciría mayor efecto. Desde esa fecha (1606) las cosas se tornan diversas, e Inglaterra tiende a ser más y más protestante.

Cecil murió en los primeros años del reinado de Jacobo, sólo seis años después del sensacional complot de la Pólvora y de la ejecución de las víctimas. Pero su obra estaba hecha. Los católicos estaban divididos y desesperanzados, y ya no eran la masa de la nación.

Entre tanto Jacobo, durante los doce años finales de su reinado, se esforzó por seguir una política de tolerancia. No quería sólo un reino tranquilo, sino además pacíficamente unido. Casó a su hija con el absurdo Elector alemán del Palatinado, que trató de usurpar el reino de Bohemia y que sufrió allí un desastre; pero, en cambio, hizo lo posible por casar a su hijo (el único varón sobreviviente) con una de las grandes familias reinantes católicas. Fracasó en su intento matrimonial con España, pero logró concertarlo con la casa real de Francia. En las estipulaciones matrimoniales se convenía que los católicos de Inglaterra serían libres para practicar su religión. Hizo cuanto pudo por impedir la matanza de sacerdotes, siendo el creador de la política de los Estuardos de llegar a una tregua religiosa, lo cual es una de las grandes acusaciones que los historiadores oficiales posteriores han hecho contra la dinastía. El, y

después su hijo y sus nietos Carlos II y Jacobo II, trabajaron por la tolerancia, no porque vieran en la tolerancia religiosa algo bueno en sí, sino porque la consideraban una buena política. Sin embargo, por sobre toda otra cosa, a los ojos de Jacobo I, debía ser salvada la independencia completa de la Corona inglesa, y esto sólo era posible sosteniendo y continuando la política protestante de sus antecesores, sosteniendo el Derecho Divino, regando y alimentando esta planta hasta arraigarla firmemente, y desde sus días ella se ha esparcido por doquiera, de modo que hoy (con otro nombre) es indiscutida —con las consecuencias que son visibles.

FERNANDO II

EL Emperador Fernando II representa en la gran lucha religiosa del siglo XVII a las fuerzas de la reacción católica, generalmente llamadas de la Contrarreforma. Pero si sólo representara eso, su éxito parcial y su fracaso parcial serían menos interesante de lo que son. Representa también otro rasgo que se había incorporado a la lucha y que la afectó mucho, el Nacionalismo.

En la Cristiandad, los intereses particulares de los príncipes, ciudades, distritos, naciones y aún razas o grupos de cultura, concordaban con los intereses generales de la Cristiandad unida. Un aspecto fundamental de la Reforma fué el esfuerzo de los revolucionarios religiosos para afirmar políticamente la independencia local contra las autoridades superiores y, en último término, contra la autoridad moral suprema de la Iglesia en toda Europa.

Es conveniente llamar nacionalismo a esta fuerza porque fué más poderosa allí donde el afecto de los hombres por su nación y el lógico anhelo a su independencia absoluta, estaban en acción. Pero era la misma fuerza aún allí donde no habían naciones. Fué, por ejemplo,

la fuerza que armó a los eslavos de Bohemia contra los grandes propietarios alemanes, contra la dinastía alemana que los gobernaba y el Imperio del cual formaban parte. Este fué el significado principal de la herejía hussita y de las guerras que la siguieron, en el siglo anterior a Lutero. En Inglaterra, el sentimiento nacional se había hecho más fuerte en el siglo anterior a la Reforma, y aún un poco antes. Habíase acentuado con el uso del inglés como lengua hablada en Inglaterra por todo el mundo. Cien años antes de la Reforma la clase gobernante inglesa hablaba en francés, y esto fomentaba el sentimiento internacional cosmopolita y, en consecuencia, la adhesión a la autoridad de la Iglesia. Incluso algunos años después de 1400, media generación después que Chaucer había comenzado a escribir, los hombres más prominentes de Inglaterra pensaban, escribían y hablaban en francés; por ejemplo William de Wykcham, fundador del New College en Oxford, que, aunque nacido en una pequeña ciudad del Hampshire (apenas superior a una aldea), y no siendo rico, hablaba en francés. Pero en la época de Juana de Arco, digamos hacia 1430, el inglés había pasado a ser la lengua universal de todas las clases. La clase superior no siguió pensando ni hablando en francés y esto se agregó poderosamente a la unidad y al sentimiento común de la nación.

Algo semejante, un crecimiento del sentido nacional separado, se produjo también en España, aunque habían allí varios reinos que sólo se ligaron en vísperas de la Reforma.

Lo mismo sucedió en Francia: un fuerte espíritu nacional se hizo visible en este país en el mismo tiempo

que en Inglaterra, aunque no tan centralizado, simple y coherente como allí.

En el caso del Imperio alemán, con vastos y diversos territorios, apenas se puede hablar de nacionalismo; pero existía el fuerte sentimiento particular del poder hereditario de una familia, de las antiguas libertades de una ciudad libre, de independencia, tan amplia como fuera posible según el poder territorial, desde el pequeño señor campesino hasta el Duque o Conde de toda una provincia.

Fernando II después de cien años de división religiosa entre los alemanes, intentó restablecer el catolicismo en todos sus dominios, desde los Alpes al Báltico, desde el Rhin a la frontera de Polonia. Como cabeza de los Estados alemanes como Emperador, e individualmente poseedor de la mayor porción de territorio como príncipe particular, quiso deshacer cuanto había hecho la Reforma en casi todo el Norte de Alemania y en algunas regiones del Centro.

Si Fernando II hubiese triunfado, la vieja religión habría sido probablemente restablecida no sólo en Alemania, sino, tarde o temprano, en casi toda Europa. No habría quedado nada de la revolución religiosa, salvo las pequeñas poblaciones de Escandinavia, Inglaterra y Escocia, y tampoco puede decirse cuánto tiempo habrían éstas persistido, pues había una considerable minoría católica en Escandinavia y Escocia y una muy extensa en Inglaterra, al comenzar la empresa de Fernando, entre 1620 y 1632. Incluso si Inglaterra, Escocia y Escandinavia hubiesen quedado como fuertes gobiernos protestantes, habrían contado muy poco frente a Estados mucho más poblados y ricos: el Imperio alemán, Fran-

cia, España, Italia, Hungría y Polonia. Los protestantes juntos no habrían significado un décimo de los hombres y el dinero de los católicos, si Fernando hubiese triunfado y establecido un Imperio Católico Alemán. Pero para esta empresa de restaurar el catolicismo universal, o al menos continentalmente, Fernando II consideraba también el poder de su familia, de la casa de Habsburgo. Esta dualidad de objetivos fué en el fondo lo que ocasionó su ruina parcial.

Triunfó en gran parte. En su época la mitad del pueblo que hablaba alemán era más o menos católica, pero no logró que lo fueran todos. Tuvo que terminar con un compromiso que fué consumado después de su muerte y que, diez u once años después de esa fecha, consagró la división permanente de Alemania en dos campos, el católico y el protestante, que después no se han unido jamás.

La razón del fracaso fué que los franceses, bajo el gran ministro Richelieu, temían tanto el aumento de poder de la Casa de Austria y de la familia de Habsburgo, que, aunque eran una nación firmemente opuesta a la Reforma y eran dirigidos por un sacerdote y cardenal, un gran hombre de Iglesia, él y la nación que él gobernaba fueron los que impidieron el triunfo católico de Fernando.

Los franceses bajo Richelieu no estaban sólo espantados por el triunfo de Fernando II, sino también del éxito que tendría la otra rama de los Habsburgos, los reyes de España. El gran Emperador de la época de la Reforma, Carlos V, había dividido su inmenso dominio, que comprendía casi todo el Occidente continental, salvo Francia, y todas las colonias del Nuevo Mundo,

salvo Brasil. Como jefe de la Casa de Habsburgo, al abdicar, entregó a su hermano el Emperador alemán todos los territorios hereditarios de los Habsburgos, dentro del Imperio, el título y el poder del Imperio, cuya sede era Viena. Pero entregó a su hijo España, los Países Bajos (hoy Holanda y Bélgica), el país del Jura, algunas posesiones italianas y, naturalmente las nuevas colonias de América, allende el Atlántico. El Imperio español, gobernado desde Madrid, y el Imperio europeo, gobernado desde Viena, estaban en manos de las dos ramas —muy ligadas entre sí— de la Casa de Habsburgo, durante mucho más de un siglo. El poder español ayudó al Emperador Fernando mucho más que como simple aliado: lo ayudó con todo el poder de su Corona, considerando su causa como propia. Esto significaba que el triunfo de los Habsburgos de Viena era también el triunfo de los Habsburgos de Madrid. Todo el mundo occidental habría caído bajo esta Casa, pues Francia era el único poder continental independiente, y estaba rodeado por los territorios de los Habsburgos por todos lados. La actual Bélgica estaba en manos de los españoles. El Imperio llegaba hasta Luxemburgo, Alsacia y los montes Jura. El poder español tenía sus fronteras al Sur de los Pirineos. Sólo en la corta frontera de los Alpes había un principado italiano independiente que hacía excepción, y a poca distancia más allá empezaba el poder de los Habsburgos españoles, en las llanuras del Norte de Italia.

Por esta razón, el esfuerzo de Fernando para restaurar el catolicismo y deshacer la obra de la Reforma perdió su simplicidad de propósito y se complicó, por el deseo nacional de conservar su independencia contra los

Habsburgos, no sólo de Francia, sino de otras pequeñas potencias. Sin embargo, a pesar de esta complicación que, en definitiva, mutiló los planes de Fernando, dejándolo, a él y a sus sucesores, solo a medias vencedores, sus posibilidades de victoria eran considerables. Cuando empezó su tentativa, en 1619, hacían casi exactamente cien años que la Reforma había estallado en la misma Alemania. Sus posibilidades de éxito eran morales más que materiales. Consistían en la reacción, cada vez más amplia y popular hacia la antigua religión. En el primer ardor de la gran querella religiosa, de 1520 a 1560, la rebelión contra la vieja organización de la sociedad, incluyendo la autoridad del Papa y la inmemorial liturgia católica, triunfó en forma aplastante. Los hombres de fuerte temperamento y de mayor iniciativa estaban a ese lado, viniendo a ayudarlos, como incentivo poderoso, la oportunidad de saquear los bienes de la Iglesia, que eran enormes. Pero cuando la furia se agotó, cuando el reparto de bienes quedó consumado, la gente se dió cuenta del hecho de que lo que aparentemente era sólo una protesta confusa y violenta contra la corrupción, podía liquidar nuestra civilización, y destruir la religión sobre la cual se basaba esa civilización.

Instintivamente el elemento popular empezaba a moverse por doquiera, en la última mitad del siglo XVI, en reacción contra la revuelta religiosa hasta entonces ascendente. El movimiento fué fuertemente ayudado por el establecimiento de los Jesuítas, con su disciplina y la completa unidad de objetivos —el factor más poderoso en cualquier esfuerzo moral. Ellos sacrificaban todo y dedicaban todo a la restauración de la religión,

y después de una generación de existencia, ellos educaban a las clases gobernantes y a los príncipes, reconquistaban distritos completos por la predicación, el ejemplo y el esfuerzo organizado. Junto con esto marchaba un gran esfuerzo franciscano, en la misma dirección. Esto, y el triunfo de la Corona Francesa y del pueblo francés al impedir que el calvinismo liquidara a Francia, significó el punto de partida de la Contrarreforma, y la fuerte personalidad de más de un Papa, especialmente de San Sixto V, ayudó al éxito general.

Aunque la Contrarreforma estaba en pleno movimiento y parecía que podría reconquistar moralmente todo el terreno perdido por el catolicismo a causa de la Reforma protestante, los diversos Estados germánicos que estaban nominalmente bajo el Emperador y que eran partes del Imperio, vivían en un régimen de transacción. La captura de tierras y bienes de la Iglesia por los príncipes protestantes, por las ciudades y los señores, era tolerada, sin haber ninguna represión seria (o al menos positiva) por parte de los gobiernos protestantes, en las regiones controladas por estos poderes rebeldes.

Cuando Fernando llegó a ser Emperador, ya después de cumplir cuarenta años, determinó poner fin a este compromiso tan largamente soportado. Exigió la restitución de las tierras a la Iglesia; no ciertamente de todas ellas; sino de las confiscadas irregularmente después de los solemnes compromisos de mediados del siglo XVI en el sentido de que los que habían comenzado la expropiación prometieron entonces no continuarlas. Fernado exigió que lo que se había tomado desde esa fecha, transgrediendo el pacto, volvería para el sostén de la religión. Esta exigencia financiera causó

en todas las regiones donde se aplicó el comienzo de la lucha. Exactamente la misma cosa tuvo lugar en Gran Bretaña, pocos años después, cuando Carlos I, en menor escala, trató de conseguir la restitución de las tierras de la Iglesia en Escocia. Esta fué la verdadera raíz de la resistencia armada que encontró Carlos, y que terminó en su derrota y muerte en el cadalso. La exigencia de Fernando, en escala mucho mayor, llevó a un conflicto armado.

El acontecimiento concreto con el cual empezó la lucha fué la querella a causa del gobierno de Bohemia. El reino de Bohemia pertenecía por derecho hereditario a Fernando, y éste había sido aceptado en virtud de aquel derecho, antes de ser elegido Emperador; pero ciertos magnates bohemios, especialmente Thurn (cuya acción en este país fué exactamente análoga a la de Orange en Holanda), se rebelaron. Ellos, o los que los seguían, estaban movidos no sólo por el perder los bienes robados a la Iglesia Católica, sino por el sentimiento nacional bohemio contra los alemanes, y en parte también, por el entusiasmo protestante de una minoría. Declararon que la monarquía no era hereditaria, sino electiva; arrojaron a los representantes de Fernando por las ventanas de la Cámara del Consejo de Praga, e invitaron al único príncipe calvinista de Alemania que gobernaba el Palatinado (la región N. de Alsacia, a lo largo del Rhin), para que acudiera a Bohemia y fuera designado rey, dejando a un lado el poder del rey legítimo Fernando. El joven Elector Palatino era un hombre vano y extraviado, poco adecuado a la tarea casi imposible que se le confiaba. Pero pudo cumplirla gracias a que era apoyado por el gobierno inglés

(era yerno de Jacobo I), por la simpatía de muchos protestantes alemanes, y, naturalmente, por los ya mencionados elementos bohemos: apoyo en parte nacional, en parte religioso y en parte financiero. Marchó a Praga y fué coronado rey, pero Fernando hizo prácticos sus derechos. En un año, no sólo el Elector Palatino fué arrojado de Bohemia, sino que sus tierras hereditarias del Palatinado le fueron quitadas por traición. El duque católico de Baviera actúó aliado con Fernando para obtener esta victoria y fué recompensado con el Palatinado, que agregó a sus tierras hereditarias de Baviera. Los españoles también lo ayudaron, y pareció en ese momento que la lucha sería fácilmente decidida en favor del nuevo Imperio. Fernando había sido provocado en una forma errónea, sus enemigos le habían dado las mejores oportunidades de éxito. Muchos de los príncipes protestantes alemanes vacilaron en continuar la lucha contra su Emperador. Las ciudades rebeldes, en cambio, estaban más decididas, y especialmente Magdeburgo, ciudad muy importante que controlaba el principal puente sobre el Bajo Elba, donde formaba el obstáculo más importante para cualquier movimiento del Sur contra el Norte de Alemania.

Las armas imperiales en esa etapa de la guerra eran superiores a las de sus adversarios: más adelante diré en qué sentido. Podrían haber ganado si no hubiera sido por el hecho de que, en el momento crítico, unos doce años después que Fernando había llegado al trono, Richelieu, alarmado por el próximo triunfo de la Casa de Habsburgo en sus dos ramas, tuvo la perspicacia de alquilar a uno de quien se le había dicho que era un genio militar: el joven rey sueco Gustavo Adolfo, ya

comprometido en las hostilidades en el territorio alemán, del lado protestante. Atacaba en ese momento a su primo el rey de Polonia (en condiciones que luego describiré), cuando Richelieu negoció con él y, elevando su oferta, pudo comprar el genio militar de este hombre, a quien valoraba con criterio exacto. Richelieu no declaró la guerra contra los Habsburgos, sino que lanzó contra ellos a Gustavo Adolfo, y aunque este genio sólo actuó contra Fernando durante un año, su actividad en ese breve tiempo casi destruyó la causa católica y, en definitiva, impidió su pleno éxito.

Fernando, después de aquel golpe, vivió otros seis años, mostrando la mayor tenacidad bajo el desastre, frente a las circunstancias más difíciles y complicadas por la traición y nuevas rebeliones, restaurando su propio poder, pero sin alcanzar el fin propuesto de recatolificar a Alemania. Tuvo que ceder en el punto capital de la restitución de los bienes eclesiásticos, lo que era fatal. Empezó la lucha en 1619, la mantuvo por cerca de veinte años, hasta su muerte en 1637. Ella siguió durante una década después de su muerte antes de que terminara por agotamiento: ambos lados en la situación aproximada en que habían comenzado. La fecha de 1648 puede ser tomada como momento final, después del cual ya no hubo cuestión de unir a Alemania en torno al protestantismo o al catolicismo.

Si alguien podría haber triunfado, habría podido ser Fernando, no sólo porque tenía un gran valor y gran tenacidad de propósito, sino también la mayor devoción a la religión y un hermoso carácter. Tenía, además, algo que es de valor supremo para el gobierno de los hombres, la simpatía de las masas y de los más hu-

mildes del pueblo. Cualquiera podía acercársele en cualquier instante. La población de sus dominios hereditarios, cuando su muerte, estaba firmemente atada a él por un lazo de verdadero afecto.

Pero la fatal complicación de la ambición de los Habsburgos, temida por Francia y por todos los Estados y ciudades amenazados, impidió que el gran experimento se realizase. Sin embargo, cuando Fernando murió, pudo decir lo que la mayoría de los hombres: que intentó algo perfecto, fracasó, pero obtuvo parte de lo que quería; pudo decir, como uno de sus descendientes, María Teresa: "no hay satisfacciones completas". Por el momento, al menos, había salvado el Imperio. Richelieu y sus aliados protestantes cumplieron su objetivo de quebrantar el poder dominante de la Casa de Habsburgo. Por las armas salvaron a Francia del temor de la creciente influencia de Fernando. Pero dieron un golpe que hizo vacilar la unidad de las fuerzas católicas de Europa.

La resistencia a Fernando había costado al pueblo alemán un precio espantoso. Esta guerra, llamada de los Treinta Años, desde la revuelta de Praga (1618) a la paz final de Westphalia (1648) empobreció a los alemanes, disminuyó su cantidad casi en la mitad, dejó en ruinas o mutiladas a sus ciudades comerciales, y destruyó toda esperanza de unidad. Desde su terminación, los alemanes quedaron divididos, y el poder francés alcanzó sus más altas cumbres.

GUSTAVO ADOLFO

Al hablar del Emperador Fernando II vimos que su fracaso se debió fundamentalmente al descubrimiento de un gran genio militar por Richelieu, a que éste lo alquiló en interés de Francia, y lo lanzó contra el Emperador católico.

El nombre de este genio era Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Si no hubiese sido por su talento excepcional en el arte de la guerra, Fernando habría triunfado en unir a todos los alemanes bajo la Corona Imperial Católica, y en que el catolicismo dominara permanentemente sobre Europa. Las sorprendentes victorias de Gustavo Adolfo destruyeron esa oportunidad y Richelieu, su sostenedor financiero, fué el principal responsable.

Gustavo Adolfo era el descendiente inmediato del hombre que había expulsado al legítimo rey de Suecia de su trono. La familia real de Suecia era la de los Vasa. La Reforma en Suecia había seguido la línea habitual: los nobles y grandes propietarios de este pequeño país habíanse apoderado de la tierra y otras riquezas de la Iglesia, tal como en Inglaterra. Fueron apoyados, como allí, por una pequeña, pero entusiasta, minoría de revolucionarios religiosos, y habían establecido precariamente un gobierno protestante. Todo se hizo con

más dificultad que en Inglaterra porque se hizo después. Hubo en Suecia ricos monasterios hasta casi el fin del siglo XVI, porque, a pesar de la pequeña pandilla de los hombres que sólo pensaban en llenarse los bolsillos, hubo una sucesión de monarcas cuya excentricidad individual impidió una política continua, pues había algo de locura en toda la familia Vasa. El legítimo heredero del reino de Suecia en la segunda generación de este período era un firme católico, y, como rey hereditario de Suecia, fué elegido rey de Polonia, país que, después de larga vacilación, se inclinó decididamente al lado católico. Este legítimo rey hereditario de Suecia, Segismundo, llegó a ser a la vez rey de Suecia y de Polonia. Incluso los protestantes suecos vacilaron en emprender una rebelión y rechazar su soberanía, pues esto chocaba con las ideas de la época. Pero, impulsados por el deseo de conservar sus tierras y a la vez a mantener la independencia de Suecia y a que su política no fuera confundida con la de Polonia, haciendo jurar al joven rey que respetaría todas las instituciones de Suecia y mantendría el sistema de propiedad de la tierra nacido de la Reforma. Pero tal situación era demasiado inestable para que pudiese durar. Los intereses invertidos en las tierras expropiadas a la Iglesia, estaban, como en Inglaterra, aterrorizados ante la idea de que un monarca católico restaurara la riqueza de la Iglesia a los legítimos propietarios, y, a pesar de sus juramentos, repudiaron al rey legítimo y adoptaron como candidato al trono a su tío, un usurpador.

Cuando este usurpador, que había cogido contra todo derecho el trono de Suecia, dejó un joven heredero, de nombre Gustado Adolfo, y éste fué considerado

como el campeón de cuantos habían hecho fortuna por la revolución religiosa. Ellos no sabían que no sólo era el leader de la influencia anticatólica en su propio pequeño país (una comunidad no mucho mayor que Escocia, de cerca de un millón y medio de almas), sino un hombre único en su tiempo por el poder de moldear y dirigir una fuerza armada. El joven Gustavo Adolfo empezó impresionando a los hombres poderosos de su país por la conscripción forzada, que proporcionó una fuerza tan grande como podía tenerla un pequeño país. En seguida cruzó el Báltico y se lanzó en aventuras en suelo polaco y alemán, al Sur de ese mar. Luchó con su primo el rey católico de Polonia (cuyo trono había usurpado); en ese momento su reputación llegó a oídos del gran ministro francés, Richelieu. Richelieu tenia esa cualidad que se encuentra a menudo en la historia en los hombres que deciden con éxito el curso de los sucesos internacionales: podía prever los resultados de una personalidad. Es cierto que Gustavo Adolfo había dado ya pruebas de su talento, pero en pequeña escala y en un escenario pequeño. Richelieu jugó (si es que se puede emplear aquí esa palabra) en favor de Gustavo Adolfo, apostando a que sería lo que realmente demostró ser, un capitán de primer rango. Richelieu envió un agente para negociar con Gustavo Adolfo durante la guerra polaca, ofreciéndole dinero en gran cantidad si dirigía el ataque contra Fernando, que estaba lanzado en su experimento, hasta entonces triunfante, de reconquistar Alemania y establecer el poder del Emperador sobre las ciudades y pequeños Estados. La primera oferta que hizo Richelieu a Gustavo fué alta: tres toneles de oro. Gustavo (que siempre nos es representado

como el campeón de las causas ideales) pidió cinco. Richelieu estaba determinado a conseguir sus servicios y aceptó los cinco toneles de oro. Cuando esto quedó liquidado (no antes), Gustavo se aprestó a actuar.

Al comienzo pareció que la nueva situación no modificaría mucho la guerra política y religiosa entre los alemanes. Muchos príncipes alemanes estaban envidiosos viendo a Suecia sostener su política y apoyándola militarmente. Algunos de ellos, aunque nórdicos y protestantes, es decir, totalmente opuestos a Viena, pensaron que era mejor permanecer neutral: no sospechaban aún (ni lo entendía claramente tampoco el propio Gustavo) el vasto talento militar del rey sueco. Pronto se haría esto manifiesto.

La guerra de los Treinta Años entre Fernando y los protestantes había durado ya más de diez años. En el momento crítico en que Gustavo Adolfo entró en la lucha, ésta giraba en torno de Magdeburgo, como ya lo he dicho. Era el punto más bajo por el cual se podía cruzar el obstáculo del Elba, lo que impedía que los ejércitos imperiales que venían del Sur dominaran la costa báltica. Las tropas de Fernando pusieron sitio a Magdeburgo. Es dudoso si Gustavo pudo o no haber salvado la ciudad, y si su abstención de hacerlo fué debido a prudencia personal (porque hubiese inferido que el riesgo era excesivo) o a la obstinada neutralidad de los príncipes protestantes que estaban entre sus posiciones y aquella ciudad. En todo caso, no la socorrió, y la ciudad rebelde que tenía sobre sí la mirada de toda Europa protestante fué arruinada y saqueada por el general del Imperio Tilly y su ejército. Se cometieron horribles barbaridades y casi toda la ciudad fué incen-

diada. Aunque Tilly hizo lo posible por sujetar a la soldadesca, no puede ser absuelto de la responsabilidad por la masacre de los rebeldes.

Gustavo Adolfo publicó una defensa sobre su abstención en socorrer la ciudad, sobre cuya defensa la opinión está hasta hoy dividida. En todo caso, los abrumadores triunfos imperiales le atrajeron nuevas alianzas protestantes, y marchó hacia el Sur contra el ejército imperial, junto con sus aliados protestantes alemanes. En Breitenfeld, en la llanura al N. de Leipzig, en el borde de las colinas que limitan esa llanura, Europa conoció el genio del rey de Suecia.

Por primera vez Richelieu se encontró ampliamente justificado en haberlo alquilado para reducir el poder de los Habsburgo. En realidad Richelieu encontró que había comprado un servicio demasiado comprometedor y que podía embarazar sus propios planes. Pues Gustavo Adolfo, después que sus aliados alemanes habían sido deshechos, restauró la situación, y no sólo derrotó al ejército imperial de Tilly, sino que lo destruyó virtualmente. El resto de los imperiales luchó magníficamente durante horas, pero sólo una fracción pudo retirarse ordenadamente del campo. Todo el equipaje y la artillería se perdieron. Pareció en ese instante que la batalla daría como resultado una Alemania protestante.

Durante todo un año Gustavo Adolfo recibió más y más fuerzas de los elementos rebeldes y protestantes de todo el Imperio, y avanzó hacia el Sur y el Oeste, hasta el Rhin. Sostuvo una especie de Corte imperial en Franckfort. Casi realizó lo que haría Bismarck, más de doscientos años después, convertir el Imperio Alemán de Católico en Protestante. Los grandes poderes

europeos lo cortejaban como si estuviese ya en posesión de la autoridad imperial, y sólo habían pasado unos pocos meses de la tremenda victoria cerca de Leipzig.

Como puede imaginarse, Richelieu estaba aterrorizado por el inesperado éxito de su general a sueldo. Hizo lo que pudo para salvar la causa católica en Europa, y obtuvo promesas verbales del vencedor, pero aquél dudaba mucho de su cumplimiento. Estaba alarmado por el excesivo triunfo de su buen criterio al valorar el talento militar de Gustavo Adolfo.

Una vez que éste se hizo señor del Rhin y dominó todo el Norte y Centro de Alemania, decidió avanzar hacia las tierras hereditarias de Fernando II atacando el viejo poder imperial en su mismo corazón. Hubo un momento en que pareció que podía capturar la misma Viena. Cruzó el Danubio e invadió Baviera. El gran Tilly murió de las heridas recibidas en la batalla, y pareció que la causa católica e imperial estaba ahora realmente perdida en Alemania.

En ese momento desesperado, Fernando llamó al capitán que anteriormente había llevado a la victoria a las tropas imperiales, Wallenstein. Era un riesgo, pues el ejército seguiría al mismo Wallenstein más que al mismo Emperador, y nadie sabía lo que podía hacer Wallenstein si obtenía nuevamente el triunfo. Era totalmente inescrupuloso y jugaba sus cartas particulares. Los ejércitos de ese tiempo eran casi todos mercenarios. Seguían por paga a un jefe, y el gobierno imperial era pobre. Pero Wallenstein a la cabeza era un hombre que hacía milagros entre sus soldados.

Fernando se corrió el riesgo y Wallenstein marchó contra Gustavo Adolfo, cuyo centro en ese momento

era Nordlingen, nudo de comunicaciones entre el valle del Danubio y el Norte de Alemania. Wallenstein rehusó por largo tiempo atacar. Se atrincheró en las vecindades de Nordlingen, hasta que al fin provocó el ataque del rey de Suecia, casi exactamente un año después de la primera espectacular victoria de los suecos en Breitenfeld.

El choque ocurrió en 1632, en un día de neblina y de oscuridad. Se puede decir que los suecos llevaron la mejor parte: Wallenstein perdió su artillería y fué tácticamente batido, pero no hubo verdadera decisión, y el hecho esencial fué la muerte de Gustavo Adolfo, en medio de aquel torbellino. Probablemente se extravió en la neblina y fué rodeado por un destacamento enemigo. En todo caso, la muerte del gran héroe protestante sacudió todo el edificio de su enorme, pero efímero, triunfo.

Siguió una serie de altibajos. El prestigio sueco no pudo ser mantenido con permanencia. Las fuerzas imperiales recobraron una suficiente ascendencia para dominar más o menos a sus adversarios, pero no completamente. El Emperador, como vimos en el capítulo anterior, tuvo, doblegándose a las intrigas y subrepticias traiciones del tiempo, que dejar de mano lo esencial del problema, la restitución de los bienes de la Iglesia.

Fernando descubrió que Wallenstein lo traicionaría: el grande, pero inescrupuloso capitán tenía ahora toda la fuerza de un monarca independiente, y Fernando estaba decidido a afirmarse. Su aliado español, de la otra rama habsburguesa, le suministró un nuevo ejército, y el Emperador se condujo con admirable valor y tenacidad durante la crisis en que la probable traición de

Wallenstein amenazó su trono y su vida. Fernando tuvo la fuerza de voluntad y el criterio para despedir a aquel súbdito nominal que era en realidad su rival. Entonces Wallenstein traicionó al Emperador y entró en contacto con los suecos, que eran todavía el núcleo de las fuerzas anti-imperiales. Pero ahora el Emperador encontró hombres que lo sirvieran. Wallenstein fué hecho prisionero en sus cuarteles en el momento mismo de su traición, y fué asesinado por un grupo de oficiales del servicio imperial. Su lugarteniente proclamó su lealtad al Emperador.

Con la muerte de Wallenstein el Emperador se vió libre de su principal peligro interno, pero perdió su general más valioso. La guerra continuó lánguidamente después de la muerte de Fernando. La guerra de Treinta Años no terminó hasta la pacificación general de mediados del siglo, en los Tratados llamados generalmente de Westphalia. Estos fueron firmados justamente antes del triunfo de la revolución inglesa contra Carlos I, y se puede decir que, después de 1650, Europa quedó finalmente dividida en las dos culturas adversas que se han mantenido desde entonces. Alemania del Norte quedó firmemente protestante, y sus príncipes, señores y ciudades se quedaron con los bienes de la Iglesia, gracias a los esfuerzos de Gustavo Adolfo, y a pesar de su muerte, dieciocho años antes, y gracias también a la política de Richelieu, el sostenedor financiero de Gustavo Adolfo, que entonces también había muerto. El catolicismo se salvó en Alemania del Sur y el poder del Emperador se mantuvo, pero fracasó en hacer de sus súbditos un pueblo unificado. El gran general sueco había trabajado bien.

RICHELIEU

LA CONFIRMACIÓN DEL PROTESTANTISMO EN EUROPA

DE todas las figuras políticas que modelaron a Europa en el siglo XVII, Richelieu es el más grande y el que causó efectos más importantes. Perpetuó en Francia la presencia de una minoría hugonote (protestante) entre las clases más ricas, y confirmó la independencia de la Alemania protestante, iniciando así la decadencia de la autoridad católica representada por el Emperador en Viena. En otras palabras, fué el genio de Richelieu, más que ningún otro factor, el que llevó al empate en la gran batalla y a la exclusión permanente de la cultura católica en una mitad de Europa.

Muchas personas dicen hoy día todavía, cuando se les pregunta cuál fué la obra de Richelieu: —"La consolidación de la nación francesa por el fortalecimiento de la monarquía". Esta fué ciertamente su intención, el objeto al cual dedicó, todo lo otro era en su mente subsidiario. Pero los frutos de la acción de un hombre no son nunca los que él espera, hay siempre un resulta-

do lateral, que después de un lapso llega a ser el principal. Un hombre gana una batalla para obtener una corona, y el resultado, inesperado para él, es un cambio de idioma en un vasto territorio. Un hombre protege a un pueblo oprimido y lo libera de su opresor, y el resultado (inesperado para él y que sobreviene tal vez cien años después) es que su propio pueblo es conquistado por los que él libertó. Un hombre hace una rebelión para establecer la democracia, y resulta el gobierno de una oligarquía financiera. Así sucedió con Richelieu. Lo único que le importaba era dar unidad política al pueblo francés, lo que sólo era posible con un rey fuerte. Triunfó, pero el resultado fué dejar a Francia moralmente dividida entre los católicos y sus enemigos; y el resultado mucho más indirecto, que afectó a todo el mundo, fué la creación de una Alemania del Norte firmemente protestante (cuyo tipo es hoy el poder prusiano y todo lo que éste ha significado durante los últimos ciento cincuenta años).

El camino que siguió Richelieu en su tarea de fortalecer a Francia fué éste:

El había notado, durante su juventud, que los grandes señores, y especialmente los nobles protestantes, estafaban y debilitaban a la Corona, después del asesinato de Enrique IV. El peor de ellos fué el viejo Sully, que consiguió una enorme porción como fruto de su amenaza de fomentar la guerra civil contra la reina regente. El rey heredero de Luis XIII era sólo un niño, y tomó el nombre de Luis XIV: hasta cumplir su mayor edad quedó bajo el control de María de Médicis, una mujer violenta, pero sin sentido de la realidad. El resultado fué que los grandes pudieron hacer cuanto quisieron.

Los nobles protestantes y la clase media de las ciudades, también protestante, tomaron plena ventaja de esta posición. Recordemos que Enrique IV, por el Edicto de Nantes, les permitió poseer cierto número de fortalezas y gobernarlas como un Estado dentro del Estado, y les permitió también convocar a asambleas nacionales de su facción, lo que era una perpetua amenaza al poder central del rey. Richelieu vió que lo que primero debía hacerse para salvar a la Corona, para aumentar su poder y consolidar así a la nación, era suprimir los privilegios y tratar a los hugonotes como al resto del pueblo. Estaba decidido, cuando llegó al poder, a evitar que hubiera otro reino dentro del reino, un poder rival que amenazaba a la monarquía. Pero a la vez que estaba decidido sobre este punto, quería a la vez conservar la tolerancia del calvinismo. Richelieu fué el primero de esa larga línea de políticos que, hasta nuestros días, tratan las diferencias religiosas como asuntos privados, pensando que puede haber un país unido, sin unidad religiosa. Jacobo I de Inglaterra, como hemos visto, tenía en el fondo esa idea, pero nunca la puso realmente en práctica, porque el temor y el odio a la Iglesia Católica de sus súbditos que eran grandes terratenientes (cuyas fortunas venían del reparto de la Iglesia) era demasiado fuerte. Más aún, los grandes terratenientes demostraron a la larga ser más fuertes que la Corona Inglesa, y la destruyeron, sustituyéndole sus propias asambleas, las Cámaras de los Comunes y de los Lores, denominadas "Parlamento", en lugar de la antigua monarquía popular de Inglaterra. Richelieu vió la amenaza, aunque ella no se había desarrollado totalmente en su tiempo, y determinó que Francia seguiría el ca-

mino opuesto. Por eso se le debe no sólo que Francia se unificara políticamente como una monarquía fuerte, sino que el campesinado ganara la larga batalla con los nobles y llegara a ser propietario del suelo de Francia, en tanto que en Inglaterra las clases nobles, los "squires" se devoraron al campesinado y fueron los principales propietarios del suelo.

El primer hecho de importancia, acometido por Richelieu en esa reducción del poder político de los hugonotes franceses, fué el sitio y captura de La Rochelle, puerto y fortaleza que les pertenecía. Para satisfacer el sentimiento protestante de Inglaterra, el rey Carlos I trató de socorrer la plaza enviando al duque de Buckingham con una flota y un ejército. Buckingham casi triunfó y lo habría logrado, pero tuvo que enfrentar a un hombre como Richelieu y perdió: era un soldado excelente y trazó buenos planes, no atacando directamente, lo que habría sido una empresa más allá de sus fuerzas, sino amenazándola de flanco por la toma de la gran isla en la boca del puerto. La Rochelle fué tomada por el rey de Francia y los privilegios políticos hugonotes terminaron.

Pero el calvinismo fué tolerado como religión. En la misma época en que los sacerdotes eran martirizados en Inglaterra según las crueles formas de las cuales son abiertamente responsables los calvinistas, en la época de su poder, el calvinismo era perfectamente libre en la católica Francia. No tuvo allí mártires ni sufrió persecuciones. Aunque sus secuaces eran una minoría dentro del pueblo francés, eran una porción considerable dentro de las clases ricas, y por eso el sentimiento anticatólico en Francia se desarrolló gradualmente. Su in-

fluencia no se manifestó por mayores conversiones al calvinismo, sino familiarizando a las masas francesas con el disgusto hacia la Iglesia Católica; de modo que, después de que este fermento trabajó durante dos siglos, toda la nación quedó dividida, y permanece violentamente dividida hasta hoy. Esta división religiosa es la principal fuente de la debilidad francesa actual.

Mientras Richelieu, sin quererlo, sembraba las semillas de la división religiosa en Francia, sembró también otra semilla que había de crecer aún más, la división religiosa de Europa. Hemos visto en el capítulo sobre Gustavo Adolfo, cómo el centro de Europa iba a ser recobrado para la Fe. El gobierno de las Islas Británicas era protestante, y con él una seria mayoría de la población de Gran Bretaña, pero Irlanda era católica, y había una gran minoría católica en Inglaterra. En Holanda, donde había un gobierno calvinista, había aún una fuerte minoría católica. En Escandinavia, en cambio, había una población protestante sin resistencia católica apreciable, y nadie podía suponer que uno de estos países poco poblados, Suecia, iba a producir un gran genio militar en Gustavo Adolfo. Mucho antes que éste apareciera, Richelieu había observado con ansiedad el aumento del catolicismo en Alemania y la reconquista de tantos sectores por la Fe. Y lo que parecería hoy día que sería algo naturalmente regocijante para un estadista católico, él lo observaba con ansiedad, pues pensaba más en el poder de su rey que en el de la fe. Para hacerle justicia, no pudo ni siquiera concebir que el catolicismo en Europa estuviera alguna vez en peligro serio. Las naciones protestantes eran pequeñas y estaban divididas, de modo que le parecían una amenaza

bien escasa. Inglaterra tenía a lo más un tercio (probablemente no más de un cuarto) de la población y la riqueza de Francia; Holanda, menos aún; los tres países Escandinavos, Noruega, Dinamarca y Suecia, menos aún que Holanda, pues por grandes que Suecia y Noruega aparezcan en conjunto en el mapa, gran parte de su territorio consiste en montañas inhabitables. En Alemania, el protestantismo estaba representado por una cantidad de Estados separados y pequeños principados, celosos unos de otros, incapaces de ofrecer resistencia permanente al poder progresivo del Emperador Católico, que gobernaba desde Viena, y que estaba determinado a hacer de Alemania una nación unida bajo su mando.

Tal nación habría sido una amenaza contra Francia, y Richelieu se precipitó a impedir la realización de esa unidad. Cuando este genio militar, Gustavo Adolfo, apareció como un meteoro, inesperadamente, en el mundo internacional, comprendió que era la oportunidad, y vimos en el último capítulo que alquiló a Gustavo como soldado contra el Austria. Gustavo fué derrotado y muerto en el instante preciso para Richelieu, pues, al instante siguiente, podría haber restaurado —en otra forma— la unidad alemana. Cuando murió, había salvado al protestantismo, pero no extendido sus límites.

Richelieu, que se había sentido seriamente alarmado ante la inesparada magnitud de su inesperado éxito, se sintió de nuevo libre, pero ahora la provocación contra Austria fué casi la ruina de sus planes. El gran Imperio Español estaba gobernado por otra rama de la misma familia que la que reinaba sobre el Imperio Católico Alemán, la famiila que tomó su nombre del castillo de

Habsburgo. Los Habsburgo de España eran primos de los de Viena. Parte del Imperio Español era el país que hoy se llama Bélgica. Los españoles tenían mucho más dinero a comienzos del siglo XVII que los franceses, y aunque el poderío hispánico declinaba, nadie sospechaba hasta dónde había decaído, pues era algo interior: la apariencia exterior era aún magnífica. España llegó a obtener casi una victoria decisiva y aplastante sobre Francia, pero luego fracasó. Richelieu mantuvo el poder francés victorioso hasta su muerte, y el principal resultado de su política fué la anexión de Alsacia a la monarquía francesa. Los nobles y las ciudades libres de la llanura entre los Vosgos y el Rhin (hablando todos alemán), se dividieron: un tercio por la causa protestante y dos tercios por la causa católica. Pero ninguno quiso estar con el Emperador, y como uno de los aliados protestantes del Emperador, que luchaba contra el Emperador, y fuese muerto después de la captura de Brisach (la llave de Alsacia), su ejército decidió solucionar las dificultades ofreciendo el gobierno de Alsacia al rey de Francia. No fué mal convenio para los alsacianos, cuyas libertades locales quedaron en pie, y que gozó casi de independencia durante un siglo y medio después que parecían tener que caer bajo uno de los rivales del otro lado del Rhin, el Emperador y sus adversarios protestantes.

Richelieu murió en 1642, habiendo visto todos sus planes triunfantes, bien que tardíamente. No pudo estar cierto de su triunfo hasta los últimos años de su vida. Incluso cuando ya lo atacó su última enfermedad, cuando era un moribundo, parecía que los españoles en el Sur eran más fuertes que los franceses, aunque su ataque

por Bélgica había sido destrozado. Pero en el instante mismo de su muerte, Richelieu sabía que avanzaba en todas partes como conquistador. Lo que no sabía (y que el entonces Papa preveía vagamente) era que el triunfo del cardenal francés significaba el permanente establecimiento del poder protestante en Europa.

L A U D

LAUD era el arzobispo protestante de Cantorbery bajo Carlos I de Inglaterra. Pertenecía a esa generación nacida poco antes de 1600, ya vieja a mediados del siglo XVII, es decir, en el momento en que ambos partidos de la guerra religiosa de la Reforma apreciaban oscuramente que la batalla terminaría en tablas, sin victoria completa de nadie.

Hay que recordar que la mitad del siglo, y más particularmente la fecha de 1648 (Tratados de Westphalia), marca el momento de extenuación de ambos lados. Después la Cristiandad, anteriormente unida, se dividió permanentemente en los dos campos de las culturas católica y protestante, cuyos límites no han cambiado notablemente desde entonces hasta hoy. Laud, como arzobispo de Cantorbery, era la principal figura del protestantismo oficial inglés, es decir, en la institución creada por William Cecil y llamada "la Iglesia de Inglaterra", en el período crítico en que el conflicto se decidía. Fué llevado al cadalso por los revolucionarios ingleses poco antes del Tratado recién firmado, y había iniciado sus actividades menos de veinte años después del comienzo del siglo.

Su persona es muy interesante. Era de la clase media, sin gran nacimiento, y ganó la atención pública por su propia energía y carácter. Esta energía era intensa y jamás le falló, hasta el fin; fué tan grande en sus últimos como en sus primeros días, y ella animó un cuerpo muy pequeño: era casi un enano. El volumen de su obra y su correspondencia es enorme, su poder de atender a los detalles es igualmente grande, y siguió una política clara y fija que pudo tener éxito, y que sólo fué derrotada por una rebelión general contra el gobierno real inglés, en el cual estaban incluídos sus actividades y oficio.

La importancia de Laud para un estudio de la gran querella religiosa y su insatisfactorio empate en el siglo XVII es considerable y está en lo siguiente: fué un temprano ejemplo de cómo la gran reconquista católica que marcó el fin del siglo XVI actuó sobre el mundo protestante. Pero a la vez Laud es un palpitante ejemplo de la manera cómo la Reforma había constituído una permanente actitud mental para todos los que se habían retirado de la unidad católica. En otras palabras, el interés de su carrera yace en que, a pesar de cierta simpatía por la tradición católica y a pesar de recuperar ciertos aspectos de la cultura general europea, los protestantes, en toda Europa y aún en Inglaterra (donde el catolicismo era aún tan fuerte), estaban condenados por la violenta rebelión original que había tenido lugar en la época de sus padres. En el caso de Laud, y en general de Inglaterra, esto es tan especial porque la fuerza que los hace oponerse al catolicismo es el nacionalismo, esto es, la exigencia de la sociedad laica y su príncipe o rey, de ser independiente de la unidad moral general de la

Cristiandad Occidental: todo esto estaba condensado en la negativa de aceptar la Supremacía Papal.

Laud era el jefe y leader de los que llegaban a deplorar las pérdidas inflingidas por la Reforma y las heridas que ella produjo en el hábito humano normal. Era el leader y representante de los que temían y odiaban al puritanismo como una enfermedad moral. Tenía simpatía por el natural y excelente uso de las imágenes en el culto. Uno de los puntos de la acusación por la cual fué ejecutado, era el haber erigido una estatua de la Virgen y el Niño, que se puede ver aún sobre la puerta principal de la University Church en Oxford (St. Mary's). El y los suyos, ahora numerosos en la Iglesia Protestante Establecida de Inglaterra, no sólo sentían una atracción sentimental por las amables y humanas exterioridades del culto católico, sino que se inclinaban (se podría usar un vocablo más fuerte, pero en todo caso se inclinaban) a aceptar la plenitud de la doctrina católica en todos sus puntos.

Se inclinaban, como sus descendientes de la actual High Church, a una interpretación del misterio de la Eucaristía cada vez más cerca de la verdad; a las penitencias sacramentales y al punto de vista sacramental en general; insistían en la necesidad de una jerarquía, y creían que la suya, así como la de los católicos, eran la Sucesión Apostólica. Deseaban considerar a su clero como sacerdotes y algunos decían incluso "sacerdotes sacrificantes". Pero a pesar de todo, permanecían protestantes. Seguían siendo, aunque no lo creyeran, totalmente anticatólicos, pues rechazaban aquella parte del catolicismo que es esencial, la combinación de la unidad

y la autoridad. La unidad de la Iglesia visible y su invencible autoridad repugnaba a su creciente nacionalismo, y los que mantenían esa actitud mental eran tan enemigos del catolicismo como podía serlo el más rabioso puritano o el más completo agnóstico. Laud usaba una frase que se ha hecho famosa: dijo que no podía aceptar la reunión "con Roma, tal como ésta es ahora". Esta frase no sólo es un repudio a la unidad, sino que su mismo texto implica que no hay Iglesia visible de Dios unida sobre la tierra. El uso de la palabra "Roma" así acentuada se hace con el propósito de acentuar la doctrina de que "la Iglesia de Roma ha errado", lo cual incluye inevitablemente la doctrina de que "todas las Iglesias han errado": por lo tanto no hay Iglesia visible unida e infalible.

Hay que anotar que lo que embaraza a Laud y a sus secuaces en la primera etapa de la gran querella es la misma dificultad que embaraza a los de la High Church de hoy o a los llamados "anglo-católicos". Es imposible que ellos den una clara definición de su posición porque ellos, aún aborreciendo el mundo protestante, son esencialmente protestantes al repudiar la unidad y preferir una religión nacional, que puede incluir cualquier grado de herejía, a una religión internacional que excluye toda herejía.

Si se interrogara a Laud qué doctrinas profesaba, habría replicado con algunas definiciones insuficientes. Si se hubiese seguido preguntándole: "¿Se separa Ud. de aquéllos que dentro de vuestra Iglesia nacional niegan esas doctrinas? ¿Los considera fuera de su comunión?", tendría que contestar "No" o seguir en silen-

cio. Para aquellos protestantes de su época que eran violentos contra las doctrinas católicas (fuera de la de la unidad), que odiaban la doctrina de la Presencia Real, que detestaban todo el sistema sacramental, que sentían cólera ante la idea del sacerdocio —en otras palabras—, a los puritanos, Laud y sus secuaces se les antojaban semi-católicos, pareciéndoles que reconducían a Inglaterra al catolicismo. Se les llamaba "Papistas" por sus adversarios extremos; mas todo esto era falso e ilusorio. En ciertas exterioridades se proponían imitar o reconquistar ciertas prácticas católicas, y sentían afecto por gran parte del espíritu católico, pero lo que es el corazón de todo, "ut sint unum", era repudiado. No es sólo que sientan repugnancia hacia ello: su rechazo es fundamental a toda su posición. Era una posición expresada en muchas frases, que iluminan su carácter. Así hay aquella frase que habla de la Iglesia de Inglaterra como "la Iglesia de nuestro bautismo", o aquella otra que llama al Papa "un sacerdote italiano". (Hace poco, un alto dignatario de la Iglesia de Inglaterra nos imploraba que "no nos arrastrásemos a los pies de un sacerdote italiano").

Así como el repudio a la unidad y a la autoridad infalible es la prueba intelectual o doctrinal del protestantismo de Laud, así en la materia —igualmente importante— de las emociones y afectos, la prueba de su protestantismo es la repugnancia a la verdadera Iglesia en comunión con el Papa como centro de unidad. La Iglesia Católica por su naturaleza excita gran lealtad o repulsión. Cuando excita en un hombre repulsión, ese hombre es enemigo de la Fe, aunque acepte la mayor parte de su doctrina y de sus exterioridades tradiciona-

les, y una organización y disciplina bajo una jerarquía similar en el nombre a la católica. Ahora bien, Laud y sus secuaces sentían repulsión y no afecto por la Iglesia Católica. Sentían (para usar una moderna frase) que era "no inglesa". En otras palabras, su religión era nacional, y el hecho de que una verdadera religión universal debe ser necesariamente internacional era para ellos fuertemente irritante. Esto explica la profunda y permanente simpatía existente entre Laud y el rey Carlos I, que lo hizo arzobispo. Carlos no tenía el sentimiento de simpatía por el culto católico que tenía Laud; era por temperamento lo que se llama hoy día un evangélico. Una experiencia de su primera juventud, su viaje a España y el fracaso de un matrimonio regio, había acentuado su fuerte disgusto hacia el catolicismo. Creía sinceramente que la Iglesia de Inglaterra, tal como la había conocido en su niñez, con sus ceremonias y culto, era la más perfecta organización cristiana, y por eso su actitud implicaba que podían haber varias organizaciones, unas junto a las otras, muchas Iglesias, sin ninguna Iglesia infaliblemente autoritaria. Carlos tenía disgusto por la Misa, a pesar de su creciente cariño hacia su esposa católica, hermana del rey de Francia, odiaba el sacerdocio católico y todo su espíritu, no tenía nada de lo que hoy llamamos "alto anglicanismo". Pero se unió íntimamente a Laud y Laud con él; la razón fué la real devoción de ambos hacia el poder monárquico nacional, hacia la completa independencia del reino inglés y del rey inglés de toda otra autoridad espiritual o temporal.

El esfuerzo de unidad que hizo Laud tiene poco que ver con la unidad espiritual, aún dentro de su propia

comunión. Quería una unidad de práctica, imponiendo una liturgia similar en Inglaterra, Escocia e Irlanda. Por motivos de dignidad y tradición histórica, Laud quería ver la liturgia interpretada en términos de considerable pompa y cuidadoso ritual, pero no impuso dogma alguno. Quería que la Comunión inglesa fuera el único ritual de la Comunión dondequiera que reinara el rey de Inglaterra: que ella se diera en la reja delante del altar y no en una mesa en el centro de la Iglesia, que las Especies se recibieran de rodillas, etc. Pero a la vez quería dejar de mano la definición esencial de lo que era la Presencia Real, si Jesucristo aparecía o no en el altar a las palabras de consagración del sacerdote. Esto, que es lo esencial para la mente católica, le parecían a él cosas importantes, sin duda, pero no esenciales; lo esencial era la unidad de la Iglesia de Inglaterra y su independencia de la Cristiandad europea.

Las actividades de Laud y las circunstancias de su muerte han tenido efecto considerable sobre la historia posterior de la Iglesia Anglicana. Sus actividades fueron políticas, apoyando fuertemente el gobierno tradicional entonces en Inglaterra, el gobierno personal de un rey responsable ante la nación, centralizándose el poder en un individuo cuyo deber era defender a los débiles contra los fuertes, impidiendo que las clases ricas dominaran al pueblo. A causa de esta actividad política, Laud se vió arrastrado a la gran batalla revolucionaria de su tiempo. Los intereses de los ricos, de los mercaderes y banqueros de la ciudad de Londres, los intereses de los "squires" y grandes propietarios, todo esto se unió en la rebelión contra el poder personal del rey. En muchos el movimiento era apenas consciente, muchos va-

cilaron en unirse a los rebeldes, muchos fueron contra su propio interés de clase y defendieron la monarquía cuando se llegó a las armas. Sin embargo, lo que se llama "las guerras civiles de Inglaterra" fueron esencialmente una guerra entre el dinero y la Corona.

Muy pronto en esta lucha los intereses del dinero se aliaron y mezclaron con las violentas pasiones religiosas del puritanismo. Una gran parte de los propietarios rurales y más aún de los comerciantes eran puritanos. Por eso, al arreciar la violencia de la lucha, Laud fué el blanco de un doble ataque. Había reprimido el puritanismo en lo religioso, apoyado la monarquía personal en política. Su persona cayó en manos de los rebeldes, fué hecho prisionero y ejecutado.

Tal carrera y tal fin crearon lo que puede llamarse "el legado de Laud". Políticamente, tal legado fué aniquilado. La victoria de las clases ricas fué tan completa en Inglaterra, y la correspondiente derrota de la monarquía tan decisiva, que la sola idea del gobierno del rey murió medio siglo después de la muerte de Laud. Una generación después de su decapitación en Tower Hill, el trono inglés fué ocupado por un rey títere que ni siquiera podía asistir al Consejo que gobernaba el reino. Desde ese día, Inglaterra ha sido gobernada por los grandes terratenientes y los banqueros de la ciudad de Londres.

Pero el legado de Laud en materia eclesiástica tuvo más vitalidad: cayó muy bajo en el siglo XVIII, pero revivió antes del fin del siglo cuando un sermón famoso en su tiempo, fué pronunciado desde el púlpito de la University Church de Oxford, en favor de la absolución sacramental y el renacimiento del Sacramento

de la Penitencia en la Iglesia de Inglaterra (1). Siguió después, en la misma generación, el Movimiento "Tractarian", y hoy existe, con mayor fuerza que hasta ahora haya sido conocido, un espíritu similar al de Laud actuando en grados diversos en uno de los grandes sectores del protestantismo inglés. Los más devotos secuaces de ese espíritu van más allá que Laud en su imitación del catolicismo, y aún en la tentativa de recuperar el espíritu del cual están separados; una considerable minoría se expresa abiertamente por la reunión con la Iglesia Católica, que Laud rechazaba.

Tal es la herencia de Laud. Debemos cuidar de querer ver en ella, por su forma presente, más de lo que era en sí. En su tiempo fué neta y claramente anticatólica, totalmente entregada a la Iglesia separada de Inglaterra, cuya marca especial era el repudio a la comunión con la Iglesia Católica total y el rechazo de su autoridad. Pero sí que muestra cómo afectó a un sector del protestantismo europeo la reconquista católica, después de los primeros asaltos de la revolución religiosa. Contra esto se organizó, dentro de la misma sociedad protestante, el espíritu calvinista manifestado como puritanismo. Por un accidente de guerra, el hombre que llegó a ser más prominente en este aspecto fué Oliver Cromwell.

---

(1) El origen del movimiento de Oxford no brotó de Newman y su grupo, sino mucho antes, con ocasión de este sermón, bajo la inspiración de los sacerdotes franceses emigrados en 1793. Ver si es posible el folleto "Absolución sacerdotal en Oxford".

OLIVER CROMWELL

HEMOS visto en el caso de Laud uno de los efectos de la lucha del siglo XVII. Laud era el tipo de leader de aquellos protestantes ingleses que trataron de conciliar su separación del catolicismo unitario con una clandestina simpatía y recuerdo del pasado católico. En el mismo campo protestante se presentaba una fuerza opuesta, creciente, mucho más activa, aquella a la cual se le llamó pronto puritanismo. Oliver Cromwell fué el hombre representativo de esta fuerza. Por cierto que es un accidente lo que produjo tal cosa; pero él y casi todos sus enérgicos contemporáneos del mismo bando nos aparecen hoy el tipo mismo del protestante militante, lo que nos explica su importancia durante las guerras civiles inglesas como un leader de genio. Pero, aunque es un accidente lo que hizo de Oliver Cromwell una figura simbólica, es digno de interés examinar su naturaleza y su fortuna.

Hemos visto el carácter del protestantismo: su crecimiento, el cómo toma sustancia y desarrolla un cierto espíritu, que está resumido en el nombre de Jean

Calvin (1). Sus principales doctrinas, su actitud hacia el universo, son las que han dado tono y color a todo el movimiento protestante, y, aunque los hombres han sido afectados por el espíritu calvinista en grados muy diversos, desde los que lo sienten vívida y profundamente a los que sólo lo sienten vaga y superficialmente, allí donde existe el tipo protestante de espíritu, está Calvino en acción. Hemos visto cuáles eran las marcas especiales de la doctrina de Calvino: había aceptado de sus antecesores la doctrina de la salvación por la sola fe, de que las buenas obras no aprovechan para la salvación. Pero aunque no era el primero en mantener esto (pues en este punto muchos entre los teólogos habían llegado, mucho antes de la Reforma, peligrosamente cerca de esa afirmación), fué él quién la afirmó más firmemente, con la más clara definición, y el que la hizo triunfar. Igualmente importante es el segundo punto de Calvino, resumido en la palabra "predestinación". No sólo conoce el Creador quién se salvará y quién se condenará, no sólo debe haberlo sabido de toda eternidad, sino que debe haberlo querido. Calvino admitió sólo una voluntad en el universo, y por esta voluntad, no por la propia voluntad o por los propios actos de un hombre, es éste salvo o condenado. El tercer punto esencial del espíritu calvinista es la doctrina de la "conversión". El individuo conoce por una revelación personal, concedida a él privadamente en un mo-

---

(1) Jean Cauvin o Calvin (en latín Calvinus = el calvo) era hijo de un mayordomo de Noyon, excomulgado por malversación. Estaba predispuesto a tomar ardientemente la causa anticatólica. Es conocido naturalmente en inglés como "John Calvin".

mento particular, que es elegido por Dios, predestinado a la gloria y a la beatitud, mientras a su alrededor está la gran masa de los condenados por Dios a eterna miseria.

A esto agrega Calvino la doctrina del gobierno de la Iglesia. Siendo Calvino francés, lleno de anhelo y de poder para organizar un sistema completo, determinó crear contra la Iglesia Católica universal una nueva iglesia que custodiaría las nuevas verdades de las cuales él era el profeta. Esta iglesia de Calvino es la que hoy llamamos organización presbiteriana. Es importante recordar que, de los que cayeron bajo la influencia del espíritu calvinista; sólo una cierta proporción, en realidad la minoría, adhirió a todo su esquema; muchos, incluyendo al mismo Cromwell, eran opuestos a la idea de una organización religiosa estrictamente disciplinada para la protección y propaganda de una nueva religión. Argüían que, ya que el juicio privado es la esencia del protestantismo, cada congregación debía ser libre para creer y afirmar lo que escogía; pero el hecho de que existiera esta lucha interna entre el protestante calvinista integral y el espíritu calvinista de los que no querían aceptar la organización de la Iglesia calvinista, no nos debe oscurecer el hecho del esencial calvinismo característico del movimiento protestante en general. Cromwell es un excelente ejemplo. El rechazó la idea de una Iglesia Presbiteriana, la combatió no sólo con argumentos, sino por las armas. Su grupo particular, los Independientes, acentuaban con ese nombre su actitud. No querían nada con lo que los escoceses llamaban "The Kirk", la Iglesia, y lo probaron cuando se intentó imponer el presbiterianismo en Inglaterra, después de la

alianza de Escocia con el partido revolucionario inglés, formada para luchar contra el rey. Sin embargo de ser opuesto a la Iglesia, nadie fué más consecuente en su filosofía calvinista que Cromwell, nadie más violento en su "conversión" personal, nadie más ansioso de afirmar la "indefectibilidad de los santos", esto es, la doctrina calvinista que los que ya habían sentido la "conversión" estaban garantizados de tener la salvación y no podían perder la gracia. Nadie estaba más animado del espíritu de prosternación ante la omnipotencia y majestad de Dios que Cromwell, nadie estaba más lleno de un celo más violento contra los réprobos, nadie era más despiadado en la acción contra los enemigos de la nueva religión.

La forma como Cromwell representa el tipo del calvinismo no puede verse mejor que en su actitud contra la vieja religión, que la nueva intentaba destruir —su actitud hacia el catolicismo. El catolicismo era para él el espíritu mismo del mal; destruirlo de la faz de la tierra, le parecía el más alto de los deberes, que estaba en sus manos cumplir lo mejor posible. Pudo cumplirlo en grado considerable en una parte de Europa, en las Islas Británicas, donde alcanzó un poder despótico. Su intenso fanatismo en este punto se manifiesta especialmente en el trato dado a Irlanda. En general Cromwell es la típica figura puritana.

El puritanismo es una forma y grado particular del protestantismo, que ha florecido especialmente en Inglaterra, Escocia y Gales, pero con otras ramificaciones en el mundo protestante, especialmente en Escandinavia y Holanda. Ser puritano es casi exactamente lo mismo que el mundo antiguo llamaba ser maniqueo. El puri-

tano y el maniqueo tienen la misma actitud hacia el universo: sus credos actúan en dirección a la misma moral y a la misma práctica social. Pero hay una diferencia doctrinal entre ellos, pues, mientras el maniqueo cree en un principio malo que actúa como con igual poder frente al principio del bien dentro del universo, el puritano procede de Calvino y admite por eso sólo una voluntad en el universo, une el bien y el mal en el mismo temible Dios que permite, y en cierto sentido quiere el mal, y especialmente el sufrimiento del hombre. Hay pues diferencia entre ambas, la vieja herejía que reaparece continuamente en los primeros siglos cristianos, y la nueva herejía del siglo XVI; pero, en la práctica, los efectos de ambas son iguales, y el puritanismo produjo en la sociedad a la cual afectó lo mismo que los albigenses en la sociedad de los siglos XII y XIII, y los herejes búlgaros tiempo antes. El sentimiento —más que la convicción— de que el mundo material es malo, que toda alegría sensual es esencialmente mala, está en la raíz del puritanismo. La alegría del arte, el deleite de la hermosura, todo lo demás, es objeto de odio para el puritano. El las ve como rivales de la majestad de Dios y como obstáculos que desvían de la pura adoración de esa majestad.

Se ha observado, como curiosa derivación del puritanismo, que éste lanza a los hombres a la persecución de la riqueza como de su ocupación principal. Del puritanismo deriva el moderno capitalismo industrial, la centralización de la riqueza en unas pocas manos, la expropiación de las masas y su explotación por el pequeño número de los que controlan los medios de producción: todo lo que llamamos capitalismo. Pero, aun-

que el capitalismo industrial y sus males son un producto del puritanismo, lo son sólo de segunda mano. El puritano de la época de Oliver Cromwell, y el mismo Cromwell, el típico puritano, eran ambiciosos de riquezas, pero no como la única ocupación de la mente, ni como el principal negocio del hombre. La ardiente ocupación de Cromwell y de los suyos era la contemplación y adoración del sanguinario Dios de Calvino, la defensa de su culto establecido, la extirpación de sus enemigos.

Los accidentes por los cuales Oliver Cromwell se hizo la figura típica del protestantismo inglés en su forma extremista o puritana son los siguientes: era el segundón de una de aquellas familias millonarias que ganaron su enorme riqueza por el despojo de los monasterios durante el período de la Reforma. Su padre, del cual fué el único hijo sobreviviente, era único hijo del riquísimo Sir Henry Cromwell, y Enrique era hijo de Richard Cromwell, sobrino de Thomas Cromwell, el que disolvió los monasterios en la época de Enrique VIII. El verdadero nombre de Richard Cromwell, era Richard Williams, sobrino de Thomas, pues su madre era hermana de éste, y casada con un tabernero de Putney, cerca de Londres, llamado Williams. Richard tomó el importante apellido de su tío, pero él y los que le sucedieron tuvieron que usar el apellido Williams en asuntos legales, y cuando su sobrino nieto Oliver, usaba de gran pompa, el título "Oliver Cromwell, aliás Williams" estaba bordado en las casi reales colgaduras del lecho.

Cuando murió su padre, Oliver Williams, alias Cromwell, heredó una renta que sería hoy más de £ 3.000 al año. Pero, aunque su fortuna era modera-

da, comparada con muchos de los de su rango, lo que lo marcaba era la inmensa fortuna de aquellos dentro de los cuales estaba situado. La Reforma ha sido llamada "un levantamiento de los ricos contra los pobres". Esto no se aplica en los remotos valles suizos y en los collados escandinavos, pero es un epigrama que tiene algo más de la mitad de lo verdadero respecto a Inglaterra, y el hecho de que Oliver perteneciera a una de esas familias millonarias recientemente nacidas por el reparto de los bienes religiosos es altamente característico de la época. La Cámara de los Comunes, a la cual entró muy joven, estaba compuesta casi enteramente de ricos como él, grandes propietarios y sus parientes, uno que otro gran abogado y, excepcionalmente, algún mercader prominente. La Cámara de los Comunes era entonces una corporación convocada sólo por breves períodos, con motivo del advenimiento de un monarca, o cuando había leyes importantes y solemnes que hacer; se le citaba para confirmar la voluntad del rey y para suscribir lo que él y su Consejo y los Lores habían decidido. La Corona, en los tiempos de Cromwell, se había empobrecido tanto, que el gobierno no podía sostenerse sino por donaciones especiales y voluntarias de los dueños de la riqueza, y tales dones debían ser, por lo tanto, concedidos por la Cámara de los Comunes. Esta tomó ventaja de su posición para atacar el poder real, y la querella terminó finalmente en una guerra civil. En el Parlamento, los Lores, en su mayor parte, vacilaron en levantarse en rebelión armada; sus parientes y los grandes propietarios de los Comunes, en la proporción de un medio, más o menos, se prepararon a levantarse en guerra contra el rey. Pero aún aquellos de las clases

poderosas que sentían repugnancia en atacar físicamente a la Corona, eran, casi todos, opuestos de corazón a los antiguos derechos de la Corona respecto del gobierno, y casi todos deseaban de corazón suplantar el gobierno del rey (cuyo deber y función era proteger al pobre contra el rico, al débil contra el fuerte). Querían sustituirlo y tomar ellos mismos el poder. Y esto fué lo que hicieron. Ganaron la guerra, mataron al rey, y de ellos se destacó el soldado aficionado que llegó a ser muy pronto el mejor soldado profesional de su tiempo, Cromwell.

Era un genio en la formación y dirección de la caballería. Nadie lo sospechaba, y menos que nadie él, hasta que llegó la oportunidad de manifestarlo. Cromwell tenía ya 43 años cuando estalló la guerra, y apenas entraba a los 45 cuando era ya claro que sería la primera figura militar. Pasó a ser el jefe del ejército victorioso cuando tenía 48 años y a los 50 él tramó y realizó la ejecución del rey Carlos. Procedió después de la conquista de Irlanda, tarea que cumplió con horrible crueldad, y como resultado de la cual expropió a los $^{19}/_{20}$ de la nación irlandesa, confiscando sus tierras en masa. Intentó también destruir la Iglesia Católica en ese país; creyó haber conseguido esa finalidad, al morir, pero se equivocó.

Los presbiterianos escoceses habían luchado como aliados de los parlamentarios rebeldes durante la guerra civil, pero el pueblo escocés tenía un fuerte afecto por la dinastía Estuardo, escocesa de origen. Enviaron un ejército para salvar la vida del rey, después que éste había perdido la guerra en Inglaterra, pero Cromwell derrotó a ese ejército en la más brillante de sus campa-

ñas. En seguida los escoceses trataron de levantar al hijo del difunto rey, y esto dió a Cromwell la oportunidad para conquistar Escocia, como había conquistado Irlanda. Murió siendo el señor completo, debido a su maquinaria militar, de los tres reinos y el poseedor de la que era, por el momento, la más poderosa fuerza militar de Europa.

Todo el experimento de una república militar inglesa, bajo el mando de un Protector, fué efímero. Estaba condenado a caer y así sucedió a los dos años de la muerte de Cromwell. Este murió el 3 de Septiembre de 1658, y el hijo del difunto rey volvió y fué coronado como Carlos II en la primavera de 1660. Pero aquello por lo cual Cromwell luchó, se mantuvo.

Los que mantuvieron los principios e inclinaciones católicos eran aún bastante numerosos: cuando aquél murió, eran todavía más de un cuarto de la población. En Irlanda, a pesar de la masacre y del robo, la gran masa católica se mantuvo firme, y no menos de los $^{7}/_{8}$ del pueblo mantuvieron su religión, a pesar de la conquista; pero la guerra civil había completado en Gran Bretaña y en Irlanda el largo proceso del empobrecimiento católico y del enriquecimiento protestante que había empezado con la disolución de los monasterios, más de un siglo atrás, y que había continuado con las confiscaciones en Irlanda bajo Isabel, terminando con las enormes multas impuestas sobre los propietarios rurales ingleses que se plantearon audazmente y se proclamaron abiertamente católicos.

Además, la victoria de los que apoyaban a Cromwell y de los cuales él había sido el leader más conspicuo, fué el fin virtual de la monarquía, aunque ésta había

sido recibida con regocijo universal, antes que el joven Carlos hubiese sido coronado en Westminster. Los grandes propietarios y comerciantes, actuando a través de las Cámaras de los Comunes y los Lores que ellos integraban, tomaron en sus manos el gobierno de Inglaterra, y lo han conservado desde entonces. Después de aquel episodio, no podía plantearse el retorno de la Fe Católica con gran fuerza. Ha sobrevivido en una gran fracción del pueblo, pero no ha podido ya más moldear el espíritu general de Inglaterra.

Oliver Cromwell no es, pues, solamente, la gran figura puritana en el momento decisivo del siglo XVII, cuando católicos y protestantes se separaron finalmente, acordando declarar el empate; sino que es también la figura que marca la encrucijada en la transformación de Inglaterra de país católico en protestante. El proceso no se completó bajo su poderío. El catolicismo sobrevivió en Inglaterra hasta que recibió el golpe de muerte en 1688. Pero ya en el momento de su muerte, el carácter protestante de Inglaterra como totalidad estaba firmemente decidido.

RENE DESCARTES

EN medio de estas figuras políticas, reyes, estadistas y soldados, que hemos estado considerando en relación con la gran lucha religiosa del siglo XVII, debemos volvernos a dos hombres que no tuvieron poder político. No eran soldados, ni estadistas, ni hombres de posición hereditaria, pero influyeron tanto en la mente de Europa, que su efecto indirecto pesó más que el efecto directo de otros. Ambos están en la sucesión del tiempo como un padre respecto de un hijo. Descartes, casi contemporáneo de Cromwell, nació en 1596 y murió en 1650. Pascal era 27 años menor, pero murió sólo 12 años después que Descartes, en 1662. Es importante observar que ambos vivieron lo necesario para ver el apaciguamiento en los campos político y militar, en la gran lucha entre la Reforma y la Iglesia Católica. En el campo político, la querella se liquidó en 1648-1649. La Paz de Westphalia (como se llama a los dos tratados que terminaron la guerra de los Treinta Años) fué casi contemporánea con la muerte de Carlos I y el fin de la obra de Richelieu. En otras palabras, Descartes y Pascal vivieron *durante* y *pasaron* el momento crucial; y el sello que ambos estamparon en el pensamiento

europeo se produjo justo cuando aún no era demasiado tarde, esto es, mientras la sociedad cristiana ardía aún del ardor de la guerra como para permitir que se imprimiera algo sobre ella, aunque no ya con la efervescencia ardiente del conflicto original. Una generación antes, Descartes y Pascal podrían haber sido heresiarcas; una generación después, uno podría haber sido un mero escéptico estilo siglo XVIII, el otro un devoto. Pero sus vidas y sus actividades se produjeron en un momento en que podían tener el máximum de efecto, arriesgando la crítica, sin ser condenados formalmente, e influenciando la cultura católica, sin tener ningún efecto destructor.

Estos hombres representan los efectos producidos sobre la cultura católica por dos grandes fuerzas puestas en libertad por la Reforma, o al menos por la ruptura del antiguo orden unitario cristiano de Europa. El primer efecto fué el racionalismo, el segundo podría ser llamado (me parece que con propiedad) emocionalismo. Ambos mantuviéronse dentro de la ortodoxia, cada uno podía pretender que no sólo era ortodoxo, sino fuertemente afecto a la Iglesia y a lo que ésta cree y enseña; sin embargo, de ellos proceden resultados que se esparcieron por todo el cuerpo de la cultura católica y amenazaron su estabilidad, a la vez que se extendían más allá de los límites de esa cultura, dentro del mundo protestante, afectando a todo el pensamiento europeo.

De ambos, Descartes tuvo mayor efecto. Era sin duda el más grande —en verdad, intelectualmente uno de los más grandes hombres que se hayan producido nunca en Europa. Pero negativamente Pascal tuvo también gran influencia, porque su ejemplo y el poder de su palabra

fomentó aquella independencia irracional de la emoción que, en último término, es tan disolvente de la solidez católica como el racionalismo.

Descartes es el creador de aquella forma de pensamiento que, finalmente en el siglo XIX, llegó a ser universal, y que sólo ahora es problematizada, la forma de pensamiento llamada "científica", que rehusa aceptar una afirmación que no es claramente enunciada y claramente aprehendida por el sujeto, y que rehusa también aceptar cualquier afirmación (aunque sea claramente enunciada o claramente aprehendida) si no va acompañada por una prueba absoluta basada en la deducción o la experiencia. De Descartes deriva (como entiendo que se admite universalmente) aquella tendencia de toda la llamada filosofía "moderna" que posteriormente ha crecido más y mal, al escepticismo respecto de todo misterio, cada vez menos preocupada de lo invisible, y en cambio ocupada en materias susceptibles de experimentación repetida y de apreciación física. Cuando, por ejemplo, un hombre habla de la doctrina de la inmortalidad como de una "especulación", en tanto que llama un "hecho" la constitución química del agua por el hidrógeno y el oxígeno, es porque está al final de un proceso iniciado por Descartes. No es que Descartes haya planteado las cosas tan falsa y crudamente; pero de él procede el hábito de encontrar sólo la certeza en la verdad matemática o el experimento físico, o en ambos combinados, y sólo en ellos. Por ejemplo, respecto a la inmortalidad del alma: el que dice que no la acepta porque no hay "pruebas" de ella, quiere decir que pide una prueba matemática deductiva que procede de los primeros principios de que nadie

duda, o una prueba física experimental. El que dice "He llegado a creer en la inmortalidad del alma desde que he asistido a una sesión espiritista" es igualmente un producto de la influencia cartesiana sobre el mundo, tal como el que no cree en la inmortalidad porque no ha sido probada. El que sólo empieza a creer en la inmortalidad porque cree oir la voz de un muerto o tiene otra comunicación susceptible de una verificación física, es, en el sentido en que usamos aquí esta palabra estrictamente "racionalista".

Es importante definir nuestros términos, pues "racionalista" y "racionalismo" son términos que pueden ser usados en acepciones diversas. Entendemos por racionalismo cartesiano el hábito de someter todo examen de la realidad (esto es, toda la búsqueda de la verdad) a cierto proceso llamado "racional" y "sólo racional". Es en verdad una definición muy estrecha de la palabra "razón" pero es la que todavía le da la gran masa, y con ella actúa. Es "razonable" aceptar la evidencia de los sentidos; es "razonable" aceptar una prueba matemática. Pero (dicen) no es "razonable" aceptar otra verdad de base diferente.

En contraste con este profundo efecto de Descartes, anotemos el efecto de Pascal, que hemos denominado "emocionalismo". No hay nada anti-ortodoxo, inamistoso hacia la solidez del catolicismo, en la emoción. Pero lo que puede llamarse destructivo en la influencia de Pascal, o que al menos debilitaba la fuerza de la cultura católica, es la tendencia a sustituir la emoción, en el lugar de la razón, a sacar a la emoción de su propia esfera y a darle autoridad en cosas en que no la tiene. Podemos decir que Pascal, sin quererlo, es la raíz del

reciente movimiento llamado Modernismo. De Pascal ha brotado una influencia que él habría lamentado amargamente si hubiera visto sus frutos: la tendencia a ignorar la definición en moral y en doctrina, porque la definición no es un proceso emocional; también viene de la misma fuente una tendencia paralela a negar toda doctrina que choque a la emoción, o de afirmar como cierto algo que la Iglesia no ha definido, pero que viene de la emoción privada del creyente. Cuando usamos el término "emocionalismo" en este sentido particular, como cuando usamos la palabra "racionalismo" en su sentido especial, queremos decir que, en un caso la razón y en el otro la emoción, hacen algo que no les es propio, se salen de su propia esfera.

Un ejemplo de emocionalismo en guerra contra la razón: un modernista que sufre la atmósfera agnóstica ambiente niega lo que él llama la Resurrección "histórica" de Nuestro Señor, pero insiste en el valor espiritual (o verdad espiritual, como él dirá) de la Resurrección. Termina en el absurdo de que hay dos verdades: una, la de que algo sucede actualmente, y otra, la de que, sea que algo suceda o no, cuenta en tanto que crea una emoción de placer, a lo cual da falsamente el nombre de "verdad". Tal vez la frase más famosa escrita por Pascal es el ejemplo más claro de ésto: aquella frase de que "el corazón tiene sus razones que la cabeza no conoce". Esto está peligrosamente cerca de decir que la emoción está cierta de las cosas qué la razón contradice.

Ambos eran grandes matemáticos, siendo Descartes mucho mayor; ambos eran notables escritores, pero Pascal mucho mayor. Se puede decir que viene de Pascal

el hábito de la moderna prosa claramente escrita; de Descartes toda la geometría analítica y la teoría del cálculo, diferencial e integral.

El proceso por el cual cada uno alcanzó la posición a la cual llegó fué diferente en cada caso. Descartes se aproximó al problema del descubrimiento de la verdad por aproximación. "¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué es el universo y qué somos en él?" Para responder estas preguntas primordiales, empezó por lanzar por la borda todo lo que no podía afirmar según el nuevo temperamento científico de su tiempo. Alcanzó el residuo de que lo único de que estaba totalmente cierto, lo único que podía tomar como un primer postulado, lo único "conocido" de lo cual podía proceder a descubrir lo desconocido, era su propia existencia. Este postulado era indudablemente verdadero, pero era el postulado de un escéptico y actuó desde entonces como un veneno. Porque hay otra cosa de la cual estamos igualmente ciertos, tanto, realmente, como de nuestra propia existencia: la existencia de las cosas externas a nosotros. No hay proceso racional por el cual el universo externo pueda ser descubierto, todo lo que sabemos es que puede ser afirmado con toda confianza. Aristóteles, que puede ser llamado la razón en persona; Santo Tomás, cuyo proceso consiste en empezar con una duda, en examinar todo lo que puede ser dicho en favor de esta duda, antes de negarla y de poder llegar a la correspondiente certeza, ambos postulan esta segunda verdad. No sólo yo, sino lo que no es yo, es tan real como yo lo soy, y, más aún, puede ser y es aprehendido por mí.

Esto, como toda verdadera filosofía, es de sentido

común. El hombre común, hecho a imagen de Dios y que, en tanto que su razón y su conciencia no sean torcidas, está por lo recto, no sufre que ella sea negada. Toda sociedad humana la da por sentada y debe darle por sentada. El testigo en una Corte de Justicia, el hombre que maneja sus negocios, las más simples actividades de la vida cuotidiana, implican como absolutamente cierto no sólo el mundo externo en el cual vivimos, sino nuestro poder de aprehenderlo. Descartes volvió al extremo del viejo escepticismo griego y dijo: "no, debemos empezar con la certeza primordial de nuestra existencia, de la cual, sin duda, podemos llegar a la certeza segunda de que existe el mundo exterior, pero no lo adoptamos como primer postulado". Por eso de Descartes sale la corriente escéptica moderna. El construyó cuidadosa y minuciosamente un sistema a partir de un comienzo tan exiguo: fué como si una pirámide se construyera invertida, equilibrada sobre un punto; pero su sistema fué durable, y sus líneas han persistido durante 300 años. Incluía la idea, que muchos tienen aún, del espacio, del mundo en tres dimensiones y sólo en tres, del valor de la experimentación física y de la certidumbre de nuestras conclusiones sacadas de allí; de la certidumbre de nuestro poder de medición, sobre el cual está construído toda la física moderna. La filosofía de Descartes permaneció estable y ganó la batalla porque fué apoyada y continuada por el río ascendente de la ciencia física. En algunos de sus detalles era fantástica y parecería especialmente fantástica a una mirada moderna; pero su espíritu general conquistó la mente europea y la dirigió hasta seguir presentándose (ya como recuerdo) en la mente del

hombre hoy día viviente. En realidad, no poco de nuestro asombro cuando oímos sobre la física actual, se debe a que somos perturbados en la filosofía cartesiana, que creíamos completamente garantida; especialmente el que la materia y el espíritu son totalmente distintos, que todo tiempo y todo movimiento son referidos a standards fijos, y así otras cosas. Pero esto no significa negar la vasta influencia de Descartes.

BLAS PASCAL

PASCAL partió del extremo opuesto a Descartes en en el proceso mental; no de una búsqueda de las últimas cosas ciertas para la razón, sino de lo que la emoción afirma con más vividez. Descartes afirmaba: "Estoy seguro de algo, de que pienso"; Pascal: "Estoy seguro de algo, de que siento". Descartes partió como un hombre que persiguiera una investigación en historia o en química, Pascal como un hombre movido repentinamente por una visión o un gran amor. El uno os habría dicho que no había hecho nada hasta que no comenzó a analizar, el otro que no había vivido hasta que no fué superado por un flujo espiritual interno.

En dos ocasiones, Pascal sufrió o gozó en su vida de esa experiencia que se llama generalmente "conversión". La segunda confirma la primera, sin ellas no habría sido lo que fué; bajo la influencia del intenso sentimiento personal religioso comenzó su famosa querella con los jesuítas, la cual es (me lo temo) la principal causa de su reputación en el mundo anticatólico. Pues la actitud del mundo anticatólico hacia Pascal, y especialmente del mundo académico protestante es esta: "los jesuítas son la quintaesencia del catolicismo"; Pas-

cal atacó a los jesuítas; por eso, aunque sentimos mucho de que permaneciera en la ortodoxia y no fuera jamás excomulgado, lo sentimos a nuestro lado.

En verdad, en la propia época de Pascal hubo muchos, que no estaban al lado de los jesuítas, que no hablaban en favor de éstos, pero que acusaban a Pascal de llevar el tono mental protestante, aún más, el tono calvinista, a la Iglesia Católica, por una puerta trasera. Más tarde se dijo lo mismo de Fénelon. La causa radical del conflicto entre aquellos por los cuales hablaba Pascal, y los jesuítas, era que éstos se habían propuesto reconquistar Europa para la Iglesia, habían hecho de la ayuda y fortalecimiento de la Iglesia (el ser colectivo dentro del cual vive el individuo) su objetivo (para usar un término militar para un esfuerzo esencialmente militar en su tono). "Ser católico es todo", como me lo decía una vez un santo sacerdote polaco en su lecho de muerte en Roma. No había sido jamás un jesuíta, ni tenía que hacer mucho con ellos. Pero esto es el núcleo del jesuitismo: "ser católico es todo".

Pascal y los que pensaban con él, de los cuales era la voz y la pluma (aunque no era el leader), creían que el individuo era todo. Por cierto, todas estas frases y epigramas son manuales: en un sentido, el individuo es todo: es el alma individual la que se salva o condena, y la Iglesia sólo ayuda al hombre a salvarla. Pero, si al acentuar esto, se empequeñece la majestad de la Iglesia, la Divinidad de su autoridad, y la entusiasta aceptación de su carácter orgánico, se hace un mal servicio a lo individual.

Si los jesuítas en la época de Pascal representaban esta tendencia entre otras, la querella no se habría hecho

tan famosa. Los jesuítas, por su disciplina, el sacrificio de sí mismo, sus caracteres militantes, adquirieron y retuvieron un gran poder, no sólo social, sino político. La reacción contra ese poder, dentro de la Iglesia, se simboliza en el nombre de Jansenismo.

Cornelius Jansen éra un prelado holandés, de la generación anterior a Pascal, obispo de Ypres. Fué el autor de un gran libro, brevemente titulado "Augustinus". Sacaba de una lectura unilateral de San Agustín, como otros antes y después que él, doctrinas que se aproximaban y a veces traspasaban las fronteras de la herejía, especialmente en la materia del libre albedrío. De él provino el cuerpo de opiniones llamado en Francia "Jansenismo", cuya semejanza con el calvinismo en su tendencia central (que puede ser definida como una afirmación contra la libertad de la voluntad y la correspondiente insistencia en la Predestinación) los llevó a un violento conflicto con los jesuítas, a quienes los jansenistas acusaban de laxismo. Decían que los jesuítas, en su esfuerzo por reconquistar Europa para el catolicismo, se habían hecho fáciles ante el mundo y sus debilidades. Especialmente atacaban a aquellos jesuítas que habían favorecido las decisiones casuísticas más liberales e indulgente. La palabra "casuística" ha sido aplicada estúpidamente como mala palabra por gentes que no la comprenden. Significa simplemente la aplicación de la moral a un caso especial, y especialmente a un caso difícil. Por ejemplo, el mandamiento de Dios nos prohibe matar a nuestros semejantes. Pero ¿hay casos en los cuales, a pesar del mandamiento, podemos matar a nuestros semejantes sin pecar? Noventa y nueve entre cien (podríamos decir todos los que están sanos) res-

ponderán: "Sí: en defensa de sí mismo, en justa guerra, como justo castigo y tal vez otros casos". Es digno de notar que la gente más sentimental, que están ruidosamente contra el derecho a hacer una guerra justa o de ejecutar a un criminal, son precisamente los que son más favorables a "quitar a los incurables su dolor", que el mandamiento contra el matar prohibe enfáticamente.

En todo caso, los escritores casuístas laxos de la Compañía de Jesús fueron el blanco preferido del movimiento jansenista, cuando este movimiento había tenido la suerte de asegurar para su lado el talento literario de Pascal. Pascal se lanzó contra los jesuítas, y contra los casuístas más liberales y humanos, en la serie famosa de los panfletos llamados "Provinciales". Su ingenio, claridad, gusto, los hicieron inmediatamente famosos y de intenso efecto sobre el mundo educado de su época. Como estilo no tienen igual: ellos modelaron la moderna prosa francesa —y tal vez toda la prosa moderna actual. Pero, si esto es cierto respecto de su aspecto literario o estético, no es cierto, enfáticamente, de su aspecto intelectual. Pascal no leía a los casuístas a quienes atacaba, a menudo entendía mal lo que ellos decían, era totalmente ignorante incluso de su significado más inmediato, pues no los había leído, y se equivocó totalmente en la mayor parte de sus conclusiones. Sus ataques a Escobar son de lectura divertida, pero falsos: caricaturiza por ignorancia. Chateaubriand tenía razón cuando decía que Pascal en las Provinciales había consumado "una inmortal mentira" (Pascal dijo que había leído a Escobar tres veces, y en realidad no lo leyó totalmente ni una sola).

Es extraño que la influencia literaria y espiritual de

Pascal repose en algo tan pequeño. Aparte de las Provinciales, lo único que realmente vale es una selva de aforismos dispersos que han tenido que ser editados y reeditados para lograr alguna cohesión, que aún así no tienen unidad, y a los cuales se da generalmente el título de "Pensamientos". Por lo menos dos de sus ideas eran profundas y de alto valor, aparte del valor meramente estético de su poder sobre las palabras. Una de ellas era la concepción, fantástica, pero atrayente, de la apuesta. No es una concepción racional, pero está calculada para hacer pensar al escéptico. Se reduce virtualmente a lo siguiente: si la revelación cristiana no fuera verdadera, no pierdo nada con aceptarla. Si es verdadera, gano todo al aceptarla. Contra esto, por mi parte, tengo la frase de San Pablo de que, si estamos equivocados, en nuestra elección de la revelación cristiana, somos entonces "los más miserables de todos los hombres".

La otra idea, más valiosa y que creo que es el hallazgo literario más permanente de Pascal, fué su famosa paradoja sobre la coincidencia de grandeza y pequeñez en el hombre. Claro que él no inventó tal idea, pues es tan vieja como el pensar humano sobre tales cosas como la debilidad del hombre, incluso físicamente; el que él sea mortal, limitado en potencia, incluso en la razón; sujeto a toda clase de sufrimientos, aparente incapaz de sostenerse, incluso allí donde la senda a una existencia tolerable parece clara. Pero, a la vez, el hombre está dotado de una mente que puede concebir el universo, es el hijo de Dios, hecho a su imagen, toda la belleza está bajo sus órdenes, incluso puede crear, en cierto sentido, es mucho más grande que todo lo que está bajo nuestra experiencia inmediata, aunque es incomensura-

blemente menor que lo que sabemos que podría ser. Es a la vez despreciable y temible, mísero y supremo. Esta consideración sobre la naturaleza contradictoria y dual del hombre es tal vez el germen más fecundo que puede ser plantado en la mente, y Pascal lo plantó con más seguridad y profundidad que otro alguno en esta breve sentencia.

Pero Descartes durará más que Pascal. El peligro del racionalismo de Descartes era para el catolicismo más grande que el peligro que procedía del emocionalismo de Pascal: el uno era como una tempestad que azotara al viejo y arraigado roble, el otro como una inundación, un torrente de aguas que atacara su base. La tempestad era lo mayor y, de ambas fuerzas, la de resultados más durables.

O bien podría decirse: la exageración de la emoción personal en la religión produce un movimiento en virtud del cual aquél que deja el catolicismo no vuelve a él; en cambio una exageración de la función de la razón es un error sobre un aspecto justo, y los que siguen ese camino pueden más probablemente promover el retorno del mundo a la fe.

Para Pascal la apreciación de toda verdad, especialmente moral o religiosa, concierne a la emoción. La fe en las meras fórmulas de una doctrina es una fe muerta. En el emocionalismo, la acción de la conciencia no es la de un proceso deductivo racional, ni de un experimento, ni de una apreciación de un objeto desde fuera. Es un imperativo de orden interno que no se basa en un proceso reflexivo o en una experiencia deliberadamente buscada, sino en algo inmediatamente sentido, es una emoción y nada más que una emoción, para lo bue-

no y lo malo. La reacción natural de un espíritu sano, digamos, contra la traición de un amigo, no opera presentando a la mente un proceso de pensamiento, detallando las consecuencias de un acto o analizando su carácter; el sentimiento es inmediato e instintivo y sabemos que estamos obligados a obedecerlo. Sabemos que si no lo hacemos, cometemos algo "malo", y ningún análisis nos llevará más allá de ello, se trata de un postulado. Es fácil ver las consecuencias de esta sobreestimación de la emoción.

Sea lo que fuere, ambos grandes hombres representan la reacción producida en el catolicismo por la agitación del siglo XVI y la primera mitad del XVII, todo ese confuso movimiento de los dos hermanos enemigos, Renacimiento y Reforma. Cuando consideramos todos sus efectos, la forma como Descartes llevó al racionalismo escéptico, Pascal al desprecio por la doctrina, a una especie de nube sobre el espíritu, en la cual el hombre pierde la Fe —cuando consideramos esto, lo más notable es que ambos hayan permanecido firmes en la Fe, hayan vivido y muerto en ella. Ambos son vivas pruebas de que las Puertas del Infierno no han prevalecido y que la Iglesia ha manifestado su poder para sobrevivir.

Por mi parte, las cosas que se me presentan más vívidamente con relación a ambos son las siguientes: en Descartes, que haya tenido la humildad, la fe y la devoción para hacer la peregrinación a Loreto; en Pascal, el esplendor de su muerte.

GUILLERMO DE ORANGE

GUILLERMO de Orange es la última, y una de las típicas figuras de la gran lucha del siglo XVII entre el protestantismo que avanzaba y la resistencia católica. Hubo muchos Guillermo en su familia, y más de uno llevó el título de Orange. Pero cuando se habla de Guillermo de Orange, sin más, generalmente uno se refiere a este singular Guillermo de Orange que fué, hasta donde los poderosos de Inglaterra lo quisieron, rey de Inglaterra al final del siglo XVII. Hace juego, en el bando protestante, al católico Luis XIV, aunque tiene mucho menos importancia que éste. El representa la triunfante resistencia protestante que equilibró la lucha, en tanto que su contemporáneo Luis XIV representa la tradición católica del Occidente europeo, posteriormente en decadencia, pero entonces todavía poderosa. Hasta dónde cumplió Luis XIV este rol, y como el hecho de que no lo cumpliera sino en una forma híbrida es algo característico de la época, que describiré en el próximo capítulo. En cambio Guillermo de Orange, su antagonista, es un tipo netamente protestante dentro de esta lucha.

Para comenzar, es típico en el sentido de que él y los grandes leaders, que hicieron posible la supervivencia del protestantismo y aseguraron su expansión no eran hombres interesados fundamentalmente por la religión, como lo habían sido los primeros fanáticos de la Reforma. Eran hombres principalmente ocupados del poder político y, con la misma fuerza, a veces con más, con la renta personal que se extraía del poder político. No eran hombres especialmente notorios por su entusiasmo contra el credo y la práctica católica, sino más bien por su determinación de establecer su independencia de la antigua unidad europea, y cuyo poder se basaba en las riquezas.

La forma como intervino Guillermo III en la gran querella fué la siguiente: la familia, de la cual era jefe, era la antigua familia de los condes de Nassau (Nassau era el nombre de una ciudad y de un antiguo señorío medieval, distrito o condado, en la parte occidental de Alemania, llamado Wiesbaden). Estos condes de Nassau habían sido los oficiales gobernadores del distrito, y su poder había llegado a ser hereditario y feudal, poco después de Carlomagno. Guillermo era, por lo tanto, el representante de una familia, vieja de unos mil años, contándose así entre la más antigua y alta nobleza de Europa occidental. Esta familia de Nassau había casado a una de sus damas con el señor feudal de la ciudad y distrito de Orange, en el Ródano, cerca de Avignon, en el mismo tiempo en que empezaba a plantearse la Reforma, poco después de 1500. El último príncipe de Orange por línea regular murió sin hijos en los años en que Enrique VIII gestionaba su divorcio, y cuando la Reforma echaba raíces en Alemania. Dejó por testa-

mento su señorío de Orange a su sobrino de Nassau, y de aquí en adelante la familia de Nassau (o mejor dicho sus jefes) llevaron el título de Príncipes de Orange. Hasta entonces eran sólo nobles antiguos y ricos a la manera feudal, que se transformaron (con el Renacimiento) en modernos señores territoriales. Pero uno de ellos, generalmente llamado Guillermo el Taciturno, heredó varias grandes fortunas que concentró en sí. Siendo joven era ya uno de los hombres más ricos de Europa y tenía naturalmente poder sobre los hechos políticos. Este Guillermo, conde de Nassau, había nacido un poco antes de que Enrique VIII se casara con Ana Bolena, y murió asesinado un poco antes del fracaso de la Armada Española lanzada contra Inglaterra. Fué por lo tanto contemporáneo de la reina Isabel, sólo unos pocos años mayor. Este primer Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, tiene en la historia el nombre de Guillermo el Taciturno, por algo bastante absurdo: en realidad sin derecho alguno a llevarlo.

Veamos el origen de este nombre. Siendo joven, casi niño, había sido una especie de rehén en la corte francesa, para asegurar el cumplimiento de un tratado entre el rey de Francia y el Emperador Carlos V. Muchos años después, cuando ya había abandonado la religión católica y estaba en abierta rebelión contra su legítimo soberano, contó un despropósito: durante su juventud, mientras estaba en la corte francesa, el rey le había confiado un plan para masacrar a todos los protestantes. El, Guillermo, se vanagloriaba de que, al oir estas terribles noticias, se había aterrorizado, pero mantuvo el silencio, dando a entender que se requería no poco

valor e inteligencia, en un joven de sus años, el haber actuado tan discretamente en aquellas circunstancias.

La historia relatada por Guillermo tanto tiempo después es una falsedad flagrante. No dijo una palabra de ella en el intervalo entre el momento en que aquélla tuvo lugar y el momento en que, según él, decidió "soltarla". Que un rey poderoso haya confiado un secreto de Estado tan vital a un muchacho es menos verosímil que la historia misma del complot, o que la probabilidad de que el niño —después hombre— haya mantenido completo silencio sobre ella durante la mitad de una vida humana, a través de años en que las noticias habrían sido de importancia vital. Pero los tiempos eran de fanatismo. Casi todo era creído por un bando respecto del otro. Guillermo era astuto y logró ser creído. El bando protestante de Europa afectó creerlo, y la historia es ahora repetida en muchos de nuestros textos, y el cómico sobrenombre de "Taciturno" sigue adherido a Guillermo, y posiblemente, lo seguirá siempre.

Este Guillermo el Taciturno, el súbdito más rico e importante de los Países Bajos, cayó en la tentación de dirigir una rebelión contra el gobierno legal de ese país, que era el de Felipe II de España. No había nada innatural o extraño en que el rey de España fuera también el monarca de un distrito que hoy está dividido en Bélgica y Holanda. El poder político sobre territorios europeos ampliamente separados era perfectamente aceptado en Europa, según el principio de sucesión hereditaria; y Felipe de España era heredero, por una princesa de Borgoña, de los antiguos señores de las diecisiete Provincias de los Países Bajos. Estas provincias y sus grandes ciudades mercantiles habían prosperado bajo

la casa de Borgoña, a la cual eran muy afectos, y, después que esta casa terminó en una mujer, les pareció completamente natural y legítimo que su nieto Felipe fuera su monarca.

Pero ocurrieron dos dificultades. La primera, con mucho la más importante, fué el estallido de la gran rebelión religiosa contra el catolicismo, que llevó a disturbios y luchas entre reformados y ortodoxos en todo el Occidente de Europa. La segunda fué el hecho de que las grandes monarquías de la época tendían al absolutismo y a despreciar las libertades locales. Las grandes ciudades mercantiles de los Países Bajos, que eran los emporios marítimos para el intenso tráfico del Rhin, el Meuse y el Escalda (Gante, Amberes, Bruselas, Lille, Arras, Bruges) habían disfrutado, como todas las comunidades mercantiles de la Baja Edad Media, de un gran margen de autogobierno. Eran celosos de toda usurpación en este punto. Cuando estalló el movimiento religioso (con sus violentos disturbios y luchas locales, con las interminables guerras de reformados contra ortodoxos), el hecho de que el rey de España representara la vieja tradición ortodoxa, hizo natural que los que temían que sus libertades locales flirtearan en muchos casos con las nuevas ideas revolucionarias en religión. En otras palabras, un considerable número de los principales mercaderes y ricos de las ciudades de los Países Bajos adoptaron el calvinismo, y esta nueva religión fué también, decididamente de los que habían participado en los disturbios y en el reparto de las propiedades de la Iglesia, incluyendo los asesinatos y torturas (las torturas que los revolucionarios infligieron a

los monjes fueron muchas veces particularmente horribles).

El gobierno legal de Felipe II determinó suprimir tales desórdenes, pero para ello necesitaba dinero. El dinero enviado para pagar a las tropas quedó retenido en el tránsito desde España, en los puertos ingleses, por el hombre que gobernaba Inglaterra en nombre de Isabel, William Cecil. El gobierno de los Países Bajos tuvo entonces que imponer un tributo especial para sustituir ese dinero. Este tributo, en una comunidad comercial como la de los Países Bajos, era intensamente impopular, y estalló la revuelta armada en todo el país. Esta fué la oportunidad de los ricos que querían triunfar políticamente en las perturbaciones y a la vez aumentar sus rentas, y entre éstos el jefe natural era el más rico de todos. Por eso el multimillonario Guillermo el Taciturno apareció como el nombre principal de la revuelta. Durante largo tiempo vaciló en abandonar el catolicismo, pero esto aparecía como la carta principal, pues, aunque la rebelión no era fundamentalmente religiosa, sino política y económica, el calvinismo era parte de la fuerza en que ella se sustentaba. Felipe II rey de España, a quien (y a cuya familia) debía todo Guillermo, condenó a Guillermo, y un católico fanático le disparó y lo mató en 1584. Es característico de la época que este asesinato tuviera lugar en un convento confiscado y robado por la familia de Guillermo. Hasta hoy se pueden ver las marcas de las balas en la muralla, cerca de la puerta en que él cayó, en la ciudad de Delft.

Después de esto, los miembros de la familia de Orange Nassau fueron los típicos leaders de los rebeldes de los Países Bajos, aunque no estuvieron continuamente a su

cabeza. El segundo hijo de Guillermo el Taciturno fué un gran soldado en la lucha de los mercaderes calvinistas de los Países Bajos del Norte contra España, y cuando se hizo la paz, a mediados del siglo XVII (más de sesenta años después del asesinato de Guillermo el Taciturno), uno de los hijos más jóvenes de éste fué el principal leader de Holanda, entonces ya prácticamente independiente. El hijo de éste, también de nombre Guillermo, casó con María de Inglaterra, hermana de Carlos II. Murió en Noviembre de 1650, y poco después su esposa dió a luz a un hijo bautizado con el nombre de Guillermo (nombre hereditario de la familia), y fué conocido en la historia inglesa como Guillermo III, de Nassau, Príncipe de Orange y Rey de Inglaterra.

El niño nacido en tan extrañas circunstancias creció en una forma muy despareja. No carecía de energía, aunque era de índole morosa y silenciosa. Tenía una gran nariz aquilina, ojos penetrantes, un cuerpo enano, de poca salud (posteriormente sufrió de asma), con cierto vigor, pero sombrío y vicioso. En general era detestado por los que tenían contacto estrecho con él, excepto por los favoritos, a quienes cargaba de dones y que eran (en un grado desconocido) partícipes de sus vicios. El primero de éstos fué un cierto Bentinck, hombre de buena familia; posteriormente se encaprichó desgraciadamente en un niño demasiado hermoso, de origen desconocido, llamado Keppel. Al casarse, tuvo la fortuna de tomar por esposa a su prima María Estuardo, nieta, como él, de Carlos I de Inglaterra, hija de Jacobo, duque de York, más tarde Jacobo II de Inglaterra. El matrimonio fué una intriga, tal vez repugnante, pero decisiva, de Carlos II, rey entonces de Inglaterra, que

necesitaba tener un pie en ambos campos, el católico y el protestante. Este matrimonio no tuvo hijos, y la princesa María estaba bastante cercana a la debilidad mental. Pero la extrema importancia del matrimonio estaba en que la esposa de Guillermo de Orange sería la heredera más próxima del trono cuando Jacobo II sucediese a su hermano Carlos II. Esta María, esposa de Guillermo, había sido educada en el protestantismo, como una medida política tomada insistentemente por su tío Carlos II, que era el soberano reinante durante su niñez, y que esperaba salvar así la dinastía contrarrestando los efectos de la conversión de su hermano. La madre de María, Ana Hyde, hija de Lord Clarendon, mujer de carácter fuerte y de inteligencia, se había convertido al catolicismo, impulsando en el mismo sentido a su marido Jacobo, duque de York, padre de María, heredero de Carlos II. Cuando Jacobo llegó a ser rey, Ana Hyde había muerto. No había varón que sucediese en el trono a Jacobo II cuando éste muriese. La segunda esposa de Jacobo, María de Módena, tenía mala salud y perdió sus hijos, creyéndose que ya no tendría otros. Cuando subió al trono este rey católico, reinaba sobre una Inglaterra cuya mayoría era protestante, y una fuerte minoría era abiertamente anticatólica, especialmente en Londres. Pero aún aquéllos más disgustados con la idea de que el rey católico Jacobo reinase sobre el país, y que habían intrigado contra su acceso al trono, lo aceptaban a medias, porque daban por sentado que le sucedería su hija protestante María, princesa de Orange. No sólo era ésta protestante, sino que se había casado con un hombre considerado como uno de los leaders de la causa protestante en el Continente europeo.

En 1685 Jacobo II llegó a ser rey de Inglaterra. El descontento de la activa minoría protestante provocó rebeliones en Escocia y en el Sur, fácilmente vencidas. La del Sur había sido dirigida por el hijo ilegítimo del último rey, Carlos II: el duque de Monmouth. No tenía religión particular, pero adoptó con violencia la causa protestante, lo que era bastante natural, pues tal era su mejor oportunidad para deshacerse de su tío Jacobo, y de coger el trono para sí. Adujo que Carlos II se había casado con su madre. Un gran número de los más fuertes anticatólicos del país creyeron esta leyenda, y un número aún mayor estaba preparado para dejarla pasar como verdad, pues así tendrían un campeón protestante a mano contra el rey católico. Pero cuando la rebelión de Monmouth fué vencida, y Monmouth ejecutado, no quedó, para los que habían creído que Monmouth era legítimo, ningún leader de la causa protestante, ninguno a quien pudiesen mirar como un posible sustituto para Jacobo II, salvo su hija María, y su marido, el yerno de Jacobo, Guillermo de Orange.

Todo esto estaba mezclado con la política (ahora resuelta) de las familias ricas, de tomar el gobierno del país para su propio interés, destruyendo lo que quedaba del poder de la Corona. No quedaba gran cosa de tal poder. La Corona había llegado a ser un títere de las clases territoriales ricas, que asumieron inconteniblemente el gobierno del país, a través de sus dos comités, la Cámara de los Comunes y la de los Lores, compuestas por las mismas clases territoriales. Se darían un nuevo rey, que les debería el título nominal, antes que obedecer al rey legítimo Jacobo, que tenía tras de sí la plena tradición de la monarquía. Pero la masa del pue-

blo inglés estaba aún muy adherida a esas tradiciones, y las clases ricas, que deseaban deshacerse del rey y tomar el gobierno para su propio interés, no podían abiertamente liquidar el principio de la monarquía, frente a la oposición popular. Su objeto era, lo repito, tener a alguien *llamado* rey, en reemplazo de Jacobo II, y ellos cuidarían de que este nuevo rey no tuviera poder efectivo y fuera su servidor.

Así iban las cosas, hasta que, en el cuarto año de reinado de Jacobo, nació un hijo que sobrevivió, lo que cambiaba todo. Un rey católico, rodeado de consejeros y amigos católicos, decidido a preservar el poder regio, insistiendo en la tolerancia religiosa (de modo que la minoría católica, que era superior a un octavo de la población, pudiera desempeñar empleos de confianza a pesar de su religión), tenía ahora un heredero que sería educado en el catolicismo, y que sustituía a su media hermana protestante María, hasta aquí heredera natural de su padre.

Pero los que estaban decididos a librarse de Jacobo no se amilanaron por esta desgracia que les sobrevenía. Sigue entonces una serie de los más perversos complots, conspiraciones y falsedades de la historia inglesa, una orgía de mentiras, fraudes y traiciones. Guillermo de Orange envió a Inglaterra a un pariente ilegítimo, casado con una inglesa, dándole el mensaje especial de congratular a Jacobo por el nacimiento del heredero, y a la vez de intrigar secretamente con cualquiera que pudiera servirlo para derribar a Jacobo y con éste al recién nacido. Además, Guillermo empezó a intrigar en Holanda para conseguir el apoyo de los holandeses. Trató de conseguir dinero de los banqueros holandeses,

dando a sus sostenedores la seguridad de los tributos que impondría sobre los ingleses al ser rey. Mientras hacía esto, protestaba en una forma oficial su lealtad a su suegro Jacobo, y continuó proclamando esa lealtad hasta la misma hora en que se embarcó con una gran expedición para invadir el reino de Jacobo.

Este tenía un fuerte ejército para defender su trono, pero los oficiales eran de las clases nobles, que conspiraban contra él y estaban resueltos a traicionar a su rey. La fuerza de Guillermo desembarcó en el Devonshire: estaba formada por mercenarios de varios países, con unos pocos ingleses. Muchos de los oficiales eran protestantes franceses, rebeldes; pero lo más fuerte del ejército eran los Guardias Holandeses (Azules) de Guillermo, firmemente disciplinados y bien armados.

No hubo batalla, porque, cuando ello habría podido ocurrir, Jacobo fué traicionado. El jefe de los traidores fué John Churchill, después duque de Marlborough, cuya carrera como soldado había hecho Jacobo. El Príncipe de Orange marchó sobre Londres, los guardas holandeses ocuparon la parte occidental de la ciudad y aparecieron ante el palacio. Jacobo fué expulsado, y los magnates que habían ayudado a Guillermo de Orange lo hicieron rey. Después de largas negociaciones, él y su esposa fueron declarados asociados en igualdad, como rey y reina; de modo que el reinado del usurpador es oficialmente conocido como el reinado de Guillermo y María.

Políticamente, esto era una revolución completa, un golpe de Estado, una acto de fuerza inconstitucional e ilegal, en virtud del cual se suplantaba al gobierno legítimo. La monarquía hereditaria había sido desco-

nocida y sustituía al derecho de nacimiento una nueva monarquía, hasta entonces desconocida, basada en el "título parlamentario". El rey legítimo Jacobo II vivía en Francia, protegido por su primo Luis XIV. Intentó recuperar su trono con la ayuda del rey francés, por medio de una campaña terrestre en Irlanda y la guerra marítima en el Canal. Falló en ambas empresas, y murió a comienzos del siglo siguiente, con pocos meses de diferencia del yerno que lo había traicionado y destronado, algún tiempo después de la desnaturalizada hija que había ayudado a su marido a actuar así. El derecho legítimo de la casa Estuardo no era nulo, pero su catolicismo era un traba fatal para su restauración, y ella se extinguió un siglo después: todos los intentos para recuperar el trono se frustraron.

De este modo se consumó en Inglaterra la obra de la Reforma. Lo que había sido, en el momento de la traición a Jacobo II una activa minoría nacional de un dieciséis por ciento del total que vivía en la práctica católica (y muchos más que simpatizaban en diversos grados con la vieja religión), disminuyó hasta no ser sino un puñado insignificante. Una vida humana después (digamos en 1760), los católicos prácticos eran menos de un uno por ciento; y, tal vez lo que es más importante, la "penunmbra" de simpatizantes no practicantes había desaparecido. El eslabón con la vieja tradición nacional fué roto para siempre, y cuando la Iglesia Católica refloreció en Inglaterra, fué como algo extranjero; inspirado primero por los emigrantes franceses, luego por los irlandeses.

En la gran batalla del siglo XVII, terminada en el equilibrio, Inglaterra, que fué uno de sus campos prin-

cipales, la decisión, en lo que respecta a Inglaterra, fué completa. La causa protestante ganó totalmente, mucho más que en cualquier otro país de Europa. El nombre del pervertido Guillermo de Orange, aunque no haya sido sino un servidor y una herramienta, estará siempre asociado a esa victoria.

L U I S   X I V

LUIS XIV, el gran rey de Francia, cuyo reinado cubre la última mitad del siglo XVII, es la típica figura del bando católico en la gran batalla. Es lo que podría llamarse la antípoda de Guillermo de Orange, aunque diez veces más grande e importante. No había nadie en el lado protestante que se destacase suficientemente para ser un abanderado prominente. Por eso se considera en ese papel a Guillermo de Orange, al menos en la última parte de su vida, después de 1680. Más tarde, las figuras opuestas a la Francia Católica y al Imperio alemán católico fueron los reyes de Prusia. Menos de una generación después de la muerte de Luis XIV, Federico el Grande de Prusia se hizo el campeón de la causa anticatólica de Europa, en constante aumento. Pero antes lo era la casa de Orange (entre 1650 y 1700) y, en la última parte de este período, Guillermo III de Inglaterra, quien representa, como hemos visto, la resistencia de la minoría protestante de la Cristiandad.

Es muy importante cuando seguimos toda esta historia, no leerla "hacia atrás", esto es, no pensar en Europa, tal como ella ha llegado a serlo: una civilización dividida en dos mitades más o menos iguales, la cultura

católica y la cultura protestante, la última avanzando gradualmente y la primera dividida interiormente. Al final de la batalla, con un empate, al final del siglo XVII, la cultura protestante se había salvado, pero era todavía mucho más débil que la católica. Incluía las pequeñas poblaciones de Escandinavia, los mercaderes holandeses y la mayoría de sus dependientes (Holanda tenía una amplia minoría católica), Gran Bretaña, y cierta proporción (tal vez un tercio) de los pueblos de habla alemana. Pero la abrumadora mayoría de los europeos era católica. La Iglesia Griega no pesaba, pues Rusia no se había elevado a un poder que afectara los negocios europeos, y los Estados Balcánicos estaban bajo el gobierno de los turcos.

Por estos motivos, los hombres que dirigían la cultura protestante se consideraban a sí mismos a la defensiva: mantenían lo que ellos sentían que era una difícil y soberbia resistencia contra fuerzas grandemente superiores, y el hecho que hubieran sido capaces de equilibrar la lucha reforzaba su valor y la confianza en sí mismos.

Luis XIV, con mucho el más poderoso gobernante católico, es representativo del estado de mezcla en que había caído la causa religiosa, y de la forma en que, lo que había sido un problema claramente determinado en la primera generación de la Reforma (el problema de si la Iglesia Católica sobreviviría o no, si los nuevos herejes quebrarían también la civilización) se había transformado en algo más complicado, más mezclado con intereses locales e individuales. Para los protestantes ya no era sólo cuestión de mantener la cultura protestante, sino (para los jefes) de mantener las enormes

fortunas hechas súbitamente por el reparto de bienes de la Iglesia durante los disturbios. Entretanto, por el lado católico, la defensa de la civilización general de la Cristiandad y de su vieja tradición era confundida y rebajada por algo mucho menos ideal, a saber las particulares ambiciones nacionales o dinásticas de este o aquel monarca católico. Por eso los franceses, durante todo el tiempo, eran hostiles al Imperio; París y Viena, los dos centros de la civilización católica, eran hostiles entre sí. Y por eso se encuentra a menudo a Roma aliada, totalmente o a medias, con fuerzas no católicas, contra las ambiciones privadas de algún príncipe católico.

Todo el reinado de Luis XIV, desde que subió al trono de niño, hasta que murió, anciano, en 1715, ilustra esto. Era la cabeza de la causa católica, el más fuerte poder individual de esa causa, pero dedicó gran parte de su energía a tener a la Iglesia Francesa totalmente sujeta a su gobierno, resistiendo la autoridad papal, y empleando toda su energía en reducir a la católica Austria. Lo que se llama el "galicanismo", la idea de las iglesias nacionales existentes dentro de la unidad de la Iglesia Católica, y manteniendo por tanto un poder autónomo altamente desarrollado, fué creación especial de Luis XIV y de su reinado. En la cumbre de su poder, al final del segundo tercio del siglo XVII, y en su declinación, durante los últimos 20 años de su vida, el motivo nacional y dinástico de Luis fué al menos tan fuerte como el religioso, y a menudo más.

Fuera de su defensa del catolicismo, Luis hacía frecuentes incursiones armadas contra sus vecinos. La verdadera explicación de la guerra continua de Luis XIV

más allá de sus fronteras, se encuentra en el pasado inmediato de ese país y de sus predecesores en el trono.

Francia había sido, casi en su nacimiento, el campo de batalla de dos religiones. El Calvinismo, la forma actuante de la Reforma, y el espíritu que le dió su poder de dirección, eran de origen francés. La nobleza francesa lo había tomado como un arma contra la monarquía. En cierto momento, pareció como si Francia sería protestante; pero en la realidad, aunque esto no sucedió y tal revolución no tuvo lugar, se levantó una guerra civil que duró la mitad de la duración de una vida humana. Richelieu, en los años anteriores al nacimiento de Luis, salvó a la monarquía de los rebeldes aristócratas e impidió el triunfo protestante, pero dejó a éstos como una fuerte minoría. Incluso después de la muerte de Richelieu, cuando Luis XIV niño era rey, había ocurrido una violenta rebelión contra el trono, que motivó la salida de la Corte de París.

Así, con una Francia dividida y entreteniéndose en su locura favorita, la guerra civil, natural e inevitablemente tuvieron que sufrir invasiones. De tiempo en tiempo le asaltaban ejércitos venidos de los Países Bajos Españoles (hoy Bélgica) y del Imperio Alemán. Todo este peligro tradicional y la experiencia viva de su infancia se habían impreso de manera tal en la mente de Luis, que cuando llegó a tener el poder (después de los 18 años), se decidió a establecer dos cosas: la unidad absoluta y la paz dentro del reino, y la seguridad de las fronteras. "O bien (se dijo) debo sufrir la invasión, o debo establecerme fuertemente más allá de mis fronteras".

Cuando murió el rey de España, Luis exigió, a causa

de su esposa, una princesa española, el derecho a gobernar los Países Bajos Españoles en su nombre. En su tentativa de reforzar este derecho por las armas, ocasionó todas las luchas que aún hoy se asocian en Bélgica con su nombre. El predominio del poder francés en Bélgica alarmó a la oligarquía mercantil calvinista que gobernaba la actual Holanda, y que acababa de lograr su independencia de España. Ellos se dieron cuenta de que acababan de librarse del poder español que controlaba Bruselas, al Sur de Holanda, sólo para ver el poder, mucho más formidable, de Francia, teniendo ahora grandes ejércitos a sus puertas. Los holandeses, para aminorar el peligro, se aliaron a veces con Luis XIV, pero más a menudo fueron sus abiertos enemigos; pero, sea como reales adversarios o como aliados nominales, miraron siempre a Luis XIV como el gran peligro del nuevo Estado.

Inglaterra, después de la restauración del rey legítimo Carlos II, primo hermano de Luis, se aliaba a veces con éste, pero muy vacilantemente, pues Carlos II estaba resuelto a mantener su trono sobre esta nación, predominantemente protestante, y celosa del poderío francés. Carlos II hábilmente se valió de los holandeses contra Luis, y de ambos contra sus propias altas, desleales y rebeldes, cuyo principal esfuerzo tendía a rebajar el poder de la corona inglesa. En el resto de Europa, el Imperio, el Papado y el reino de España fueron intermitentes, pero frecuentes adversarios del propósito de Luis de asegurarse contra la invasión estableciendo con firmeza su poder en las fronteras y más allá de ellas. Después de que cayeran los Estuardos, y que Jacobo II fué arrojado de Inglaterra por las sucesivas

conspiraciones de la clase dirigente, el gobierno de Inglaterra se unió a la coalición general contra Luis, ya anciano, y Guillermo III, y luego el duque de Marlborough (bajo el reinado de Ana) fueron los jefes militares en las batallas, que estaban dirigidas sólo a reducir el poder francés.

El ataque contra Luis XIV bastó para liquidar la prosperidad francesa y su poder-hombre, pero no logró llevar la invasión al corazón de Francia (aunque estuvieron cerca de ello), ni lograron sacudir el poder de la dinastía francesa, ni romper la unidad de la nación francesa.

El último episodio de la lucha, al final del reinado de Luis, se produjo por la sucesión del gran Imperio español, con la metrópoli y las posesiones de Ultramar. Este había sido dejado por testamento al nieto de Luis XIV, y éste decidió mantener los derechos de su nieto, en lo cual triunfó. El Imperio español fué gobernado por una rama menor de su propia familia durante todo un siglo continuo. En la lucha, los Países Bajos Españoles, que Luis pretendía poseer, con su capital, Bruselas fueron entregados al Austria, en cuyas manos quedaron hasta las guerras de la Revolución Francesa.

Considerado políticamente, el reino de Luis XIV fué, en suma, el triunfo de él como persona, y del poder francés. Aunque no significó el triunfo de la causa católica en Europa, que siguió dividida, en todo caso su régimen estableció la preponderancia del poder católico en Europa. Pero Francia logró esta posición solamente a expensas de la cultura católica, sosteniendo continuamente a los pequeños poderes protestantes contra el Imperio Alemán. Incluso en la lucha inglesa,

Luis XIV fué tibio. Cuando el resultado reposaba en el éxito o fracaso de Jacobo II en la Irlanda católica, Luis, aunque deseoso de ayudar a su primo, sólo consintió en hacerlo de un modo mediocre, con pocos hombres, los necesarios para mantener la resistencia católica en Irlanda, pero no lo suficiente para dar una victoria decisiva a esa resistencia.

Si nos volvemos del aspecto político al puramente religioso, encontramos en el reinado de Luis la fuente de casi todo lo que ha sobrevenido en el mundo católico de Europa Occidental desde aquella época, y particularmente la fuente de lo que sucedió en Francia.

Cuando Luis llegó al trono, siendo todavía niño, la situación era la siguiente: los protestantes franceses, dirigidos por muchos grandes señores, respaldados por sus bienes y numéricamente fuertes en todas partes, pero sobre todo en el Sur, estaba en una especie de tregua amenazante contra el resto de la nación y contra el monarca católico que la gobernaba. Pero, socialmente, las cosas estaban en favor de la vieja religión. Cuando el joven rey aumentó en poder, ganó victorias en el extranjero y dirigió esa civilización francesa, que moralmente dominó la Europa Occidental, los más grandes y menos firmes nobles protestantes empezaron a fluctuar. Sus sentimientos religiosos nunca habían sido tan fuertes como los políticos, y la indiferencia o la conversión se hicieron más y más comunes entre ellos.

Es probable que si esto hubiera seguido ininterrumpidamente, habría terminado en el desaparecimiento de muchos de los centros hugonotes, y Francia habría llegado a ser tan uniforme en la cultura, como lo fué posteriormente Inglaterra en el otro bando. Pero, en un

momento crítico, hacia mediados del reinado, se cometió un grave error. El rey pensó que podía apresurar el proceso de unidad y procedió a colocar a la religión calvinista fuera de la ley en sus dominios. Los que profesaran el calvinismo no podrían tener un empleo o tener el rango de oficiales. Se pusieron toda clase de obstáculos para la práctica de la religión calvinista, y lo peor fué el acuartelamiento de tropas en los distritos recalcitrantes; especialmente en los montes centrales, donde el protestantismo controlaba las clases inferiores y medias, y aún, en ciertos lugares, el campesinado. Los sufrimientos y brutalidades que acompañaron esta política han sido exagerados, como todas estas cosas, pero fueron muy grandes. Un buen número de protestantes franceses, que pudo permitírselo, emigró. Los que permanecieron (muchos de ellos hombres riquísimos, que tenían un número desproporcionado de puestos en el comercio y las finanzas del país), se educaron en la tradición de odio a la monarquía, y, por cierto, de odio aún mayor a la religión tradicional de la nación. De aquí procedieron, más tarde, la oposición al principio de la monarquía en Francia, y el anticlericalismo de moda en el siglo XVIII.

Esta repentina decisión de Luis de imponer la unidad por la fuerza se llama la "revocación del Edicto de Nantes" porque, cerca de un siglo antes, los protestantes franceses habían obtenido privilegios por el Edicto de Nantes, cuando las grandes guerras religiosas terminaron en una especie de tregua. Sucedió con la revocación del Edicto de Nantes lo que en muchas otras cosas en la historia. Un éxito aparente resulta, a la larga, no

sólo un fracaso, sino el debilitamiento y la amenaza de destrucción de lo que ha parecido ser triunfante.

Hay un estrecho paralelismo entre esto y la acción análoga de Inglaterra contra Irlanda, donde se hizo un esfuerzo para imponer la unidad por la fuerza. Un esfuerzo que, a primera vista tuvo éxito, para completa ruina del pueblo irlandés y de su religión, resultó un fracaso, al cabo de un siglo, más o menos: el mismo lapso que duró esta experiencia en Francia. Dejó tras de sí una fuente permanente de debilidad para el vencedor.

Pero si sintetizamos el reinado de Luis XIV lo vemos a esta luz: él sella completamente la reacción europea hacia el catolicismo, iniciada cincuenta años antes de que naciera Luis. En Francia, la Corte, los grandes poetas que vivieron en ella o que la influenciaron, los grandes prosistas, los grandes hombres de Iglesia, los grandes generales: todo esto es influencia francesa y por lo tanto, en alto grado, cultura católica, la cultura normal del Occidente Europeo.

Cuando murió Luis XIV la batalla parecía liquidada definitivamente en sus últimos términos. La pequeña, pero vigorosa cultura protestante se mantenía en posesión de Gran Bretaña, Escandinavia y una amplia minoría del pueblo de habla alemana; pero la cultura católica era con mucho la más extensa de Europa, y parecía segura contra nuevos ataques.

Como sucede casi siempre, lo que parecía obvio a los contemporáneos era, en realidad, una ilusión. La cultura católica en Europa iba a encontrarse con un nuevo adversario dentro de su propio cuerpo, a saber el movimiento escéptico anti-religioso que ha marcado

los últimos doscientos años en Francia e Italia. Los poderes protestantes estaban destinados a aumentar grandemente en fuerza política, y más aún en riqueza, debido al comercio y a la actividad ultramarina. Pero todo esto era el futuro. La muerte de Luis XIV puede ser considerada como el término final de la gran lucha zigzagueante del siglo XVII. En 1715 el equilibrio de las fuerzas tenía la situación que he descrito.



INDICE

EN 4 DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y CUATRO DIERON TERMINO A LA IMPRESION DE ESTA OBRA LOS TALLERES DE LA IMPRENTA CHILE EN LA CIUDAD DE SANTIAGO

LAUS DEO